
MUNDO HISPANICO
NUMERO 139
15 pesetas

Peregrinación a Santiago y emigración gallega a América

Por EUGENIO MONTES

(De la Real Academia Española)

I

ROMA EN EL FINISTERRE

CUANDO LOS LEGIONARIOS DE DECIO JUnio Bruto llegaron a Finisterre, se adentraron con sus caballos en la marina, para demostrarse a sí mismos, estatuas ecuestres en el gran capitolio del océano, que realmente eran emperadores del mundo. Pero una ráfaga de viento, una impetuosa oleada, la triste soledad del poniente, la congoja del infinito, los hizo retroceder con unánime temblor en todos los cuerpos, sacro pánico. Hombres de tierra firme, ante lo incoercible y sin fin oían las voces de sus lares, hablándoles del mar como un demonio, como del propio caos.

Sólo acosada por Cartago, se exigió Roma superar el miedo e imponerle quiritario dominio a las sirenas, pero fué en el Mediterráneo, definido por fronteras de orillas visibles, dibujado con fina caligrafía de costas.

Mas donde la mirada se pierde, ante la onda sin confines y el espacio inacabable, sus númenes asustados le ordenaban volver atrás.

Con todo, por imperial soberbia funda algunas ciudades en el Atlántico, y hasta la llama «Felicitas Julia» a la desembocadura del Tajo, donde una fabulosa tradición se complace en suponer el temerario arribo del prudente Ulises («Ulisippo», Lisboa). Y planta columnas votivas en los cabos, dejando sus símbolos en las rocas célticas, que el alma druídica enternece de luna y musgos invernales. Ya leguas adentro, como para desquitarse de la fuga, sonrojo de su militar jactancia, se ahinca la Roma castrense, clava sus ijares en el humus dócil, y, con su vocación por lo definitivo, edifica en piedra imperturbable municipios, termas, vías, saltando ríos con pompa pontifical y técnica ingeniera.

Mis ojos niños aprendieron a deletrear la grandeza de la Historia en las marcas miliarias de una calzada que iba de Braga a Astorga, dos ciudades augustas, cruzando la Galicia del Sur. Es la que se atreve a sobreponerse al Limia, el legendario Leteo, ante cuyo misterioso verdor los legionarios con cicatrices de gloria, veteranos de campañas en el Ponto y Numidia, se negaron a pasar, empavorecidos, temiendo perder la memoria, olvidando urbe y patria. Fué entonces cuando el propio procónsul, por cesárea dignidad, se arrojó con el estandarte, Limia de mi sangre, de Antela a Viana, pasando por mis venas.

Mi primer aula fué un valle donde todavía la reja del arado, al abrir el surco entre maizales, tropieza alguna vez con capiteles rotos o raras lápidas para epílogos al Corpus de Hübner. Mi primer maestro, don

Marcelo, último humanista, perfil de medalla, manteo como toga, frase a lo Marco Tulio, traductor de la Epístola a los Pisones, y amigo íntimo de entrambos Plinios, que le traían exquisitos pescados del lago de Como, a los que él correspondía regalándoles un trago del «bon viño d'Ourens». Era en ese instante, al terminar las meriendas latinas, cuando el viejo contaba lo del arrebato del Vesubio, y exaltado juraba el mozo que sobre las viñas de Ervedelo, rubias de estío, acababan de nacer diosas desnudas, lo que obligaba a mi maestro, sacerdote cristiano, a desviar el palique, aunque se le fuesen los ojos tras esas páginas.

Mi primer paseo, en fin, fué hasta una puente trajánea sobre el Miño, «Minius Fluminis». Y allí, un banco de piedra bajo una higuera, donde, con ayuda del diccionario, mis quince años le pedían noticias de los platónicos a un texto ciceroniano, empedrado, ¡ay!, de verbos irregulares, mientras las golondrinas declinaban: nominativo, «rosa»; genitivo, «rosae».

Aun cuando estas tierras de Occidente hayan sido las de más tardía romanización, cuando llegó el ocaso imperial sintieron como ningunas la emoción dolorosa de la hora. La que más ama a Don Juan es la niña que le conoce ya arrugado y decrépito. Así a Roma, Don Juan de naciones, quien más la quiso fué la Virgen Celtia, aunque apenas había recibido mimo alguno. Sufre, pues, la melancolía del crepúsculo, triste hermosura del gran capítulo que se cerraba. ¿Para siempre?

Es el momento de Paulo Orosio. Este coetáneo de San Agustín, alma gemela del genial africano, mide en toda su hondura la crisis del mundo antiguo, y dentro de un magno concepto cristiano de la Historia, que anticipa a Bossuet, despide con morriñosa mirada aquella luz que se hunde, recogiéndola en prosa, para ejemplo y nostalgia de las generaciones. Por eso, andando el tiempo, podrá Clemente Marot, con letrado orgullo, aducir en prueba de sabiduría:

J'ai lu aussi le Roman de la Rose
maître en amours, et Valère, et Orose
comptant les faits des antiques romains.

Si entre las sombras de la primera Edad Media pervive en algún lado un resto de cultura romana, es en la Celtia—Irlanda del venerable Beda y del singular Escoto Eriugena, Galicia de San Martín e Idacio—; es decir, en los confines del ecúmeno, en las lluviosas tierras druídicas, de las que el griego apenas tuvo vagas noticias fabulosas y a las que el romano no concedió más que una atención marginal, y tal vez tan sólo porque nuestros ríos—aurienses—le dejaban un relumbre de oro agradecido si sus manos guerreras le acariciaban la espalda, y nuestras puras fuentes le limpiaban el senatorial estómago, estragado de gulas.

II

LA ACROPOLIS DE OCCIDENTE

Luego, en su hora meridiana, el Medioevo, hasta que al final se desasosiega y desmesura, suscita maravillas en estas tierras extremas. Lo que quedaba del legado antiguo y lo que surge en lo nuevo se reúnen con feliz síntesis en Galicia. Eran dos concepciones opuestas. Por un lado, un cosmos de cosas estáticas; por el otro, un dinámico caos. Pero durante un momento, al menos, esas tendencias antagónicas se armonizan en venturosa «coincidentia oppositorum» a la orilla del Atlántico. Las paralelas se encuentran ante el infinito: Finisterre. Ahí se enlazan, en el estilo románico, sosiego y movimiento, cadencia del pausado discanto, melodía dirigida a un fin que no se desvanece, y con progresiva mesura avanza a su previsto término, deteniéndose en el preciso punto en que concluye lo mensurable, lo aritmético, y comienza lo irracional, rebelde a cálculo. Este arte no es sólo belleza del objeto, dibujo de la idea platónica, espíritu incorporado, con exclusión del alma, como el arte griego. Además del objeto consistente, admite el sujeto existente, que está fuera de sus causas, de sus cosas. Pero a este sujeto, a este movimiento subjetivo, lo mete dentro de la hermosa, serena, consoladora objetividad. Su potencia se hace acto, desplegando sus actividades ontológicas, alcanzando su fin. Este estilo tiene camino y posada. Anda, pero para detenerse, para llegar a la meta y descansar. Llega, pues, en marcha de piedra, paso a paso, lenta, progresivamente a Galicia; pero en el Finisterre, como no hay más allá, se para el desenvolvimiento, el andante del estilo, que no consiente ya superación. Tal como en sí mismo eternidad no cambia, habiendo logrado lo eterno, lo inmutable, el románico encuentra su perfección en Compostela, Catedral de Santiago, Acrópolis del Cristianismo, Partenón de Occidente, el Pórtico de la Gloria. El Maestro Mateo es el Fidias del primer gran estilo que ha dado la cristiandad.

A esa arquitectura peregrina corresponde una cosa que los antiguos no habían conocido por la estructura propia de sus lenguas; pero que tampoco los bárbaros, faltos de sentido rítmico, podían inventar: la rima, en donde también veo el enlace entre el habla bárbara y la armonía eterna, entre movimiento y éxtasis, o dinámica y cosmos, por medio del intervalo, la medida, lo otro y lo uno, lo vario y lo mismo, la ida y la vuelta, el retorno, el siempre. Viene también peregrinante a Compostela.

Bédier ha demostrado, uniendo genio y saber, que la épica romance ha nacido en el camino de Santiago. El espíritu se abre paso hacia la tumba del Apóstol en lucha con el musulmán, a fuerza de alma, a punta de lanza y bordón. Canta en romance paladino. «Chanson de Roland» y sus pares, gesta de los héroes carolingios. El normando Wace inventó la bella leyenda de un trovero, Taillefer, que, para animar a las tropas al combate, cantaba:

De Karlemainne et de Rollant,
Et de Olivier et des vassals
Qui moururent en Raincesvals.

Y va de cuento. La víspera de la batalla de Hastings fué consagrada por el ejército normando a la oración. Al alba, después de oír la misa, el Obispo bendijo a la soldadesca. Después—cuenta el viejo cronista Guillaume de Malmesbury—, mientras el duque se revestía la coraza, se cantó, ante él y sus barones, el ejemplo de un alto héroe—«martirium viri exemplum»—gloriosamente caído por amor al Apóstol, cuyo tumbo está en Galicia la lejana, circundado de Media Luna.

Mort es Rollant, Deus en ad l'ame es cels.

La más antigua y más bella versión del «Cantar de Roldán» está, como es sabido, en un manuscrito de Oxford. El manuscrito tiene esta firma: Turoldus. Es el nombre de un escriba normando.

Pero no todo era gesta. En el descanso de las jornadas, en el atrio de los santuarios, se conversa, se dialoga, se canta, se cuenta. Cantar de batalla, de enemigo, y cantar de amor, de amigo. Los primeros cantares de amor que se conservan son los provenzalescos del conde de Poitiers, a los que siguen en fecha los sicilianos de Federico II, emperador. En ambos casos encontramos esta poesía ya tan perfecta, tan inmutable, tan

lograda de forma, que apenas admite mejora y variación. Algo menos perfecto, menos conseguido, tiene que haberle precedido. Todavía con un tercer elemento hay que contar. San Francisco trova en lengua romance, a lo divino, antes de que el siglo XII acabe. En el fondo del movimiento emocional e ideológico donde hunde sus raíces la trova provenzal, olieron los prerrafaelistas ingleses un vago perfume de religiosidad cerrada, hermética, de pureza imposible, cátara, albigense, quizá en lo último de su ser oriental. Por otro lado, el movimiento franciscano, la juglaría divina, revela una conmoción mística de anteriores siglos, un temblor remoto enderezado por el mínimo y dulce a la ortodoxia. Ese temblor remoto aparece ya en el sueño de cósmica armonía del abad Joaquín de Floris, allá en Calabria, la Puglia y Sicilia, cuna de astrales músicas pitagóricas.

Desde un punto de vista meramente técnico, formal, el único borroso precedente que se ha encontrado a la trova del conde de Poitiers se halla en algunas estrofas cordobesas, donde aparecen sílabas gallegas engarzadas en collares árabes, anteriores en un siglo. Se ha reparado en que el padre del conde de Poitiers estuvo, como un caballero carolingio, combatiendo en España, tomando parte en el asalto a una ciudad pirenaica—Barbastro—, donde se llevó troveros y danzaderas de la morería. El intuitivo Ribera y el docto Nylk han expuesto la tesis de que la lírica romance pudo surgir a imitación de la árabe en tierras mezcladas de cristiandad y algarabía. Se habla también de las Cruzadas. La cosa parece extraña, pero no más que el hecho cierto de que haya nacido en los santuarios del camino a Compostela—la gesta—, cantando una batalla de Carlomagno contra los moros, y por añadidura una batalla perdida. Y el hecho, también cierto, de que los cantores y difusores de esas gestas han sido gentes normandas. Ahora bien, yo me permito insinuar que la Galaxia venía de Sicilia a Compostela, pasando por Toscana y Provenza; que la lírica europea de los primeros tiempos es provenzal, siciliana y gallega; que el azar de que la más antigua estrofa conservada sea la provenzal, no significa irremediablemente que la génesis real haya seguido el mismo orden, pues aquellos cantores cantaban por cantar, no para dejarle señales y cronologías a los eruditos, ni testimonios o textos a las memorias doctorales. Y aún recuerdo que los normandos fueron reyes de Sicilia; que cuando abordaron la isla la toparon llena de morisma, dejándose ganar por el lunático encanto musulmán; y que el manto real de Rogerio, así como el de su sucesor, Federico, llevaba una leyenda escrita en árabe con caracteres cúficos. Por otra parte, el temblor quiliástico que conmovió la Umbría era calabrés. ¡Y esa música pitagórica que siempre ha quedado allí en el aire! No me sorprendería que un día se descubriese una lírica pullense anterior, no sólo a la de Federico II, sino incluso a la del conde de Poitiers; y que en ese medio normando arábigo, con remotas reminiscencias de la celeste armonía de Filolao y Arquitas, hubiese sonado la primera canción lírica, y que un peregrino a Compostela la cantase, al pasar, en Toscana y Provenza. Sicilia ha sido siempre la mayor encrucijada de culturas. Todos los caminos de Oriente y Occidente pasan por ella, centro del Mediterráneo. «Ego sunt ortus et occasus.» Y después de todo, el mundo es redondo.

A la estrella

per cui laggiù se visita Galizia,

vinieron troveros provenzalescos: San Francisco, Guido Cavalcanti, el del «dolce stil nuovo»; y los primeros copleros épicos de Italia: el anónimo paduano de la «Entree d'Espagne» y el veronés Niccolo. En el Duomo de Verona están Oliviero con su escudo, Roldán con la espada. Todavía en el Morgante se recuerdan los prodigios del camino compostelano:

E tutti i pellegrin questa novella
riportan di Galizia ancora espresso.

Primera estrofa lírica, Graal de Europa, ¿en qué Monsalvato estás aún escondida?

COLON, COLOFON

En qué Monsalvato está escondida la primera estrofa lírica, no lo sé; pero donde está el Graal, creo saberlo; y en este punto recabo una cierta originalidad, pues los eruditos han discutido mucho sobre el lugar del camino a Compostela—Montserrat o el Cebreiro—en que se guardaría la copa con la sangre de Cristo; mas yo sostengo que ésta se halla en Indias, y que se encontró siguiendo el impulso de las romerías jacobeas.

Esta verdad ya la había columbrado entre las brumas de mi Orense natal, devanando enigmas en mi preocupada adolescencia; mas lo que entonces entreviera, un día se me apareció contundente, irrefutable, en el aire de América, pisando nubes sobre los Andes, al volar de los esteros rioplatenses al aranco domado, es decir, de Santiago del Estero, en la Argentina, a Santiago del Extremo, la linda capital chilena.

Vi, con intuición irrebatible, que las peregrinaciones a Compostela, los movimientos de Europa a su occidente, postulaban la peregrinación oceánica, induciendo a trascender el continente antiguo para hallar un continente nuevo. Porque el Señor había ordenado: «Id y enseñad a todas las gentes»; y había vertido su sangre para redimir al género humano; y los peregrinos tenían que preguntarse si el «Finis-terrae» de la geografía ptolemaica era realmente el fin del mundo o bien si había un más allá. Al «Ultreya!» que lanzaban los romeros, conforme divisaban la madreperla compostelana, tenían que responder «¡Plus Ultra!» las ondas, trayendo voces perdidas de la isla de San Balandrán, astillas de rumores remotos, de vocerío lejano, que empujaban a convertir el bordón en remo.

Como los peregrinos nos ocupaban Galicia, un misterioso gallego, Cristóbal Colón, se fué a buscar al Preste Juan, a hacer cristiandad en una lejanía inmensa, adonde los gallegos desplazados pudiésemos emigrar. Por algo, cuando ya supo que había encontrado no tan sólo islillas, sino un continente, tierra firme, un mundo, vuelve a su pontevedresa provincia natal, a Bayona de Galicia, a traernos la buena nueva a sus paisanos.

El descubrimiento de América es la peregrinación compostelana con aire—racha—de Renacimiento. «In tre modi si chismano propiamente le genti chi vanno al servicio dell'Altisimo: chiamansi palmieri in quanto vanno oltremare...; chiamansi peregrini in quanto vanno alla casa de Galizia, perocchè la sepultura di santo Jacobo fu più lontana che (la d'alcun altor apostolo)», había escrito Dante en la «Vita Nuova».

Venir a la casa de Galicia era venir a lo «piu lontano». Mas, lejana para los otros, no lo es para quienes nacimos en ella. Para nosotros, Galicia—«minha casinha, meu lar»—es lo que nos envuelve el corazón. Por eso la llevamos en el corazón. La llevamos, pues el destino nos obligó a irnos. El destino o la providencia, que obligó a uno de esa casa a descubrir otra lejanía; y nos manda a los demás seguirle el rumbo, marchar en pos. De ahí que los gallegos tengamos que irnos compostelanamente a esos Santiagos que, tras el mar, repican en los esteros rioplatenses, en la extremidad andina y en los cañaverales antillanos.

MUNDO HISPANICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 139 ☆ OCTUBRE 1959 ☆ AÑO XII ☆ 15 PESETAS

Depósito legal. M. 1034-1958

SUMARIO

Colaboración artística de Molina Sánchez, Daniel del Solar y De Ben.

Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria (Madrid)

TELEFONOS
Redacción ... 57 82 10
Administración ... 57 03 12
Administración y Redacción ... 24 91 28

DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:
Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESORES:
Tipografía y encuadernación: Editorial Magisterio Español, S. A. (Madrid).—Huecograbado y offset: Heraclio Fournier, S. A. (Vitoria).

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE POST OFFICE AT NEW YORK. MONTHLY: 1959. NUMBER 139. ROIG, NEW YORK «MUNDO HISPANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas. Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas.

AMERICA.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares.—Suscripción por tres años: 12 dólares.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.

EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, o 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

I Festival de Cine Documental Iberoamericano y Filipino

(Organizado por el Instituto Vascongado de Cultura Hispánica de Bilbao)

RESUMEN DEL REGLAMENTO

Se propone el Instituto Vascongado de Cultura Hispánica, con la celebración del Festival, avivar el amor, la cordialidad y la comprensión mutua entre los pueblos iberoamericanos, y dar a conocer sus costumbres, arte, música, folklore, paisaje, a través de la fuerza expresiva del cine documental.

El Festival de Cine Documental Iberoamericano y Filipino se celebrará del 3 al 9 de octubre de 1959, y abarcará las siguientes secciones:

Sección de Concurso entre Naciones.
Sección de Concurso a la Producción Cinematográfica.

SECCION DE CONCURSO ENTRE NACIONES

Los países participantes tendrán derecho a presentar al Festival tres documentales, debiendo reunir los mismos las condiciones siguientes:

Haber sido terminados después del 1 de enero de 1955.
Ser presentados en versión española o portuguesa o con subtítulos en español o portugués.

SECCION DE CONCURSO A LA PRODUCCION CINEMATOGRAFICA

Podrán libremente concurrir a la misma todos los documentales que representen un interés particular, desde el punto de vista de la producción cinematográfica, en las diferentes naciones.

PREMIOS DEL I CERTAMEN INTERNACIONAL DE CINE DOCUMENTAL IBEROAMERICANO Y FILIPINO Y PERSONALIDADES QUE LO PATROCINAN

CONCURSO ENTRE NACIONES

Primer premio: Miqueldi de Oro, excelentísimo señor ministro de Asuntos Exteriores de España.

Segundo premio: Miqueldi de Plata, ilustrísimo señor director general de Cinematografía y Teatro.

Tercer premio: Miqueldi de Bronce, ilustrísimo señor director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid.

CONCURSO A LA PRODUCCION CINEMATOGRAFICA

Primer premio: Medalla de Oro, excelentísimo señor gobernador civil de la provincia de Vizcaya.

Segundo premio: Medalla de Plata, ilustrísimo señor jefe nacional del Sindicato del Espectáculo.

Tercer premio: Medalla de Bronce, excelentísimo señor presidente del Instituto Vascongado de Cultura Hispánica.

Medalla de Plata, al mejor docuental de contenido religioso o misionero; excelentísimo señor embajador de España en Quito.

Medalla de Plata, al mejor documental sobre una ciudad iberoamericana; ilustrísimo señor alcalde del excelentísimo Ayuntamiento de Bilbao.

Medalla de Plata, al mejor documental de tema folklórico iberoamericano; ilustrísimo señor presidente de la excelentísima Diputación de Vizcaya (España).

Todos los documentales podrán enviarse directamente al Instituto Vascongado de Cultura Hispánica (Diputación, 7, Bilbao) o ser consignados al

I FESTIVAL DE CINE DOCUMENTAL IBEROAMERICANO Y FILIPINO

Aduana de Bilbao - Bilbao (España)

El último grito

CAMAY

VILA

SUPER HELADO

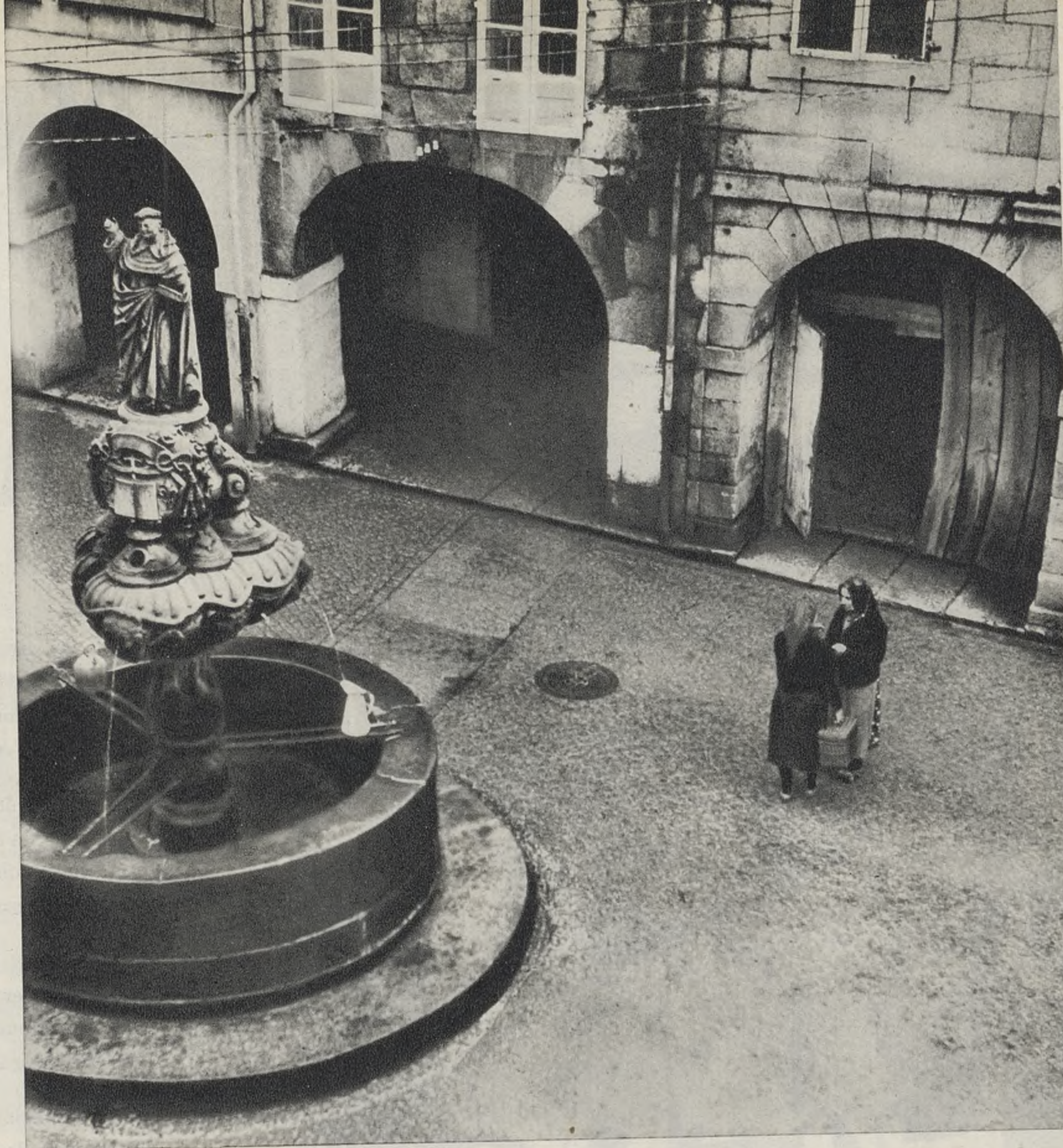




¡Superior en alimento y sabor!

GALICIA





12 DE OCTUBRE:

FIESTA AL NOROESTE

EL noroeste podría decirse que es algo así como el lugar donde a la geografía le localizaríamos el corazón. Galicia sería entonces el tierno y luminoso corazón de nuestro mapa, cuyos latidos, como un eco de cada día, se prolongan por la numerosa extensión americana. Fiesta del paisaje, fiesta para los ojos, y este año, en la alta fecha universal del 12 de octubre, Fiesta de la Hispanidad.

Por Galicia sabe a diario América, Hispanoamérica, en medida mucho mayor que por ninguna otra región española, las pequeñas y grandes noticias de la familia de España, esas que llevan el recado amoroso con nombres dulces, como versos de Rosalía, y esas otras que alzan realidades portentosas de crecimiento, de industrias nuevas, de riqueza y porvenir, las que explican que la vida crece y puja, como las torres de Compostela.

Esta Galicia, andén para América, puerto mayor de las despedidas, rumorosa y solemne en Santiago, esmeralda y gracia en el pespunte de sus rías de Pontevedra, alta en las cumbres de Orense, sonora y oreada en Lugo, húmeda y limpia en La Coruña, será este año el bello escenario donde los hispanohablantes e hispanosintientes de las dos orillas platicarán en jornadas de estudio sobre los muchos problemas de ese continuo ir y venir de España a América que se llama emigración.

Como breve homenaje a la tierra traemos aquí, a estas páginas, un breve resumen gráfico de ella. A la antología se asoma, como al mar, el hórreo, la panera que es despensa, cifra de esfuerzos y cosechas, referencia entrañable, viñeta del paisaje. La ciudad, fiel a sus modos, íntima en sus plazas y soportales, nos trae un perfil de Lugo, y ante el cruceiro la fuerte y sencilla estampa de esta gallega de Puentedeume.





PEREGRINACION A SANTIAGO

Sobre las cresterías de los Andes, la marca
del corcel del guerrero celeste de Clavijo:
en cien blasones ábrese como reciente herida
la huella de una espada que es flor, cruz, corazón.

Son los pueblos que, al nombre del apóstol, elevan
sus torres de campanas y palomas en vuelo
como las manos juntas en plegarias. Allá arriba
señalan las estrellas la ruta de Santiago

y la Cruz del Sur se abre como una flor de lis.
Así en la tierra como en el cielo esplenden
votivos lampadarios—chisporrotazos de oro
del ferrado galope, desde el norte hasta el sur—.

Es el peregrinaje que de aquí pasó a América.
La palabra de trinos que llevó el misionero,
la misión convencida de la cruz de la espada
que sobre los teocalis afianzara la cruz.

Es un cielo empedrado de cirros; combatiendo,
viéronle los soldados, la lanza a manteniente.
No sabría decirse si en «Pegaso» o «Babieca»
o en los anticipados lomos de «Rocinante».

Bernal Díez no afirma. Mas lo afirma el reguero
de veneras que bordan los floridos blasones
de los pueblos que invocan en su nombre al apóstol,
con herrumbre de voces de cuatrocientos años.

Y es la trisantiaguista ciudad de Guatemala
—peregrina en los valles de Almolonga, Panchoy
y La Ermita—quien viene en el nombre de todas,
peregrina al santuario de ese matrio solar.

Viene a besar las manos del maestro Mateo,
a tocar la columna, a abrazarse a Santiago,
a elevarse en la nube del incienso que vuela
en el péndulo de oro que ha encendido la fe.

Fué del Jordán, del Miño, su agua de baptisterio,
mezclada con las parcas linfas del Pensativo,
vertida desde el cuenco santo de la venera
que formara una mano pastoral de jazmines.

Si ella, en sus sones indios, llora esplendores viejos
y reza a Jesucristo con la voz castellana,
asimila en su vieja chirimía gangosa
el llorar de la gaita que embrujó a Rosalía.

Es la unidad que viene a la unidad. La múltiple
diversidad de tonos y matices fundiéndose.
Es el transfigurarse en lo que se es de veras.
Es la voz de la sangre que responde a la sangre.

MANUEL JOSÉ ARCE Y VALLADARES

COMPOSTELA

De todas las rancias ciudades españolas, la que parece inmovilizada en un sueño de granito, inmutable y eterno, es Santiago de Compostela... Rosa mística de piedra, flor romántica y tosca, como en el tiempo de las peregrinaciones conserva una gracia ingenua de viejo latín rimado. Día por día, la oración de mil años renace en el tañido de sus cien campanas, en el silencio sonoro de sus atrios con flores franciscanas entre la juntura de las losas, en el verdor cristalino de sus campos de romería, con aquellos robles de excavado tronco que recuerdan las viviendas de los ermitaños.

En esta ciudad petrificada huye la idea del tiempo. No parece antigua, sino eterna. Tiene la soledad, la tristeza y la fuerza de una montaña. Sus piedras no exhalan esa impresión de polvo, de vejez y de muerte que exhalan las ruinas de Toledo. En su arquitectura la piedra tiene una belleza tenaz, macerada de quietismo, y las ciudades castellanas son deleznables y sórdidas como esos pináculos de calaveras que se desmoronan en los osarios. Ciudades amarillas, calcinadas, desencantadas, recuerdan toda la vanidad de las cosas humanas...

Compostela, con sus peregrinos de calva sien y resplandeciente faz, está llena de una emoción ingenua de que Toledo carece... Inmovilizada en el éxtasis de los peregrinos, Compostela junta todas sus piedras en una sola evocación, y la cadena de los siglos tuvo siempre en sus ecos la misma resonancia. Allí los días son una misma hora eternamente repetida bajo el cielo lluvioso...

Ramón M.ª DEL VALLE-INCLAN





LA MAR DE VIGO

PRINCIPIO y fin de algunas cosas, Vigo puede tomarse como clara señal de vida. Si por sus contornos creyeron en otros tiempos los hombres que terminaba la tierra, allí empezó para muchos el mar, la mar. Los antiguos versos, invitadores, de Martín Codax,

Cuántas sabéis, mar amigo,
venid conmigo a la mar de Vigo,

han repetido su dulce cantinela en el pecho de muchos hombres, como si una caracola rumoreara canciones y aventuras.

No es de extrañar que el marinero, el buen marinero de los vientos del norte, acostumbrado a olfatear las sendas del aire, adivinara desde Vigo silenciosas llamadas y citas de la otra orilla, aromas lejanos y penetrantes de América. Tampoco es raro que, viviendo en la ciudad de un puerto tan decisivo y decisorio, tan entero y verdadero, al hombre, su vecino, se le llenara de barcos el corazón. Razones e ilusiones, geografía y presentimiento, hicieron de Vigo la salida natural para las Américas. Su nombre, de varón de la metalurgia, se alza como una masculina estructura de la esperanza, como una driza por la que el alfabeto despliega el variopinto lenguaje de todas las palabras que convidan a la aventura; una aventura que hoy ya no escribe con la caligrafía romántica de la alegre improvisación, sino que, como el agua en el acueducto, se regula y disciplina en el saber, en la técnica especializada del emigrante.

De igual suerte cabe registrar gran distancia entre el pintoresquismo marinero del Berbés, aguafuerte de hace unos años, y la pujanza y brío de la multiplicada industria que le ha nacido. Y así, en contrapuntos, como la vida, alinea su fábula y su signo.

Así, la ciudad que mayor número de salidas registra es también la que ofrece uno de los mayores índices de crecimiento. Aquel Vigo, íntimo y pequeño, como una familia de poco más de 2.000 vecinos a principios del siglo XIX, es hoy una rumorosa colmena, que anda camino de llegar a los 200.000.

Veterano de historia y de leyenda, está curtido y bien curtido en los trances de la vida. Desde Julio César a las tropas francesas, sus calles han visto muchos desfiles violentos. A todos ha sabido sobreponerse. Y no se le irán lágrimas blandas en ningún trance. Su flota pesquera, la más nutrida de toda España, nos sigue trayendo la reluciente cristalería de la carne que alimenta el mar, y, como una Barcelona atlántica, sabe armonizar tradición y futuro en su enorme poderío creador.

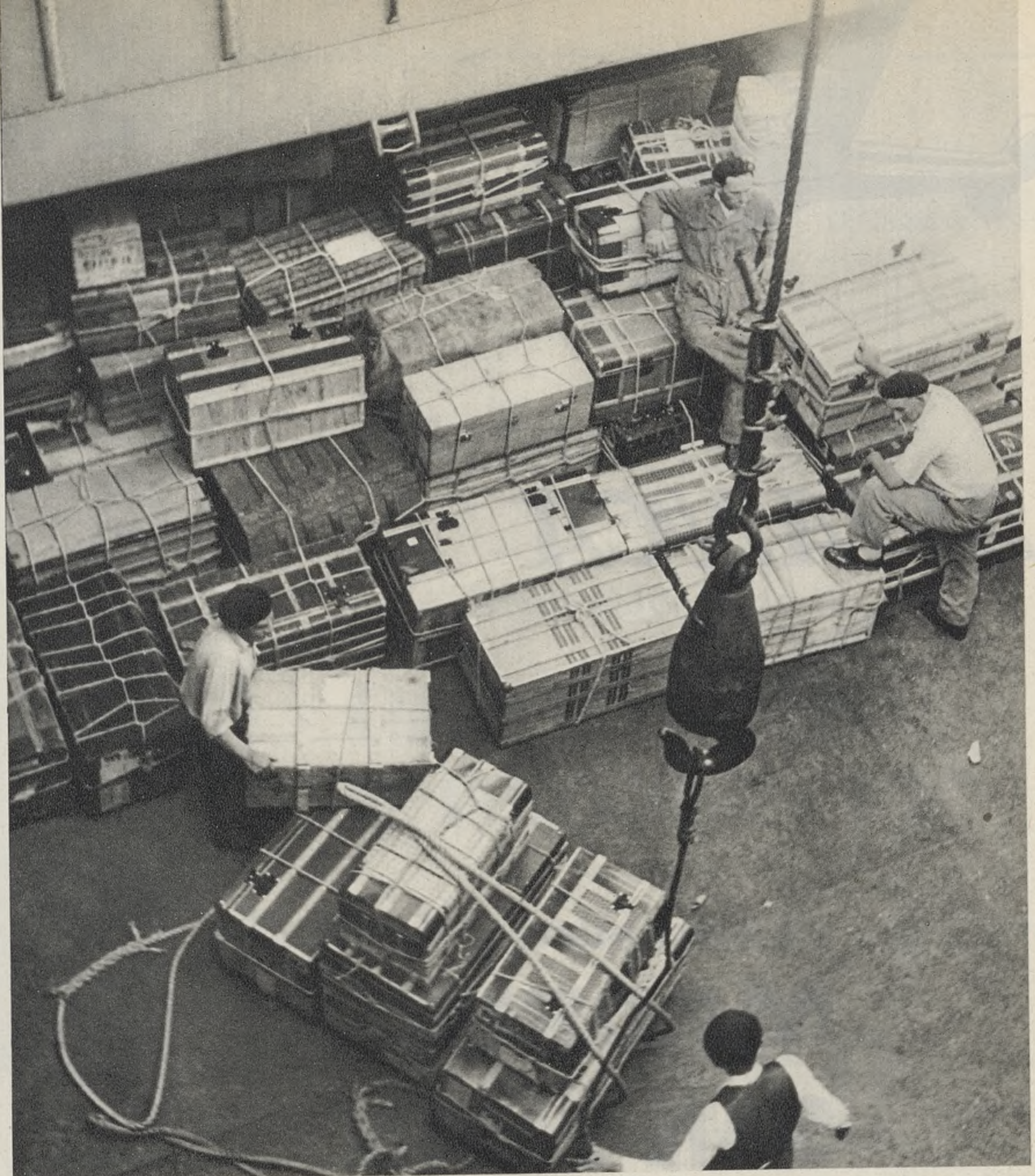
Esta es, amigos, la punta extremo occidental del continente europeo. En cierto modo, también la punta extremo oriental de América. Bonito sitio para hacerse a la mar, que es el vivir.

EL REGRESO TRASTROCADO

PARA un gallego, la vuelta a su tierra por el sur y por nubes no *sabe* a regreso. Tal vez al nuevo emigrante, que en un santiamén se ve llevado desde su pueblo a la avenida de Mayo, esto le resulte tan natural como lo es para el indiano, caudaloso y azacaneado de premuras, el ir y venir por el aire, empujado y arrastrado por las urgencias de un tiempo que no es *tempo*, pero que realmente es oro. Para los de antes, no; y yo soy de un antes, ya casi sin después, que añade cuarenta años a los veinte que aquí traje.

Para quienes hemos pasado muchos días en el bandullo tercerón de un barco, devanando una y otra vez el problemático sentido de la aventura, sin vérselo muy claro, los caminos de la vuelta tendrían que ser siempre los de la ida. El mar, que nos hurtó a la lógica natural de nuestra existencia, tendría que devolvernos por los mismos senderos, pagándonos, con pausadas razones del corazón, el desgarramiento, más bien instintivo, de la partida; devolvernos, en lento desfile, las imágenes recuperadas, las que fueron quedando atrás, empañadas de lágrimas, en el adolescente itinerario primerizo, devueltas luego, por arcos de luces, al ávido mirar con los ojos del cuerpo lo que nunca dejó de verse con los del alma.

EDUARDO BLANCO-AMOR



Villagarcía de Arosa



ESTE puerto, por su posición geográfica, situado en una amplia y espléndida ría, que le ha dado su calificativo, es el punto obligado por el que fluye y ha venido fluyendo, desde tiempos remotos, la riqueza de casi media Galicia, canalizada principalmente por el río Ulla, espina dorsal líquida de esta región gallega, que por adentrarse profundamente en la misma, de oeste a este, hasta casi partirla en dos, hace que vastas y ricas zonas situadas en el mismo corazón de Galicia sean económicamente tributarias de este puerto.

Así tenemos que las aguas que, por intermedio de su afluente el Sar, han besado la tumba del Apóstol, nos traen consigo un fuerte aroma de espiritualidad, y las que por el Deza han acariciado las comarcas de Lalín y Silleda, un claro susurro de los afanes y desvelos de esos pueblos, sin contar con los que en su origen han fertilizado tierras de la provincia de Lugo y nos hablan de ingentes riquezas forestales y ganaderas.

Desde este punto de vista histórico, todas estas condiciones geográficas que reseñamos han hecho que, desde tiempos antiquísimos, esta ría de Arosa haya sido sede de colonias fenicias y griegas, por las que fluía la riqueza de estas tierras, y que en un tiempo de los Césares se estableciese la ciudad de Iria Flavia, con su avanzada marítima en Padrón; y andando más los siglos y creciendo las necesidades de calado de las embarcaciones que efectuaban el tráfico, esta avanzada se desplazase más hacia su desembocadura, situándose primero en Carril y ya definitivamente en Villagarcía de Arosa, ciudad que ha nacido y crecido impulsada por su puerto, y que, aunque ha atravesado períodos de estatismo y casi regresión, ha podido superarlos y renacer, como el ave Fénix, de sus cenizas, ya que su estancamiento hubiera supuesto el suicidio colectivo de esa media Galicia que no estaba dispuesta a desaparecer y que, por el contrario, en los días que vivimos, está presta a unirse codo a codo con el resto de las regiones, para cooperar a este magnífico resurgir hispano que contemplamos.

Hasta el momento sólo hemos hecho resaltar una sola faceta de este puerto, cual es la económica, fundamento y razón de ser de todos los puertos que en el mundo existen, ya que su establecimiento exige cantidades ingentes de numerario; pero es que este puerto de Villagarcía de Arosa tiene además otro ángulo de fina espiritualidad, que no puede pasar inadvertido, y que nace de ser el puerto natural de Santiago de Compostela, ciudad que, por ser la elegida por Dios como última morada del Hijo del Trueno, ha adquirido, ya desde el Medioevo, carácter de universalidad. Si a ello unimos el que la Providencia determinó que la ruta seguida por el Apóstol hacia su última morada terrenal fuese remontando estas aguas arosanas, deducimos que las peregrinaciones que utilicen la vía marítima, para alcanzar tierras gallegas y doblar la rodilla ante su tumba, no pueden adquirir plenitud de no seguir fielmente la estela marcada por la barca que lo transportó hasta rendir viaje en Padrón, haciendo escala en este puerto.

Por si ello fuera poco, vemos que si el hombre, en su afán de recibir con magnificencia estas peregrinaciones, ha ejecutado en Santiago obras de tal envergadura como la soberbia plaza del Obradoiro, con el inigualable Pórtico de la Gloria, invitando al paso y oración, el mismo Dios ha querido esculpir esta sin par ría de Arosa, señalándola con su dedo, como pórtico grandioso de bienvenida que acoja a los romeros que de allende los mares vienen a poner sus penas y alegrías a los pies de nuestro señor Santiago, Patrón de las Españas y, por ende, de todos los pueblos de América, que han heredado nuestro espíritu, rezan en nuestro idioma y comparten nuestra cultura.

Ya sólo nos queda por recoger, en esta glosa sobre el puerto, su admirable situación para encauzar un movimiento marítimo turístico intenso, pues hoy ya están sus obras en condiciones de poder prestar las seguridades y comodidad que esta clase de tráfico requiere, las que aumentarán a medida que éste transcurra y su intensidad lo exija.

Las razones que hoy tiene el turismo para tomar en sus singladuras el rumbo de este puerto son poderosas y varias, teniendo, a nuestro juicio, prioridad la de orden espiritual a que antes nos hemos referido; pero si ésta aun no fuese estímulo suficiente, queda la maravilla que supone la contemplación de esta ría de Arosa, con nombre femenino, y, como tal, esquiva, necesitando adentrarse en ella para gozar plenamente de su majestuosidad y belleza. ¿Y qué mejor posesión que el recorrido a la arribada de los 30 kilómetros que dista su boca de este puerto, contemplando paisajes difícilmente igualables?

Esta ría de Arosa, la más amplia de las cinco rías bajas gallegas, todas con características y hermosura propia, tiene por sí sola, para hacer agradable una visita de turismo, innumerables motivos y belleza, pues posee varias islas, como la de La Toja, con un espléndido hotel y balneario; la de Arosa, con un pueblo de cerca de cinco mil habitantes, con luz y teléfono; la de Cortegada, etc.; ensenadas de suave belleza, como la de Rianjo; magníficas playas, como la de La Lanzada y todas las situadas en la parte norte de la ría; pesca abundante; está rodeada de montes, los más importantes con fácil acceso, divisándose desde ellos panorámicas maravillosas; tiene atardeceres con puestas de sol de ensueño; está rodeada de interesantes obras monumentales que datan desde los tiempos celtas primitivos hasta épocas más cercanas, como dólmenes, las Torres del Oeste, el Monasterio de Armentería, el palacio de Oca, el de Fefiñanes, etc.; posee un clima suave y un verano que casi se prolonga hasta muy avanzado el otoño, o sea, que, en definitiva, sobre ella ha derramado la mano de Dios maravilla tras maravilla, poseyendo cualidades tan variadas, que siempre pueden proporcionar solaz al espíritu y entretenimiento a los gustos más dispares.

Si añadimos a todo lo anterior que la posición central que ocupa Villagarcía de Arosa en la costa atlántica gallega y las buenas comunicaciones terrestres, bien por carretera o ferrocarril, que la ligan con el resto de la región, hacen que sea el punto estratégico para desde ella desplazarse fácilmente hacia La Coruña, Santiago, Pontevedra, Vigo y, aunque algo más distantes, Lugo y Orense, no hay duda de que este puerto está llamado a tener un porvenir turístico importantísimo, por lo cual, desde aquí, damos el toque de atención a todas las compañías navieras que se dedican al turismo para que mediten y vayan pensando en enderezar las proas de sus naves hacia este punto de la rosa de los vientos.

La soleada España de Castiella, en Londres y París



AQUELLA enorme tienda de lona levantada entre los plátanos de Carlton House Terrace estaba esperando la lluvia de Londres. Pero fué el sol, el menos insular de todos los soles de Inglaterra en lo que va de siglo, el que se abatió durante una semana sobre aquel «camping» ilustre que la húmeda brisa tibiamente meneaba.

Para más de seiscientos periodistas congregados en la capital británica con ocasión de la histórica visita del Presidente Eisenhower, aquel frágil recinto campamental ofrecía, dos veces al día, durante las conferencias de prensa, poco espacio, escasas revelaciones y una luz de marfil viejo, buena para cuadros de historia finisecular.

Allí escuché, en la conferencia de la tarde del 31 de agosto, una de las últimas voces banales e insidiosas sobre el tema de la realidad europea de España. Randolph Churchill se encaró con el jefe de Prensa de la Casa Blanca, Mr. Hagerty, y le disparó la pregunta:

—¿Puede decirnos si España es estimada por sí sola tanto como todos los demás países integrados en la N. A. T. O.?

Mr. Hagerty eludió la respuesta, más por su radical inoportunidad que por su indiscreción. Hacía escasamente dos horas que el Presidente Eisenhower había recibido al ministro español de Asuntos Exteriores, señor Castiella, en la residencia americana de Regent Park. Y los términos de la entrevista habían discurrido muy lejos de los cauces marcados por los adivinos fáciles. Toda maniobra montada sobre la conjetura de una España suplicando al Presidente de los Estados Unidos su

intercesión para ser admitida en la N. A. T. O. empezaba a mostrar su inconsistencia y su torpeza. La presencia del ministro español en Londres evidenciaba ya objetivos más lógicos y de mucho más alcance.

Quién es quién en la defensa de Occidente

El viaje del señor Castiella a Londres había sido registrado, en efecto, desde su anuncio, varias semanas antes, con el desasosiego que toda vida oficial de España produce en el viejo montaje de la izquierda internacional. Fué necesario que la Secretaría de Estado desmintiera la especie de una supuesta ocultación al Foreign Office de la proyectada entrevista Eisenhower-Castiella. La prensa británica, desigualmente errabunda y mortificante en sus especulaciones, había puesto en marcha el resorte de toda la maniobra: Castiella iba a pedir al Presidente de los Estados Unidos, en nombre del Generalísimo, la entrada de España en la N. A. T. O. Y como en la tarea de consulta y de unificación que justificaba la presencia de Eisenhower en Europa antes de recibir a Kruschef en Washington, la pretendida aspiración de España tenía que caer mal y ser finalmente rechazada, el fracaso de la acción diplomática de nuestro ministro de Asuntos Exteriores iba a suponer para España, en tan señalada ocasión, una afrentosa derrota. El día anterior, el domingo, una esmirriada manifestación de 107 anarquistas, silenciosamente arropados por los guardias de servicio, había bajado desde Hyde Park Corner a Belgrave Square, por Grosvenor Crescent, y sin apenas ver el edificio de la embajada española, porque el reglamento de manifestaciones puso todo el espeso parque de la plaza entre sus ojos y la residencia, mantuvo en alto unas pancartas de caligrafía casera, de texto más inocente y anacrónico que otra cosa, y se disolvió a poco en la soledad dominical de Londres. Un niño de pecho, que, incluído en los 107, madrugaba su ciudadanía desde el cochecito de paseo, lloriqueaba en retirada bajo la sonrisa paternal de los guardias. Fuése y no hubo nada.

No hubo absolutamente nada, porque la ofensiva de la izquierda mundial contra España mantiene su terquedad cerrada, como una especie de instinto animal, de atavismo, pero ha perdido mucho de su ímpetu, hace tiempo considerado ya como un bromazo más bien triste, y porque, con ocasión de venir a Europa el Presidente Einsenhower para eliminar diferencias en el bloque antisoviético, toda maniobra antiespañola era, en realidad, opuesta más a los designios del Presidente que a los nuestros.

La misión de Castiella en Londres tenía, pues, la ventaja inicial de su altura de propósitos y de su realismo político. No tenía que pugnar gran cosa para abrir brecha en la mente oficial de Inglaterra. Esencialmente, la invitación americana a España, país con el que los Estados Unidos tienen tratados de alianza desde 1953, en el que mantienen una estupenda red de bases militares conjuntas—la naval de Rota, capaz para portaviones de tipo «Forrestal», única fuera de Norteamérica—, constituía un paso elemental; correspondía de lleno al diálogo normal y soberano que ambos Gobiernos vienen manteniendo y nadie podía disgustarse sino por su cuenta y razón, pues el humor es libre. Pero la política se hace sobre hechos. Y el de más consistencia era éste: el ministro español de Asuntos Exteriores era el único invitado a Londres por el Presidente Eisenhower, precisamente por la condición autónoma que nuestras alianzas con Norteamérica y con Portugal nos confieren fuera de la N. A. T. O. Esto se vió claramente a tiempo por el gabinete conservador del señor MacMillan. A mi juicio, estaba la misión española tan encajada en la línea de los objetivos del Presidente en su viaje a Bonn, a Londres y a París—una sola política europea sobre las políticas nacionales contingentes—, que incluso la proximidad de un desafío electoral al laborismo británico cedía en importancia ante el imperativo de allanar el camino al egregio residente de Regent Park.

España comparecía en Londres tras unos preliminares diplomáticos realizados con impenetrable, imporosa, hasta irritante discreción, pero con la soltura de movimientos de un país que se atiene a lo que es.



En tres fotos—las de estas páginas y la de la siguiente—se sintetiza sobria y expresivamente la trascendencia del viaje del ministro de Asuntos Exteriores de España a Londres y París.—A la izquierda, con el Presidente Eisenhower y el ministro Castiella, componen un animado grupo el secretario de Estado norteamericano, Herter, y los embajadores Areilza y Lodge.—A la derecha, el ministro español con su colega inglés. En la última foto, Castiella condecora a Pinay, en París, en presencia del embajador, Casa Rojas.

«Mi querido General...»

Después de la entrevista, de unos veinticinco minutos, entre el señor Castiella y el Presidente americano, salieron al maravilloso parque de esa impar residencia que es Wingfield House. Allí estaban, esperándolos, los «ojos y oídos del mundo». Yo vi entonces por primera vez al Presidente Eisenhower, y comprendí hasta qué punto es inútil la fotografía en blanco y negro para dar idea de su recuperación vital. Formaban grupo ante las cámaras con el secretario de Estado, Mr. Herter; con el embajador de los Estados Unidos en Madrid, señor Lodge; con nuestro embajador en Washington, señor Areilza; el embajador de España en Londres, marqués de Santa Cruz; el director general de Política Exterior, señor Sedó; el jefe de la Oficina de Asuntos Políticos de los Estados Unidos en el Ministerio español de Asuntos Exteriores, señor Piniés, y el jefe de nuestra Oficina de Información Diplomática, señor Martín Gamero.

Eisenhower sacaba al parque, en compañía de Castiella, una sonrisa de estupendo buen humor, que había sido la nota constante durante la



entrevista. «¿Cómo está el General Franco en estas vacaciones? Quiero contestar su carta inmediatamente y por mí mismo.» Sobre el conjunto de temas abordados luego con el secretario de Estado y con los funcionarios, aprovechando la inestimable ocasión de un contacto inmediato, la misión de Castiella cerca del Presidente Eisenhower había culminado en esa frase que la publicación de las dos cartas ha difundido por todo el mundo: «Mi querido General Franco.» Es el estilo y el trato de los soberanos antiguos que se carteaban sobre el pavés, desiguales en su potencia, hermanados en su respeto y en su recíproca estimación personal. Eso es, literalmente, historia. Lo demás son, literalmente, cuentos.

Whitehall profetiza el pasado y evoca el futuro

Al día siguiente, durante el almuerzo ofrecido por el secretario del Foreign Office, señor Selwyn Lloyd, a don Fernando María Castiella, reinó una nota constante de cordial entendimiento, de amistad. Estaban, con el séquito de nuestro ministro, otros dos del Gabinete británico —el de Comercio y el de Colonias—, varios ex embajadores en Madrid y doce o catorce personalidades más de la vida oficial inglesa. Yo creo que, una vez fijada por la trascendental entrevista del día anterior la posición de España ante la visita de Eisenhower, era el mejor momento para recoger, por los representantes de ambos Gobiernos, el de Franco y el de Su Majestad Británica, los frutos de estos dos últimos años de esfuerzo inteligente y tenaz para mejorar unas relaciones hoy verdaderamente buenas.

El Foreign Office y el 10 de Downing Street fueron fieles a la buena tradición inglesa de no pasar el puente hasta llegar al río. Por encima del confuso, casi aldeano, guirigay europeo, Inglaterra se rige por una vieja costumbre de singular grandeza. Mira en los hombres y en las cosas su virtualidad para convertirse en pasado; esto es, le echa el ojo por lo que han de durar; les evoca el futuro y les profetiza el pasado, lo que no es tan paradójico si bien se mira. En el caso personal del señor Castiella, la cosa ha tenido un perfil excepcionalmente halagüeño para él. La capacidad del inglés para retocar un cliché defectuoso y convertirlo en un retrato fiel, ha quedado acreditada ante un ex combatiente, universitario, joven veterano de la diplomacia, bien equipado al parecer para el sosiego y la soltura de modales con que España se reintegra a la plenitud del diálogo europeo tras veintitantos años de glorias, padecimientos, viril reconcomio y alguna que otra delicia en la soledad de su *home*. Tengo referencias de que la invitación oficial para una nueva visita de Castiella a Londres no ha dejado de estar influída por la buena impresión personal que ha brotado de estos primeros diálogos.

Ya estaba Eisenhower en París cuando la prensa inglesa—con alguna excepción provinciana, como la del *Yorkshire Post*—daba lugar a que algunos corresponsales franceses escribieran: «¿Quieren ustedes hacer el favor de decirnos si es verdad que anda por ahí el Presidente de los Estados Unidos? Porque, a juzgar por el silencio de la prensa inglesa, a Eisenhower se lo ha tragado la tierra.» En efecto, ese comecome fraterno que preside muchos momentos de la vida de relación entre Inglaterra y Francia, llega a ser exasperante cuando sus diarios llevan la libertad de prensa hasta el remilgo, hasta la insidia de portal. Yo pienso: ¿cómo a nosotros, que no hemos mezclado nuestra sangre militar desde Wellington, nos van a tratar siempre de «cariñito»?

Yo coincidí con el señor Castiella y su séquito en el avión de la B. E. A. que lo llevó de Londres a París. Estaba francamente contento. La única pregunta que en siete días me había parecido oportuno hacer a nuestro ministro de Asuntos Exteriores era totalmente innecesaria.

—¿Vuelve contento usted?

—Sí. Vuelvo muy satisfecho. Creo que España ha dado un paso decisivo en su vida exterior.

«Yo sé valorar y agradecer lo que al Generalísimo debe el mundo libre»

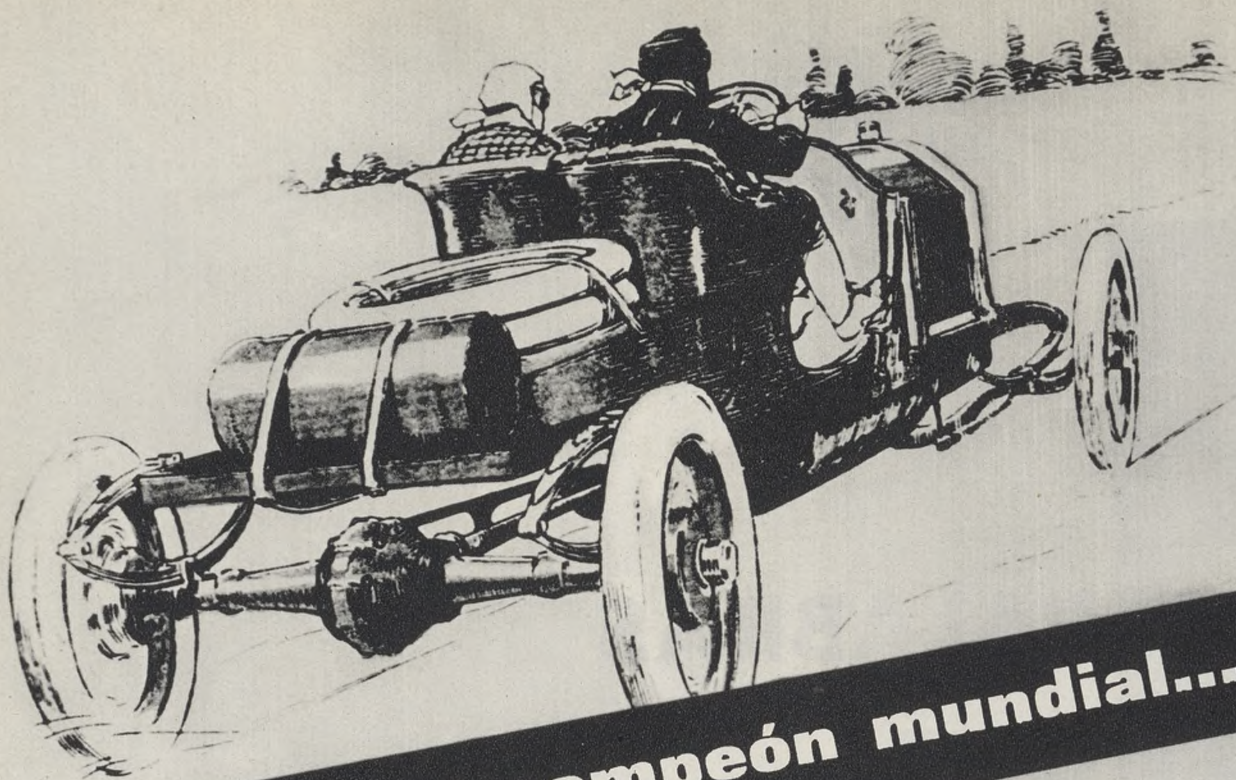
En el aeropuerto he comprometido mi conmovedora reserva de divisas comprando tres libros amarillos, de esos de la librería Fayard. Uno es la *Historia de España*, reciente—los tres son recientes—, de Delcola. Es un libro amoroso, casi tierno, ingenuo y a ratos injusto. Pintoresco. El otro son las *Memorias del mariscal Juin*. El tercero es la *Historia de la liberación de Francia*, de Robert Aron. No he visto hasta el momento en ninguno de ellos un solo testimonio que no abone este hecho histórico, ya admitido por todos como cosa inconmovible: Franco mantuvo frente a la Alemania de la segunda guerra mundial una actitud reticente, libre, habilísima, que ayudó decisivamente a los aliados.

Las palabras del Presidente De Gaulle al señor Castiella, durante una entrevista de cuarenta minutos, brotaron dominadas por el mismo espíritu. Pero, sobre todo, fueron pronunciadas *ya*. El almuerzo siguiente con Couve de Murville en el Quay d'Orsay y la actividad entera del ministro español, en su breve visita a París, sobre los temas concretos y normales de la excelente relación actual España-Francia, discurrieron con facilidad, con simpatía y con eficacia.

A la España que ha transitado durante una semana por los meridianos de Europa no le ha fallado el sol ni un solo instante.

JOSE ANTONIO P. TORREBLANCA

FOTOGRAFIAS: CIFRA



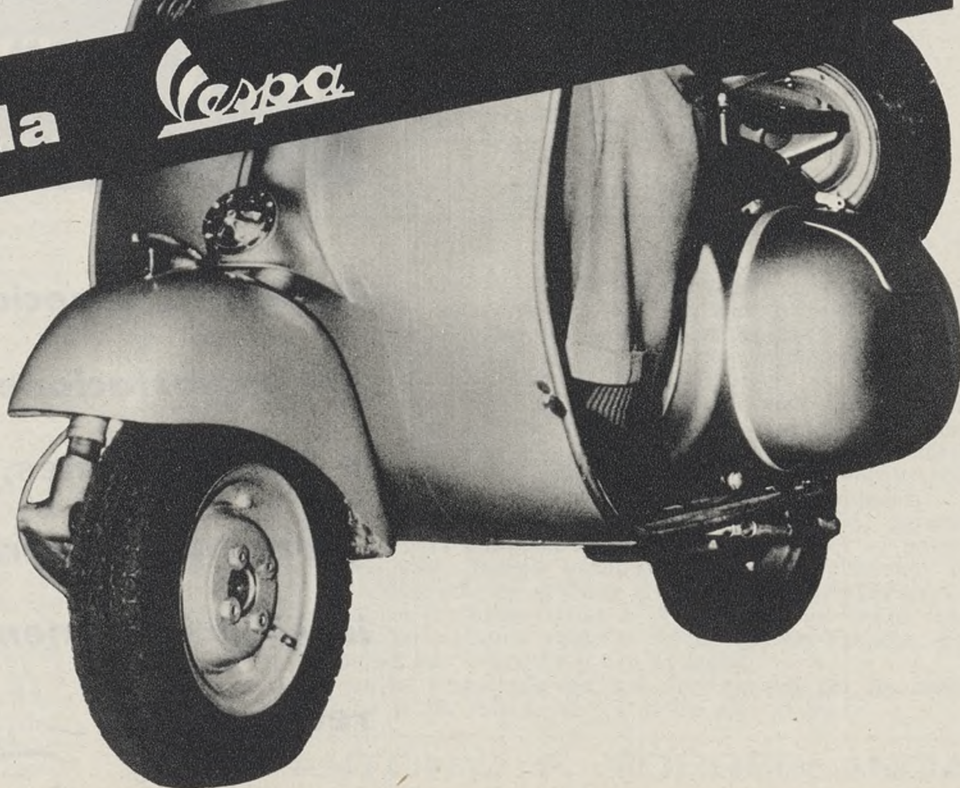
el campeón mundial...



Después de la tensión que requiere la conducción de un bólido de carreras, el fácil manejo de la Vespa es para mí un sedante

Juan Manuel Fangio

utiliza la Vespa





UNA GRAN EXPOSICION



PARA celebrar su primer centenario, el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos de España ha montado en la Biblioteca Nacional de Madrid una «Exposición antológica del tesoro documental, bibliográfico y arqueológico de España», que importa subrayar como se merece desde muchos puntos de vista, y no será el menor el que interese a los países iberoamericanos.

Por lo pronto hay que decir que en seis salas se ha desplegado ante el visitante la impresionante muestra de tres mil años de vida histórica española como un magno álbum familiar de la grande y vieja familia hispánica. Se trata de una exposición antológica, compuesta con una cuidada selección de los documentos y objetos que se custodian en los diversos museos y bibliotecas dependientes del Cuerpo de Archiveros, la cual ha sido ordenada, siguiendo un criterio historiográfico, según los grandes períodos de nuestra Historia. Se ha reunido así una sensacional colección de más de seiscientas piezas de primer orden y de rango universal, cuyo mérito mayor, sin embargo, consiste, para mí, no tanto en el valor intrínseco de cada una de ellas, con ser mucho, ni siquiera en la incalculable riqueza artística del conjunto, sino, precisamente, en el hecho de haber sido ensambladas todas—objetos, libros, documentos—formando un panorama general que procura, en visión de conjunto, el trazo continuado del perfil histórico cultural de España: desde las diversas etapas prehistóricas—como esos objetos del ajuar del sepulcro argárico de Montilla, de mil doscientos años antes de Cristo—hasta los manuscritos de los grandes escritores del siglo XIX. Ahí están los mosaicos, vasos, joyas, espadas, telas, escrituras, privilegios, beatos, manuscritos, incunables, testamentos, autógrafos, planos, cartas, encuadernaciones, fundaciones, libros, periódicos, estampas, retratos que componen el vasto cuadro de la cultura hispánica.

Porque una exposición como ésta no significa únicamente la muestra limitada de una cultura nacional europea, de noble y antiguo origen, sino que exhibe la raíz y el despliegue de una cultura que pertenece a una vasta comunidad espiritual de naciones asentada en tres continentes. El pasado de una vieja nación y de muchas jóvenes naciones está ahí, con su enorme ejecutoria miniada por los siglos.

Claro es que podría uno preguntarse, brutalmente, qué cosa es el pasado histórico para llamar la atención contemporánea, o, con mayor cautela, qué interés, distinto del especialista o del que atañe al puro gusto por las formas bellas, puede despertar el pálpito viviente de nuestra curiosidad, de españoles o iberoamericanos de hoy, ante estos objetos de la prehistoria: esos torques de oro de Jaramillo Quemado, de Burgos, que se cincelaron quinientos años antes de Cristo, o esa terracota púnica, desde la que nos mira, con sus ojos vacíos, un ibicenco muerto hace más de dos mil trescientos años.

Pues el hecho es que el hierro, el bronce y el barro sobre el que las lejanas manos de los abuelos celtíberos imprimieron la huella de su alma, y que han llegado hasta hoy, comienzan por transmitirnos una inesperada sensación de actualidad: como si hubieran salido, ayer no más, del cercano taller de un joven artista de la escuela de Ferrant o de Henry Moore. Resulta que esas formas que tenemos por arcaicas nos son próximas; que se vuelven hacia esta segunda mitad del siglo XX como fundidas en nuestro propio tiempo, sin que los tres mil años que las separan de nosotros distancien la sorpresa de su imagen, revelándonos de pronto eso que Toynbee llamaba «la contemporaneidad filosófica» de todas las formas sociales designadas como civilizaciones, al comparar la brevedad de su ciclo de seis mil años con los trescientos mil de vida primitiva.

Ocurre, además, no sólo que el ciclo histórico es tan breve, en la anchurosidad del tiempo, como para enlazar dentro de la misma órbita aquella edad que tuvimos por remota con la nuestra; es que, por ejemplo, ese torillo granadino de ibérico bronce es ahora tan tema del arte español como hace tres mil años, como lo es la luz que lo baña y la tierra sobre la que ahinca las bravas pezuñas de su acometividad. Si el paso de los siglos ha depurado la sensibilidad del hombre que lo contempla y reproduce y ha afilado la tosca punta de su buril primitivo, en definitiva un parejo temblor vital le sujeta a la mano que lo empuña; el arte que dió forma a ese torillo no se ha quedado plantado allá, doscientos años antes de Cristo, sino que es el mismo que continúa citando, con el propio trapo rojo, el poder creador del artista hispánico de hoy. Su mensaje espiritual trae inscrita una cifra misteriosa, una clave vital que sólo para él aparece inteligible y clara, la cual responde con plenitud de sentido a no sé qué secreto resorte que precisamente el hispano lleva en sabe Dios qué recóndito pliegue de su alma. ¿O no está mirando ese pájaro del mosaico sevillano de Itálica, como una anticipación gemela, reverberada por el cristal del tiempo, a la famosa paloma dibujada por el malagueño Pablo Ruiz Picasso?

«El pasado — decía Ortega — es pasado no porque pasó a otros, sino porque forma parte de nuestro presente, de lo que somos en la forma de haber sido; en suma, porque es *nuestro* pasado.» Por eso su contemplación lleva consigo, además, la aclaración de la realidad histórica—que es una realidad como cualquier otra—y guarda una respuesta que se une a las que deben componer el conocimiento del sistema de realidades que sustentan nuestra vida, sin el cual es imposible caminar hacia adelante. «Desde la altura de cada presente —acaba de escribir José Antonio Maravall—el hombre que se instala conscientemente en ella echa mano de la Historia para que la razón le ponga en orden y le dé el sistema de esa realidad de que está hecha su vida, sobre la cual se levanta su existencia, y que es la realidad histórica.» De ese conocimiento de lo que se es arranca un haz de posibilidades hacia lo que se puede y se debe ser, el cual haz soporta y alimenta el motor de nuestra vigente existencia cotidiana.

Por eso el espectador no puede contentarse con pasar su mirada fríamente por las vitrinas de esta exposición como sobre simples testimonios de otra edad, hitos de una historia antípoda en la rueda del tiempo. No lo son ni siquiera esas espléndidas encuadernaciones mudéjares o góticas, ese ejemplar único del *Manual de Adultos* que fué el primer libro impreso en América—¡en México, en 1535!—, esa hermosa cruz mozárabe de Santiago de Peñalba o el testamento de Garcilaso de la Vega. Mucho menos los manuscritos de Lope o de Fray Luis, el *Libro de Calixto y Melibea* o esas ediciones príncipes del *Quijote*, de versos de Góngora, de Quevedo, etc., etc., que son piezas vivas del acervo cultural de España, formas vigentes contantes y sonantes, actual sonido del metal de su espíritu en el tablero del mundo. Tampoco la vida jurídica del país está aquí aludida como simple antecedente; tal esa escritura de venta de una viña en Piasca, dada a 9 de septiembre del 857, que es el diploma más antiguo que se conserva en archivos oficiales, sino que ahí están el *Fuero Juzgo*, las *Partidas*, las *Leyes de Indias* o el *Decreto de Nueva Planta* de Felipe V, de cuya directa herencia vive nuestro ordenamiento. Y ¿qué decir de documentos como las *Capitulaciones de Santa Fe*, el *Codicilo* de Isabel la Católica, el autógrafo de Don Juan de Austria comunicando la victoria de Lepanto, el testamento del desdichado Carlos II o el funesto Tratado de Utrecht, que han configurado la ventura y desventura del destino de España como nación y coartan o impulsan todavía, acaso sin que nos demos cuenta, nuestra capacidad de futuro?

Mas, con todo, no es únicamente esa curiosidad esencial por el pasado la que incita a visitar esta exposición, sino la necesidad en que, contra todas las apariencias, se halla el hispano de hoy de hacer la propaganda del sentido histórico; quiero decir, de su capacidad para anudar significativa y eficazmente los innumerables pasados que fuimos con el presente y, por tanto, la difusión de su potencialidad para crear un sentido de interdependencia a lo largo de toda la Historia, de inteligente corresponsabilidad con el trasfondo histórico, apta para suscitar también, aunque no sea más que por contagio, lo que más falta nos hace, que es un sentimiento de solidaridad proyectado a todo lo ancho del presente.

Pienso que, tal vez, la escasa virtualidad atractiva que ciertos tradicionalismos ejercen sobre los jóvenes estribe justamente en la cortedad de su radio de acción hacia esa totalidad solidaria del pasado, anclando su parcelada devoción por éste en una zona recortada y como exenta del mismo, incomunicada con otras, válida por sí y no por su condición de eslabón en la gran cadena de la Historia. Ocurre que el pasado deja de ser así tradición jugosa, viva conciencia lubrificadora del engranaje del vivir, en cuanto pierde esa su heraclitiana condición de linfa enlazante y pasajera, secándose sobre él como un arenisco residuo, encasquillamiento del pretérito—peor cuanto más próximo—sobre el presente, como imposible y terca prolongación del otro presente que fué.

Sobre esa deformación, servida por falsos tradicionalismos, está el poco apego que el español suele manifestar hacia sus tradiciones verdaderas y que se hace evidente en el precario conservatismo de este pueblo que, para no poner más que ejemplos palmarios, se ha dedicado durante un siglo a blanquear sistemáticamente la noble nervatura de la piedra gótica en sus iglesias monumentales y las pinturas románicas de las ermitas venerables, y llevaba bastante más de dos dejando que se arruinasen sin piedad, pasto de la rapiña de anticuarios sin escrúpulo, los muros labrados de los castillos y palacios, claustros y altares, las tallas y esculturas que enriquecen la enorme variedad de España. ¿Se da cuenta el lector de lo difícil que es hallar entre nosotros esos recogidos cenáculos dedicados a cultivar la memoria de los grandes hombres que fueron, habiendo tenido tantos, que en Europa pululan por todas partes: pequeños museos personales, reconstrucciones conmemorativas en donde se mantiene la huella de un gran nombre? Por el contrario, ¡cuántos huesos ilustres no andan confundidos aquí bajo ignorada tierra, gritando su abandono desde las fosas olvidadas!

Por eso es bueno suscitar ocasiones, como la que brinda esta exposición antológica, de extender la vista en abanico sobre toda la órbita de la cultura hispánica para hacerla familiar y patente al espectador, despertando en él, con el amor a las cosas que componen su pasado, el propio y necesario conocimiento de sí mismo y de sus posibilidades como ser histórico. Es bueno que aprenda alguna vez a decir, con Ortega, para sí, frente al testimonio del pretérito, que «el pasado no está allí, en su fecha, sino aquí, en mí. El pasado soy yo, se entiende: mi vida.»

G. G. de la S.

LA HISTORIA VIVA





Las cosas guardan siempre un eco del espíritu que les dió vida, una señal de su trato con el hombre. Por encima del significado que libros y obras de arte puedan tener para la historia de la cultura, hay siempre un mágico y delicado mensaje emocional, como un rescoldo vivo que nos transmite y acerca vivencias de otro tiempo. Es así como se abre hoy a nuestros ojos el primer catecismo escrito en lengua vernácula para enseñar a los indios, las palabras sencillas y con luz que Fray Pedro de Gante tradujo a una grafía extraña, a una sonoridad nueva, con hermoso gesto de amor. Ahí está en ese facsímil el cultivo de lo que no perecerá, la fe. A su lado, la obra de artesanía, el cultivo del oficio, hasta trascenderlo en arte, y el cultivo de lo que siendo paisaje y gesto de la naturaleza, se traducirá en botánica, en historia, en recado científico, trayéndonos noticia de novedades. Historia viva si la miramos con amor.





Fábula y fecha de la primera emigración europea a las Américas

Por Gaspar Gómez de la Serna

Ilustraciones de CARPE

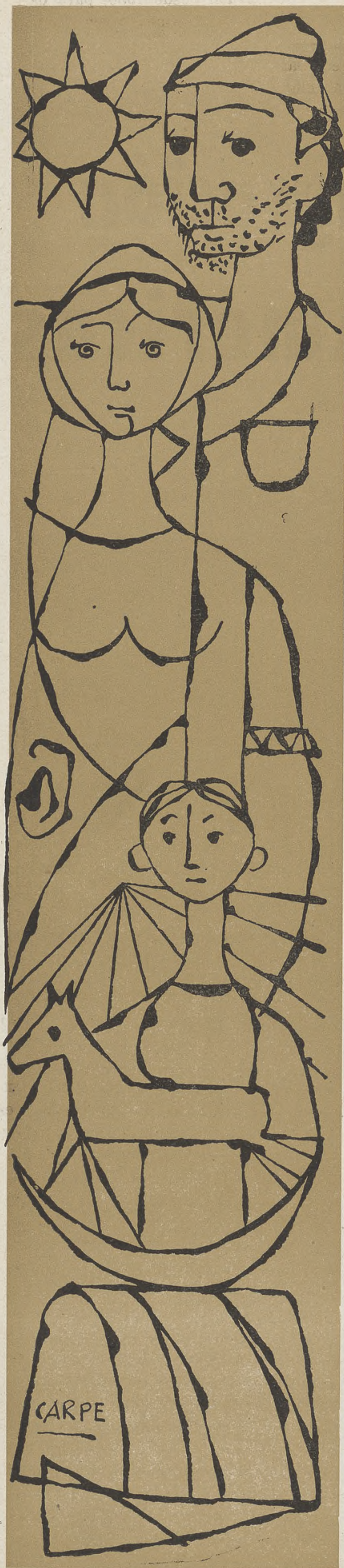


EL peso del tópico, cuando no viejas y banderizas razones, suele impedir aún que los modernos estudios demográficos y migratorios consideren a la emigración española a ultramar desde sus verdaderos orígenes, haciéndola arrancar, como es debido, a la hora en punto del Descubrimiento, como típica y «moderna» emigración, adelantada a todas las restantes emigraciones europeas.

El tratamiento a que se la somete es bien distinto del que recibe la emigración anglosajona, con todas sus consecuencias histórico-políticas. La era histórica de ésta se abre el mismo día en que el europeo anglosajón pone el pie en territorio norteamericano, desplegándose desde ese momento en torno suyo todas las justificaciones morales, políticas y económicas posibles. El tipo del emigrante-colonizador se monta así según un modelo arcádico, de buen campesino laborioso y benéfico, que lleva consigo la semilla de la paz y del progreso; hombre inofensivo, y sólo a la defensiva cuando es atacado por una población indígena salvaje e inferior. Naturalmente, a esta idea de la población originaria con la que el inmigrante se ve obligado a luchar, para defenderse, se siguen dos inmediatas consecuencias: la primera, que no pueden mezclarse las dos razas fatalmente enfrentadas; la segunda, que la aportación civilizadora del grupo inmigrante posee fuerza expansiva sólo para dentro del propio grupo y se ensancha sólo a medida que éste se expande por el territorio, pero no está proyectada para beneficiar ya, **ab initio,** a grupos humanos externos a aquél. Una tercera consecuencia puede llegar a ser que se considere la exterminación de las razas aborígenes histórica y moralmente justificable, y, por tanto, que el inmigrante quede limpio de cualquier posible reproche de crueldad o inhumanidad.

Por el contrario, a la emigración española propiamente tal no se le señala un arranque preciso. Desde luego, se excluye que la haya habido durante la época del Descubrimiento y la Conquista. El conquistador es un ocupante, un soldado, no un inmigrante; y ya se sabe lo «sanguinario», «rapaz», «exterminador» y «expoliador» que fué. Es un imperialista a la ofensiva sobre una población indígena pacífica y poseedora de un alto grado de civilización.

Bien. Cuatro siglos de leyenda negra se van viniendo, poco a poco, abajo, desmontados por una ciencia más independiente y honesta y, sobre todo, por la progresiva madurez de los propios países iberoamericanos. Así ya parece que va estando claro que, pese a todo, desde el primer día de la nueva creación de Améri-



ca se unieron indígenas e inmigrantes con el vínculo legalizado de la sangre; ahí están, por ejemplo, las Instrucciones de 1503 a fray Obando, gobernador de la Española, instándole a que se empeñase en consagrar matrimonios de españoles e indias. Que el acervo cultural de la población inmigrante—religión, lengua, derecho, costumbres—estaba destinado, por su propia estructura ecuménica, de naturaleza expansiva, y desde el comienzo, a impregnar la vida entera del poblador originario, y que el atentado contra la vida y la hacienda de cualquiera de éstos no sólo era moralmente recusable, sino que se perseguía como un delito. Y no hace falta llegar a las Leyes de Indias para encontrar esta protección. Ya una Real Cédula de la reina, de 1500, ordena que no se dañe a los indios ni se negocie con ellos, disponiendo que se reintegrasen, libres, a las Indias a los que trajo y vendió Colón a la vuelta de su segundo viaje.

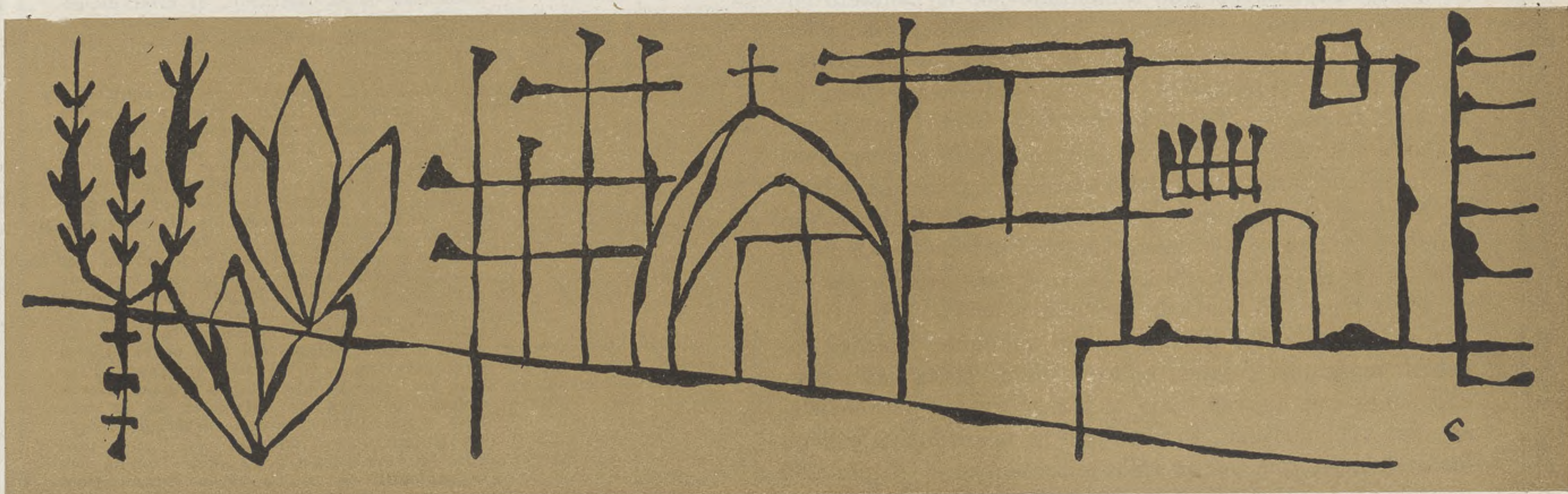
Cuando ese proceso de recuperación de la verdad histórica termine, se advertirá claramente que la emigración hispano-lusa a América es un movimiento poblacional sujeto a una continuidad histórica que dura desde hace cuatro siglos y medio y que empieza, exactamente, con la empresa de la Conquista. Está por hacer el estudio demográfico y sociológico de esa enorme emigración de tan ilustre ascendencia y pertinaz continuidad. Es muy probable que, cuando se haga, puedan acotarse en ella cinco etapas fundamentales que marquen las distintas características que a ese movimiento gigantesco han ido imponiendo los correspondientes datos históricos, relativos tanto a las condiciones políticas, económicas y demográficas de la Península cuanto a las de la propia Iberoamérica receptora. Coincidiría la primera, precisamente, con la Conquista; abarcaría la segunda hasta las últimas décadas del siglo XVII, obediente al mismo aliento cristianizador e imperial—no colonial—de la primera, y en contra ambas de la base demográfica peninsular deficitaria de que partían. Atravesaría la tercera hasta la emancipación americana, la ruina del Imperio y la formación de las nuevas nacionalidades, que alteran radicalmente las condiciones receptoras y el carácter mismo de la fuerza espiritual que impulsa la emigración, la cual pierde su genuina condición imperial y se vuelve entonces—y sólo entonces—más «colonial» y acorde con la tónica imperialista de los restantes países europeos. La cuarta etapa, de la emigración como aventura de ida y vuelta, alcanzaría desde la segunda mitad del XIX hasta la mitad del XX; en ella son factores determinantes la creciente presión demográfica peninsular, la descomposición política y las condiciones de nuestra estructura económica y social. A la plena libertad que el Estado emisor concede al flujo expontáneo de la emigración, añade una tímida tutela personal, que se corresponde con la plena apertura de los países receptores, jóvenes naciones cuya economía sólo progresivamente se irá configurando con arreglo a planes de desarrollo. La fase actual, recién iniciada, se abre a un vasto proyecto de racionalización universal en la distribución demográfica y económica, que hace variar radicalmente los conceptos de libertad y tutela emigratorias y los condicionamientos económicos y políticos de los países receptores hacia una nueva emigración de arraigo, previamente planeada mediante acuerdos intergubernamentales.

Mas todo ello excede de los límites de este artículo, el cual se dirige a datar en su verdadera fecha el arranque de la emigración ibérica al Nuevo Mundo. Su primera etapa coincide, como decía, con el Descubrimiento y la Conquista. Se trata, por supuesto, de una era de expansión imperial, pero a la que las propias características de la idea imperial católica impulsora dotan de una simultánea fase de establecimiento poblador y colonizador (no «colonial», repito), que forzosamente lleva consigo un movimiento típicamente emigratorio. Junto al conquistador y descubridor, que con el bautismo de la tierra realiza su apropiación, no a título individual, sino colectivo—en nombre del rey y para el Imperio—, y que no es ciertamente emigrante, sino soldado, está ya el poblador que va a arraigar en el suelo conquistado. Por eso es falso afirmar ligeramente, como ha hecho Woytinsky, que en esta etapa ni el español ni el portugués colonizaron, sino que se limitaron a explotar y expoliar el territorio americano, arguyendo que la base demográfica peninsular, resueltamente deficitaria y empobrecida con las empresas europeas, no podía suministrar gentes bastantes con las que fomentar los establecimientos en América. Así se trataría de emplear el menor número posible de hombres—nada de mujeres ni familias—para conseguir el único objetivo de acarrear oro y especias para la metrópoli.

Sin volver a aludir al carácter esencial de la idea imperial católica que alumbró la empresa de la Conquista, bastaría, para rebatir a Woytinsky, con preguntarse por qué arte de milagro se fundaron las ciudades, se erigieron las catedrales, se abrieron las primeras vías de comunicación y se establecieron las universidades en Iberoamérica. Tres fechas bien expresivas vienen al azar a la memoria: 1535, establecimiento de la imprenta en México; 1551 y 1553, fundación de las universidades de México y de Lima. Esta, ¡a los veinte años de la Conquista!

Pero le hubiera bastado al excelente demógrafo que es Woytinsky manejar el

«Catálogo de pasajeros a Indias», que se viene publicando desde 1930, para darse cuenta de que justamente ya esos primeros cincuenta años que corren desde la iniciación de la Conquista y el Descubrimiento—al término de los cuales todos los historiadores admiten que ambas hazañas estaban ya virtualmente conclusas—forman una primera etapa de típica y ejemplar emigración europea. El volumen primero del mencionado «Catálogo» arroja no poca luz sobre el carácter de esa emigración, al registrar la condición de algunos de los emigrados dentro de aquel período, entre los años 1509 y 1533. Aunque por regla general se omite la mención de las profesiones, pueden, no obstante, anotarse allí viajeros de todos los oficios del tiempo: cardadores, boneteros, herradores, candeleros, cuchilleros, fundidores, espaderos, labradores, hortelanos, toneleros, barberos, cirujanos-sacamuelas, calceteros, borceguineros, odreros, canteros, zapateros, sastres, batidores de oro, escribanos, etc., etc. En él podría Woytinsky haber fechado la primera operación colectiva de emigración que se conoce—que es la de los 304 emigrantes que van, en octubre de 1528, con el gobernador García de Lerma a poblar la provincia de Santa Marta, en Colombia—, y también registrado las primeras manifestaciones documentadas de las operaciones que ahora se llaman de reagrupación familiar, en la constante mención de mujeres que, solas o con sus hijos, van a Indias a reunirse con sus maridos o parientes. Tomando sólo como muestra las 100 primeras papeletas clasificadas en el «Catálogo», correspondientes a 1509 y 1510, hallamos los siguientes datos: tres labradores, un hortelano, nueve mercaderes, dos boticarios, seis criados, cuatro zapateros, un cuchillero, un escribano, un veedor, dos maestros canteros, un batidor de oro, un fundidor y marcador, dos frailes, un clérigo, dos bachilleres, un alguacil, 17 familias, 20 mujeres, tres de ellas que van a reunirse con sus maridos, llevándose consigo a los hijos, etc., etc.



No hay datos establecidos sobre el número de emigrantes propiamente dichos en esta etapa, y hay que advertir que el «Catálogo de pasajeros a Indias» (vol. I) no sólo se limita a abarcar los años 1509-1533, sino que éstos, además de fragmentarios, están referidos sólo a la «Sección de Contratación». No constan datos de otras secciones, ni de la muy importante de Audiencias, ni los relativos a contingentes militares. De los veinticuatro años reseñados, faltan datos absolutamente de diez años, y de los catorce restantes, seis se hallan evidentemente muy incompletos. Con todo, de las 3.914 papeletas se obtienen 5.217 emigrantes documentados, quedando indeterminado el número de menores que los acompañaron. López de Velasco, en su «Geografía y descripción de las Indias» (1574), señala que, al cabo de los primeros cincuenta años, había ya en América 200 ciudades o pueblos fundados por españoles, con 32.000 casas para sus vecinos, más 9.000 poblados de indios «encomendados», completando la organización de los dos virreinatos 10 audiencias, 29 gobiernos, cuatro arzobispados y 24 obispados. Rosenblat y el propio Woytinsky señalan para 1550 la cifra aproximada de 140.000 españoles establecidos junto a una población de más de 10 millones de indios y 250.000 mestizos y negros. La población peninsular no pasaba, en la misma época, de ocho millones de habitantes. Baste, para concluir, el perfil significativo de esta primera e importantísima emigración con un pequeño dato, comparativo, de la primera población anglosajona ocupante de la América del Norte. Hay que llegar a 1650—un siglo más tarde—para encontrar una cifra estimable de emigrantes, que—según el propio Woytinsky—se limitaría a 25.000 pobladores europeos, cuyo número, según el cálculo más optimista de Rosenblat, alcanzaría, para la misma fecha, los 120.000. Pero entonces habrá que aceptar también la cifra igualmente optimista de Saint-Hilaire, que da, para 1642, tres millones de habitantes hispano-portugueses en Iberoamérica.

EL CASTELLANO EN HISPANOAMERICA

La historia del castellano en América empieza en 1493 con el establecimiento de la primera colonia permanente en la isla de Santo Domingo. Mil quinientos colonizadores del reino de Castilla (pero no de Aragón) empiezan a convivir trasplantados a un nuevo ambiente. Comienza un proceso de nivelación entre los diversos dialectos romances de la Península, tan distintos unos de otros; un proceso fomentado por el contacto común con fenómenos naturales hasta entonces desconocidos, como nuevos animales, flores y frutas, o los caribes antropófagos. El ambiente es el maravilloso y exótico de las islas tropicales. Ya en las primeras cartas que dirige Colón a los Reyes Católicos figuran algunos préstamos del taíno antillano, voces como **maíz, canoa, tabaco, hamaca, huracán, cacique, caimán,** muchas de las cuales pasan pronto al léxico de los demás idiomas europeos. Abundan además en el lenguaje de los colonos, junto con voces indígenas, términos náuticos aprendidos en la larga y peligrosa travesía del Atlántico; por ejemplo: **rancho, bonanza, mazamorra, jalar, botar** y **flete.** Todas las comunicaciones con España, todo el transporte de isla en isla, son por vía marítima. Predominan en la primitiva colonia los andaluces, que por sí solos representan el 40 por 100 de todos los pobladores. Los extremeños proporcionan otro 14 por 100. De las cincuenta provincias españolas, las cinco colindantes de Sevilla, Huelva, Badajoz, Cáceres y Salamanca (todas en el Sur y el Oeste) contribuyen con más de la mitad de la emigración total. Las pocas mujeres españolas son, en su mayoría, sevillanas. La primitiva colonia se caracteriza por la vida varonil, ruda y desahogada de soldados, marineros, mineros, y por lo poco que en su vida licenciosa prevalecían las normas sociales y religiosas de la metrópoli. En esta época primera de la colonia, que se llamó la época antillana, se extingue poco a poco, consecuencia de las guerras, la viruela, la esclavitud y el suicidio, la población indígena de las islas, quedando, sin embargo, un nuevo y creciente elemento social: el mestizo. Ya en el primer decenio del siglo XVI se descargan en Santo Domingo los primeros esclavos negros para reemplazar a la moribunda raza indígena en el duro trabajo de las haciendas.

La segunda etapa (1519-1560) ve la expansión hacia tierra firme con las grandes conquistas de México (1519-1521), del resto de la Nueva España y Centroamérica (1523-31), de Yucatán (1527-41), del Perú (1531-35), del imperio Chibcha (1536-38), del río de la Plata y Paraguay (1536-41), de Chile (1540-53), de Tucumán y Cuyo (1551-60). El primitivo dialecto español de las Antillas, ya fuertemente andaluzado, es llevado por los colonizadores isleños a tierra firme, donde sufre toda clase de diferenciaciones. Empiezan a influir varios factores, que tienden a producir la diversidad en el lenguaje de los colonizadores:

1. Notables diferencias de geografía y de clima. En las tierras altas (templadas o frías) y en las tierras bajas (las costas tropicales) eran muy distintas la flora, la fauna y la vida en general. Distintas también eran las distancias de la metrópoli, el nivel de comunicaciones y los grados de aislamiento, debido a mares, cordilleras, desiertos, selvas y pantanos.

2. La procedencia regional de los conquistadores y pobladores. Había antiguas y fuertes rivalidades entre las catorce regiones tradicionales de la Península, con diferencias políticas, raciales, lingüísticas y hasta ideológicas. Ya desde los albores de la conquista pasaron a América los idiomas vascuence y portugués junto con los dialectos castellano, aragonés, catalán, valenciano, leonés, extremeño, asturiano y andaluz; por cierto, representados de una manera muy desigual. Figuraban además entre aquellos primeros emigrantes todos los estratos sociales de la España renacentista: del más noble al más plebeyo, del más pobre al más rico, del más culto al más ignorante. Pese a la tradición popular, según la cual la conquista fué obra de españoles de la más baja condición, la verdad histórica es que los colonizadores contaban con mayor proporción de hidalgos y de gente letrada que la población que se quedó en España. Pero hay que recordar que las capas superiores de la sociedad peninsular, los letrados, los nobles, los artistas y, sobre todo, el contingente femenino, se sintieron atraídos principalmente a las cortes virreinales y a los grandes centros de riqueza minera en las regiones templadas de la sierra.

3. La cronología de las conquistas. Precisamente el siglo XVI ve el paso del español antiguo al moderno y la formación, por primera vez, del concepto de una lengua nacional. Se realizan en él profundos cambios fonéticos, morfológicos y sintácticos. Los fundadores de Bogotá ya no tendrían los mismos ideales lingüísticos que unos veinticinco años antes los fundadores de La Habana o de Panamá.

4. En algunas regiones de América los españoles tropezaron con civilizaciones indígenas bastante avanzadas, como la azteca, la maya y la incaica, con lengua y cultura capaces de hcer frente al empuje de la raza vencedora. En otras regiones, menos pobladas, menos civilizadas, el español apenas halló resistencia

5. Variaba mucho la manera de colonizar. Conviene distinguir entre regiones de colonización directa (como las Antillas y el río de la Plata) e indirecta (como México, Perú y Chile, cuyos conquistadores ya habían sido en su mayoría pobladores en otras partes de América). A éstos se debe el trasplante a México de varios antillanismos, ya arraigados en el vocabulario de los compañeros de Cortés, como **maíz, cacique.** Hasta llevan los antiguos conquistadores de México y Guatemala algunos nahuatlismos al Perú, donde aparece, por ejemplo, en un documento de Arequipa de 1557, la palabra **diangues** (mercado), del nahuatl **tianguis.** Según la densidad y la cultura de la población indígena y las relaciones que entablaron con ella los colonizadores españoles, hubo o exterminio o varios grados de convivencia, mestizaje y

bilingüismo, con profundas consecuencias lingüísticas.

6. El elemento negro en el Caribe y otras zonas tropicales. La influencia lingüística de los millones de negros aportados a las costas es hasta ahora poco comprendida, pero las zonas de mayor concentración de negros en América son precisamente las de pronunciación más tachada de andaluza. El problema merece estudiarse más a fondo.

7. Los lazos culturales con España. Las suntuosas cortes virreinales ejercían una profunda influencia literaria y artística en las regiones de riqueza minera y de densa población indígena. Con cada flota llegaban a México y Lima las últimas modas de vestir y de hablar, las últimas ideas, los últimos éxitos teatrales y literarios. Ya en 1539 hubo imprenta propia en México y universidades en México y Lima a partir de 1553. Pero ya antes se venía enseñando en México teología, latín, griego y hasta hebreo a los hijos de los caciques indios. Abundaban las escuelas de las órdenes religiosas. Pero las zonas de América más retiradas de aquellos centros de abundancia y de autoridad virreinal (como Paraguay y Centroamérica) no disfrutaban de semejantes vínculos culturales con España, y quedaban, por tanto, atrasadas.

8. La historia política y económica desde la independencia; por ejemplo: Paraguay, donde la política de aislamiento, iniciada por los jesuítas y continuada por una serie de dictadores, ha producido una paridad lingüística entre el español y el guaraní; Chiapas, que políticamente forma parte de México, pero lingüísticamente pertenece a Guatemala; Argentina, donde el enorme crecimiento de Buenos Aires en el siglo pasado ha logrado imponer sus normas idiomáticas a Córdoba y a otras ciudades coloniales del interior.

9. Las proporciones étnicas actuales ofrecen fuertes contrastes de un país a otro. Por ejemplo, según el censo de 1930, Argentina contaba en aquel año con el 98 por 100 de blancos; México, con el 55 por 100 de mestizos; el Perú, con el 67 por 100 de indios, y Cuba, con el 32 por 100 de negros. (Angel Rosenblat, «La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad». Buenos Aires, 1945.)

10. El bilingüismo moderno. En algunas regiones, las lenguas indígenas han desaparecido totalmente, pero en otras perduran con varios grados de vitalidad (por ejemplo, en Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Centroamérica, México y Yucatán), influyendo en el léxico, la entonación, la sintaxis, la fonética y hasta la morfología del español en aquellas regiones.

LAS zonas dialectales de hoy corresponden no tanto a las fronteras políticas, que a menudo son recientes y caprichosas, como a las antiguas zonas de lenguas indígenas (nahua, quichua, maya, guaraní) y a diferencias de gografía y de clima. En primer lugar, debo señalar el contraste fonético entre las **tierras altas** y las **tierras bajas**. En todo el Caribe, Centroamérica y las costas de Venezuela, Colombia, Ecuador y Perú, las consonantes se pronuncian con articulación relajada, lo mismo que en Andalucía, mientras que en la altiplanicie mexicana y las zonas andinas ocurre lo contrario: consonantismo fuerte con vocalismo relativamente débil. Para explicar tal fenómeno se ha avanzado la llamada **teoría climatológica**, que supone, pero sin aducir prueba alguna, que andaluces y castellanos preferían radicarse en aquellas partes del Nuevo Mundo que más les recordaban el clima de su tierra natal. Esta hipótesis quedará comprobada o refutada para siempre cuando termine mis recuentos estadísticos sobre cronología y repartimiento geográfico de las corrientes migratorias de España a América en el siglo XVI. (Peter Boyd-Bowman: «Indice geobiográfico de 40.000 pobladores españoles de América del siglo XVI». El primer tomo, «La época antillana», próximo a aparecer, fija la procedencia de 5.481 pobladores emigrados a América entre 1493 y 1519, mientras el tomo segundo, también listo para fines de este año, fija la procedencia y el destino de unos 13.600 más que pasaron entre 1520 y 1539. Los tomos tercero [1540-59] y cuarto [1560-79], en preparación, estudian el origen de la inmigración de 25.000 más.)

POR ahora me inclino a creer más probable que el fenómeno se deba a la importación, por escasez de población indígena en tierras cálidas, de millones de esclavos negros, por un lado, y por otro, al hecho de que las regiones costeñas solían estar más estrechamente ligadas por mar con otros puertos que con las ciudades del interior. Igual que el Imperio romano, el Imperio español en América era en su esencia un imperio marítimo, y casi todos los maestros, pilotos y marineros que mantenían las comunicaciones en este vasto imperio eran naturales o vecinos de Andalucía.

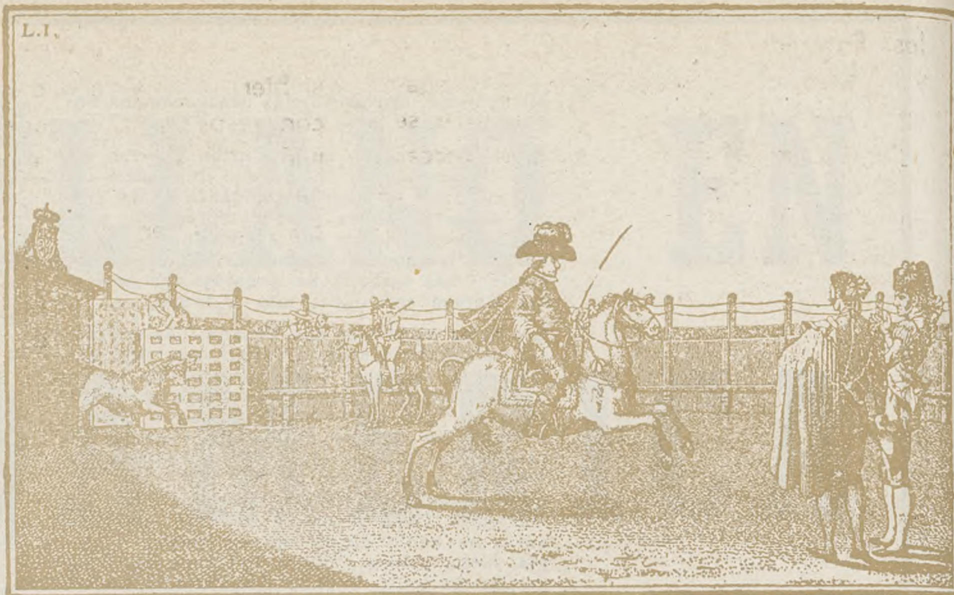
NO tengo tiempo para discutir la desacreditada teoría biológica de Rodolfo Lenz (cruce de sangre = = cruce de lenguas), según la cual el «chileno es principalmente español con sonidos araucanos», ni la impresionista teoría andalucista que trata de explicar fenómenos fonéticos como el **seseo** y el **yeísmo** (**calle, caye, cave**, etc.), la aspiración o pérdida de la **s** final de sílaba (**loh mihmo cabayo**), la velarización de la **n** final (**Juaj mahca paj ej er trej**), la igualación o pérdida de la **l** y **r** finales (**er papé, pero loh papele**). Tampoco voy a comentar la lucha, muy reñida, a comienzos de este siglo, entre nacionalistas y panhispanistas, que alcanzó su apogeo con la obra, de Lucien Abeille, «El idioma nacional argentino» (Buenos Aires, 1900).

YA no tiene Madrid por sí sola la hegemonía en asuntos de la lengua. Según Amado Alonso, hoy día los tres focos igualmente poderosos de la lengua española son Madrid, Buenos Aires y Ciudad de México, no sólo porque en dichas tres ciudades se redactan y publican casi todos los libros que salen en lengua española, sino también por la enorme influencia cultural y lingüística de sus industrias cinematográficas.

A los medios modernos de transporte (avión, turismo) y de comunicaciones en masa (libros, revistas, películas, radio, televisión), a la educación pública, cada vez más universal, y, por último, a un fervoroso y muy difundido sentimiento en favor de mantener la unidad del idioma, se debe el hecho de que en la actualidad los dialectos peninsulares e hispanoamericanos estén perdiendo terreno. No obstante las profecías pesimistas de algunos eruditos que, después de la independencia política de Hispanoamérica, preveían una fragmentación lingüística del español parecida a la que sobrevino con el latín al disolverse el antiguo Imperio romano, parece hoy día asegurada, por muchos años más, la unidad esencial de la lengua española.

Doctor PETER BOYD-BOWMAN
(Profesor de la Universidad de Chicago)

TOREO HISPÁNICO



Por Francisco López Izquierdo

LA fiesta de los toros se ha celebrado en casi todos los países que componen la Hispanidad, aunque actualmente sólo disfrutan de las corridas unas nueve repúblicas, que no lograron, por cierto, alcanzar un mismo nivel, pues la escasez o carencia de ganaderías bravas, principalmente, no permite un mayor desarrollo.

Las repúblicas donde la hispánica fiesta existe en la actualidad son: Bolivia, Colombia, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, México, Panamá, Perú y Venezuela. México se halla a la cabeza de todas ellas, por la abundancia de cosos y ganaderías, por la suma de festejos taurinos verificados en el transcurso del año y también por la cantidad de hombres que se dedican a profesión tan arriesgada.

En tiempos pasados se celebró el espectáculo de los toros en la Argentina, Brasil, Cuba, Chile, El Salvador, Filipinas, Honduras, Nicaragua, Paraguay, Puerto Rico y Uruguay.

IMPORTACION DE TOROS

El toreo en América y Filipinas fué implantado por los españoles. Para las primeras vistas de toros de América hubieron de utilizar los toros salvajes que en manadas se criaban en las estribaciones de las grandes cordilleras, en los bosques y otros lugares. Valíanse del lazo para darles alcance y, una vez cazados, los conducían a las ciudades donde se tenían prevenidos los tablados, generalmente en las plazas mayores o en las plazuelas. Para organizar su fiesta favorita, los españoles se valieron también de los vacunos llegados a las Indias para el abastecimiento de las poblaciones, entre los que surgía siempre alguna res que embestía en mayor medida. Ya a mediados del siglo XVI comenzaron a establecerse en algunos de los antiguos reinos de Indias las haciendas o ganaderías, formadas con vacas y toros de Navarra. Los importaron los padres jesuítas con objeto de que les sirvieran para amedrentar a los indios que se dedicaban a hurtar en sus huertos.

Los toros españoles se cruzaron con el ganado autóctono, y, a los pocos años, tanto los de casta como los criollos, se habían multiplicado enormemente.

Corresponde a los siglos XIX y XX la reestructuración de la ganadería brava americana, al importar sementales y vacas de vientre de las mejores vacadas españolas.

PRIVILEGIO DE LOS INDIOS MEXICANOS

Las corridas en América fueron acogidas desde un principio con gran alegría, no sólo por los españoles, sino por criollos, negros e indios. Acudían a presenciarlas numerosísimas personas, desplazándose desde otras ciudades al lugar donde habían de correrse los toros. Por ello las plazas mayores de Indias llenábanse de una multitud que aplaudía, gritaba y reía con calor. Se organizaban las corridas para festejar coronaciones, entradas de virreyes, nacimientos de príncipes, etc., y también para allegar recursos con que nutrir las arcas del erario.

Tan grande era el fervor por el toreo, que en la sabana de Venezuela, tras las operaciones de castración, solía soltarse algún torillo para que los muchachos del hato lo toreasen. Los padres tomaban a sus hijos por los brazos, y de ese modo toreaban, con el exclusivo fin de que los niños perdieran el miedo a los astados.

¿Qué decir del toreo de los indios, los negros, mestizos y mulatos?

Los indios mexicanos gozaban del privilegio de festejar a sus santos patronos con corridas. Este privilegio lo poseían también los naturales de Tlaxcalilla, que tanto habían contribuído a la conquista de México. En 1772 estos indios consiguieron del virrey que no se les cobrara derecho alguno por la licencia para verificar las corridas. Pero en 1782 la superioridad ordenó que pagasen a los lidiadores, alegando los indios que no necesitaban a los toreros de profesión, pues ellos desempeñaban este papel.

No se resolvió de tan feliz manera el problema creado por el señor cura del pueblo de Tlayacaoa, al oponerse a que los indios del lugar celebraran con toros su fiesta anual, el año 1756, por la sola razón de coincidir ésta en domingo, y a pesar de ser costumbre inveterada de los indios correr toros por Carnestolendas. Cuando el pueblo se percató de la oposición del señor cura, incendió la vivienda de éste y las Casas Consistoria-

les. Enterado el virrey, mandó soldados y un pesquisidor. Hubo algunas refriegas entre los soldados y los indios, que se habían refugiado en los montes cercanos, desde donde se defendían arrojando grandes piedras.

En el siglo XVII hubo en México un mulato que, después de atarse los pies, aguardaba a los toros y les metía en los cuernos dos naranjas.

En las fiestas reales celebradas en Lima por el nacimiento del príncipe Felipe, hijo de Felipe III, los indios salieron a garrochar los toros en la última función de las diez de que se compusieron dichas fiestas.

Llegó a ser tan general entre los naturales la afición al toreo, que en el Perú pidieron los prelados, reunidos en concilio provincial, que no se les permitiera correr toros. ¿Motivo? Porque «los toros mataban indios como bestias», como escribió desde México el arzobispo Montúfar en 1554.

Enfermedad, e incurable, fué siempre esta de los toros en la Hispanidad. Una prueba de que el hombre hispánico amó el peligro es la que nos presenta el caso de los campesinos mexicanos en el informe del administrador de rentas de Ixtlahuaca, que el virrey le había pedido en 1797. Se refiere el administrador a unos toretes corridos el año anterior: «...Mandé a la Hacienda de Enyejé, del Señor conde de la Torre..., pidiendo los toretes de la edad referida (dos años), que me remitió, y se lidiaron dos o tres tardes entre los muchachos, porque la gente de campo tenía a menos salir a la Plaza con semejantes animales.»

SUERTES INVENTADAS EN AMERICA

El toreo en América solía tener un carácter propio, aunque casi todos los modos adoptados para la diversión de los espectadores provenían de la metrópoli, si bien se caminaba con notable retraso con respecto al toreo ejecutado en España. Las suertes de rejón, lanzada y puñal aún se ejecutaban en el Nuevo Mundo cuando en España habían caído en completo desuso. Sin embargo, se hacían otras suertes desconocidas en España, como la monta de toros, por ejemplo, que Goya vió realizar en Madrid al indio peruano Ceballos.

En el Perú hubo un tiempo en que la suerte de varas fué totalmente sustituída en la lidia por el capeo a caballo. Esta suerte se efectuaba del modo siguiente, según testimonio del escritor español Eloy P. Buxó: «Pero ¡eh!; ¿qué es eso? ¿Quién es aquel "gitanazo" que para su caballo frente al mismísimo vomitorio de cuernos? ¡Olé, sabroso! Ahí está mi negro, Juan Alberto Asín, más alto que una palmera de coco, con su chaquetilla blanca como la leche, su sombrero de Panamá, fino como el algodón en copo, y su capote colorado como la sangre de la irritada fiera. ¡Agua va! Y que el bicho le divisa. ¡Jesucristo, y qué bailecito toma el caballo! Ya se ha visto, ya: el toro arremete como un venablo; el hermoso bruto le deja venir, y cuando le tiene cerca, se cuartea; y cuando el toro derrota, se encoge; y describiendo círculos como si los hiciera a compás, y llevando casi pegados a la elegante sobrecinta los pitones del enemigo, se revuelve como potro en zambra, se alarga y escurre como sanguijuela que prende, mientras el soberbio jinete sacude airosamente el capotillo, va quebrando con él las intenciones del burlado toro, y sale, por fin, por la tangente de aquellos círculos, cada vez más apretados, salvando la piel de su noble cabalgadura, casi tan diestra como su "patrón". ¿Cabe algo más bonito, más lucido, más airoso que la suerte del capeo a caballo?»

Otra suerte puramente americana fué la de parear a caballo. Comenzó a realizarla a mediados del siglo XIX el mexicano Ignacio Gadea, y consistía en poner un par de bandelliras desde la cabalgadura, innovación que adoptaron los modernos rejoneadores.

TOREROS ESPAÑOLES AL NUEVO MUNDO

El siglo XIX marca el momento en que comenzaron a ir al Nuevo Mundo los toreros españoles, quienes hicieron evolucionar este arte, contribuyendo al fomento de las corridas, e influyeron en la formación del público americano.

Hacia 1829 viajó a América el torero español Bernardo Gaviño, actuando en Uruguay y Cuba, y finalmente en México, donde enraizó, llegando a ser, durante cincuenta y un años, el ídolo popular y maestro de los toreros mexicanos. Maestro fué, en efecto, del primer lidiador azteca que alcanzó la alternativa en España: Ponciano Díaz. A partir de Gaviño, casi todos los diestros españoles han cruzado el Atlántico.

Toreros americanos surgieron muchos, pues ello era naturalísimo en aquellos países, donde eran tantas las corridas y tan grande la afición. Recordamos como más representativos de los tiempos heroicos a Angel Valdez, el «Maestro», diestro peruano, de color, que en incaicas tierras fué ídolo del público desde 1859 a 1909; a Ponciano Díaz, mexicano, lidiador de a pie, al modo español, y también de a caballo, al modo de su país, y a Vicente Mendoza, torero de color, que toreó muchísimo en su Venezuela natal durante el primer tercio del siglo actual. Estos y otros muchos diestros americanos alternaban con los españoles. Y así siguen haciéndolo los actores de un espectáculo que, sin lugar a dudas, es único en el mundo.



II CONGRESO DE LA EMIGRACION ESPAÑOLA A ULTRAMAR

Trascendente cita en Galicia de todos los hombres interesados por los problemas migratorios

Jornada inaugural, en La Coruña; clausura, en Santiago de Compostela

En el mes de septiembre de 1909, bajo la presidencia del gran hispanista Rafael María de Labra, y con asistencia de numerosos representantes de las sociedades españolas—especialmente gallegas— de América, se celebró en Santiago de Compostela el I Congreso Español de Emigración. De fecha tan memorable se ha cumplido este año el primer cincuentenario. Ninguna ocasión, pues, tan favorable y propicia para proceder a la convocatoria de este II Congreso de Emigración, que sirve no sólo para conmemorar el primero, sino que es su balance y su continuación vivificadora. Así lo ha considerado la Sección de Relaciones con los Gallegos de Ultramar del Círculo de Estudios Migratorios de La Coruña, integrada en su mayoría por españoles que han vivido muchos años en América y sienten la preocupación por los problemas que la emigración lleva consigo.

La comisión organizadora del II Congreso de la Emigración Española a Ultramar, con el patrocinio del Instituto Español de Emigración y el Instituto de Cultura Hispánica, que han acogido cordialmente su proyecto, se ha propuesto congregar en Galicia—por ser esta región, entre todas las regiones españolas, la que mayor contingente humano ha dado a la emigración—a los hombres más representativos de América y España y más destacados en el estudio de los problemas migratorios, a fin de plantear y resolver en conjunto, a lo largo de diálogos tan fecundos como cordiales, los múltiples aspectos, tan varios como complejos, y las múltiples perspectivas desde las cuales pueden y deben ser encaradas las numerosas cuestiones que directa o indirectamente guardan alguna relación con la emigración española.

Hacer un alto en el camino, examinar conjuntamente y hacer un balance de lo realizado desde 1909, fecha del I Congreso; reactualizar algunas de sus conclusiones y darles pleno cumplimiento; replantear problemas antiguos; plantear otros nuevos; corregir males presentes y prevenir los futuros, preparando, como consecuencia de todo ello, un porvenir mejor: tales son las aspiraciones más sinceramente sentidas, tales también las finalidades primarias y fundamentales de este magno II Congreso, que tendrá lugar, durante los días 3 al 12 de octubre, en La Coruña, El Ferrol, Lugo, Orense, Vigo, Pontevedra y Santiago.

A la cordial y entrañable llamada de la comisión organizadora a todos los hombres de América y España sinceramente preocupados por los problemas migratorios, y especialmente a todas las instituciones españolas de América, a los españoles ex residentes en los países de ultramar, a los estudiosos y expertos, han respondido los mejores, enviando su adhesión, sus consejos y experiencia, y sugestiones interesantísimas, que se estudiarán en las siete ponencias y en las distintas conferencias en que se desarrollará el II Congreso.

* * *

Sería vano esfuerzo pretender alcanzar en este comentario previo a las estudiosas jornadas del Congreso la totalidad del problema emigratorio, pero sí creemos oportuno examinar algunos aspectos de notable interés.

Constituye una afirmación, que difícilmente puede discutirse, reconocer que el derecho a emigrar deriva de la propia personalidad humana y de su libertad. Pero al afirmar que es un derecho, hacemos reconocimiento implícito de que para ejercitarlo hace falta aptitud; es decir, inteligencia y voluntad, pues sólo cuando se dispone del adecuado conocimiento de las cosas puede el hombre realizarlas, poniendo su voluntad al servicio del fin que su conocimiento le presenta como posible, lícito y beneficioso.

Por eso la voluntad no debe obrar mediatizada por la necesidad. La emigración no debe ser impuesta por la búsqueda de lo necesario para una vida digna y decorosa, y mucho menos debe carecer el que busca nuevas tierras en que asentarse para desarrollar su actividad humana de los conocimientos indispensables y de la aptitud precisa, según cada lugar, para luchar con igualdad de condiciones en la obtención de los bienes materiales que precisa para desenvolverse.

Es interesante también examinar cuál ha de ser la posición del emigrante en su nueva patria. Creemos que no hay más que una postura razonable y lógica: el emigrado debe encontrar en la nueva tierra el calor y el aliento necesarios para arraigar en ella, echar raíces y dar fruto. En definitiva, sentirse indisolublemente unido y vinculado a la nación a la que se incorpora, y en la que ha de encontrar las posibilidades de desarrollo de su espíritu y los medios necesarios para cubrir sus necesidades materiales. Pero ello es compatible con el recuerdo a la patria que le vió nacer, porque el afecto, el cariño, el amor, en definitiva, no son incompatibles, y así, como podemos amar a Dios, a nuestros padres, a nuestros hijos y a nuestros hermanos, también podemos simultanear esos sentimientos para con las distintas tierras en que las circunstancias de la vida nos han colocado. Y ese amor, en cada caso, nos obliga a sentir como propios todos los problemas y entregarnos en cuerpo y alma para lograr su progreso espiritual y material.

* * *

El II Congreso de la Emigración Española a Ultramar tiene por objeto el estudio de los problemas a ella concernientes que figuran recogidos en las ponencias oficiales acordadas por la comisión organizadora, así como en aquellas otras comunicaciones aceptadas para proponer a los organismos competentes las mejoras soluciones.

Estas son las siete ponencias oficiales:

I. *Causas y efectos de la emigración*, por Javier Martín Artajo.
II. *Ventajas e inconvenientes de la emigración*, por Florentino Díaz Rey.
III. *Preparación y orientación del emigrante*, por Enrique Míguez Tapia.
IV. *Tratados de emigración*, por Gaspar Gómez de la Serna y Scardoví.
V. *Vinculación del emigrado con España*, por Fernando Magariños Torres.
VI. *Seguridad social del emigrante*, por Francisco Labadie Otermín.
VII. *La emigración gallega*, por la Sección de Relaciones con los Gallegos de Ultramar del C. E. M.

Pronunciarán conferencias, entre otras destacadas personalidades, su eminencia el cardenal de Tarragona, doctor Arriba y Castro, y los ilustrísimos señores director general del Instituto Español de Emigración, don Carlos María Rodríguez de Valcárcel; director del Instituto de Cultura Hispánica, don Blas Piñar López, y don Félix Iturriaga, director general de Asuntos Consulares.

Numerosos organismos y entidades dedicados a los problemas de emigración, como, por ejemplo, el C. I. M. E. (Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas), la Comisión Católica Española de Migración, la Organización Sindical, la Oficina de Relaciones con los Asturianos Residentes en América, etc., presentarán comunicaciones al Congreso que serán también merecedoras de especial estudio.

El día 3, en La Coruña, pronunciará el discurso inaugural el subsecretario de Trabajo, don Cristóbal Graciá Martínez, y el día 11, en Santiago, el ministro de Trabajo, don Fermín Sanz Orrio, el de clausura.

* * *

Al cerrar este número, son muchos los organismos y entidades de ultramar que han anunciado su participación en el Congreso y han comunicado sus representantes. Hasta el momento, se han inscrito representaciones de la Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Estados Unidos de América, República Dominicana, México, Paraguay, Uruguay y Venezuela. Pero se espera la participación de otros países.





CENTROS ESPAÑOLES EN LA HABANA

En esta página, la presencia cálida y real del pueblo español en la entrañable Cuba. He aquí los característicos perfiles, componentes esenciales de la geografía urbana de la capital habanera, del Casino Español, el Centro Gallego, el Centro Asturiano, el Castellano y la Asociación Canaria.









ESPAÑOLES POR AMÉRICA

Por

ANTONIO SALVADOR

EN mis viajes por América, lo que más me sorprendió por inesperado fué lo que allí y para España significan las colonias de españoles residentes en aquellos países de la comunidad ibérica. Confieso mi ignorancia. Cuando llegué por primera vez a América nada en absoluto sabía de dichas colonias, salvo lo que se refiere a Buenos Aires y a La Habana.

En España sólo había oído hablar del «emigrante», que, en busca de una vida mejor, abandona la patria, y que en su individualidad, típicamente hispana, se desenvuelve allí con desigual fortuna. Pero nunca había oído hablar del «residente», que, habiéndose trasladado en fecha lejana, allí ha fijado definitivamente su residencia, conservando, también definitivamente, su nacionalidad española, puesto que no piensa adquirir nunca la nacionalidad del país donde reside, no por no adquirir ésta, sino por no perder aquélla.

Es increíble lo hondo que ha calado en estos hombres el sentimiento de nacionalidad. Algunos, niños cuando marcharon y hoy ancianos venerables, se sienten más españoles que los que viven en suelo español, y en la línea afectiva no cabe duda de que así es, pues en ellos España es su cielo, su luz, su aire, su suelo, su alegría, su historia—viva allí—, todo ello de calidades que, a fuerza de recordar, han enriquecido con límite al infinito.

La honda raigambre que en el español de América tiene su nacionalidad de origen hace su gesto de «eterno residente» tan precioso y preciado de los mismos nacionales de allá, que en Chile pesó fuertemente en la concesión de la nacionalidad chilena a los españoles sin pérdida de su propia nacionalidad. El español, aun entregándose por completo al país donde reside, donde ha sido bien acogido, donde se ha desenvuelto, donde han nacido sus hijos, se resiste a renunciar a su nacionalidad de origen. Por nada dejaría de ser español, ni como ficción jurídica.

Este sentimiento vivo le lleva a mirar a los demás españoles residentes como él con una especial afinidad que no se siente en la patria, y de su asociación han surgido esas colonias de españoles en América como una presencia más de España en aquel mundo nuevo.

Aunque no todos los españoles residentes en América son poderosos y ricos, las colonias de españoles en aquel continente sí son todas ricas y poderosas, respetadas y queridas, prestigiosas e influyentes.

Representan en todas partes una fuerza social, creadora de riqueza y de progreso al introducir en el país nuevas industrias y al no exportar sus capitales, sino ingresarlos en la corriente monetaria del país. Pesan también en la llamada vida social por su posición económica, su seriedad, sus modos y maneras, su cortesía y tantas otras buenas cualidades como hacen grato el trato del español, que se ha abierto por sí mismo camino en la vida.

Sus locales sociales, con unos u otros nombres, verdaderas Casas de España, son centros de recreo, de asistencia social y de cultura.

El lugar de recreo para el juego, la tertulia, el café y las fiestas periódicas es una necesidad fuertemente sentida allí por la falta, en general, de centros públicos similares de rancio sabor español y por la especial predilección en reunirse con viejos amigos, paisanos del mismo terruño o compañeros de aventura a quienes el azar unió en la diáspora. Sus grandes fiestas constituyen la toma de contacto periódico con compatriotas a quienes, por las ocupaciones absorbentes que a cada cual reclaman, sólo en contadas ocasiones ven. Como a dichas fiestas invitan además a sus amistades no españolas, constituyen aquéllas una excelente oportunidad de convivencia alegre y cordial con los naturales, que gustan siempre de la animación y espíritu de las fiestas españolas.

La asistencia social es también una exigencia imperiosa del medio, pues, aunque no en tanto grado como pudiera temerse, se dan casos de españoles a quienes la fortuna adversa puso frente a la desgracia solos, desplazados, sin familia, sin amigos, en situación tan precaria, que sin la asistencia corporativa sería a veces francamente trágica. Facilita además a los afortunados buenos trabajadores para sus empresas, y a los trabajadores, honroso y lucrativo trabajo dentro de un estilo y forma de vida que les es familiar. Por último, hace posible una asistencia sanitaria en clínicas, sanatorios u hospitales propios, que sólo los muy poderosos podrían alcanzar con sus propios medios.

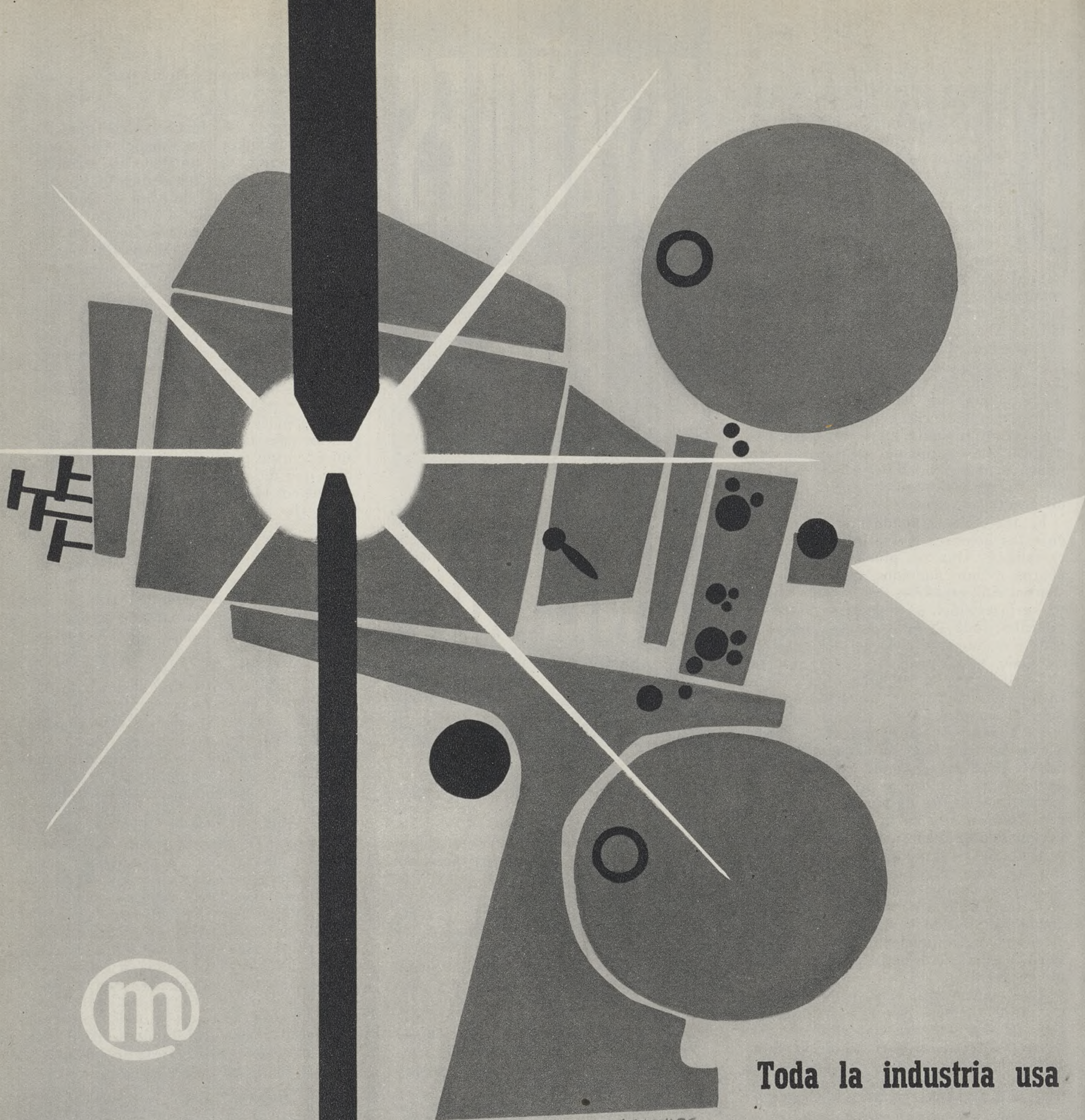
El aspecto cultural se atiende también siempre en mayor o menor escala. Al menos, con una pequeña biblioteca y alguna conferencia en ocasiones propicias. Sólo las colonias muy poderosas pueden permitirse tener colegios propios para la educación de los hijos de sus asociados y de los nacionales cuyos padres optan por la enseñanza conforme a planes y métodos españoles.

Es ésta la deficiencia mayor que advertí en la vida de los españoles en América. Francia, que no tiene allí colonias de franceses, pues los residentes de nacionalidad gala no abundan en aquellos países, sostiene, sólo a título de extensión cultural, magníficos liceos en las capitales de todos los Estados iberoamericanos; Italia, que cuenta con colonias numerosas, como las españolas, por la fuerte corriente emigratoria de dicho país, sostiene también sus liceos, a los cuales asisten, además de los hijos de italianos, gran número de escolares nacionales. España, en cambio, cuya cultura es la base de la de aquellos pueblos y que cuenta con numerosas colonias de españoles, no tiene allí, que yo sepa, ni un solo Instituto de enseñanza. Es un vacío de nuestra presencia en América que no acierto a explicarme.

Las colonias de españoles en América, cuya vinculación espiritual con la patria lejana y cuya valía—con la que hacen honor a su condición de españoles—son francamente admirables, merecen la atención y la consideración de España.

Yo rindo desde aquí mi tributo de admiración y de simpatía a la de Barranquilla, en Colombia, que ofrece la peculiaridad de su hospedería, donde se brinda albergue digno gratuito a cuantos allí arriban sin cobijo; a la de Guayaquil, en el Ecuador, que pone su nota de tipismo español en esta ciudad típicamente tropical; a la de Lima, con su casino español frente a la estatua de Pizarro; a la de Santiago de Chile, con su rica mansión y sus insuperables campos de deportes; a la de Mendoza, en la Argentina, con su moderno hospital, amplia y generosamente atendido; a la de Montevideo, cuya amplia y elevada actividad cultural es singularmente valiosa por dar a conocer a figuras relevantes del pensamiento español; a la de Río de Janeiro, con su rica vida social en la más social de las ciudades sobre el suelo más bello de la Naturaleza; a la de San Pablo, cuyo nombre social, La Casa de Cervantes, vale por todo un programa, que cumple con una simpatía y una cordialidad difícil de ponderar como merece; a la de Salvador, capital de Bahía, en el Brasil, con su magnífico sanatorio en una bella colina de la ciudad; a la de San Juan de Puerto Rico, con su domicilio social de estilo andaluz; a la de Ciudad Trujillo, en su vieja casa solariega, y, en fin, a la de La Habana, que, como la de Buenos Aires, se agrupa en diversos Centros por lo numerosa de la misma.

El paseo del Prado en La Habana es una verdadera teoría de Centros españoles: el Gallego, el Asturiano, el Casino Español, el Centro Canario, el de Dependientes, a los que hay que añadir el Centro Castellano. Este último tiene su sede en un edificio antiguo de la vieja Habana, en el que no falta su anécdota histórica; los dos primeros ocupan, a uno y otro lado del Parque Central, sendos edificios modernos, a los que no resta grandiosidad la cercanía el Capitolio Nacional. Salones de recepción y de recreo, fiestas sociales y benéficas, clínicas, colegios, nada falta en estos pujantes Centros españoles, que honran a España en la españolísima capital de la isla de Cuba.


J. BRIONES

Los españoles desembarcan en Florida



«Atacaremos por el norte» era la consigna dada a los miembros de la sociedad «Los Conquistadores», quienes, vestidos a la usanza española de los soldados de aquellos tiempos, esperaban el momento del desembarco en la bahía de Tampa. Todos los «descubridores» fueron acogidos calurosamente en la feliz arribada.

El cuarto centenario de Florida, conmemorado por los Estados Unidos de América con numerosos actos simbólicos, iniciados en el pasado mes de mayo en la ciudad de Pensacola, acaban de ser brillantemente clausurados, también en esta ciudad, donde tuvo lugar una emotiva ceremonia que constituyó una exaltación y un entrañable recuerdo de la presencia española en aquellas tierras descubiertas por Ponce de León para la corona de Castilla.

La ciudad entera se asoció a la ceremonia que recordaba la fundación de Pensacola por los españoles, realizando un «desembarco» en la isla de Santa Rosa, en donde puso pie por vez primera el español don Tristán de Luna.

Las numerosas personalidades que presidieron los actos, entre las que se encontraban el gobernador de Florida, señor Leroy Collins, y el embajador de España en los Estados Unidos, don José María de Areilza, conde de Motrico, asistieron complacidas a la «reconstrucción» fiel del histórico episodio.

Don Tristán de Luna, traje blanco, a la usanza de los tiempos, y con la cara cubierta por blanco antifaz, desembarcó en la bahía de Pensacola seguido por toda su «cohorte», en la que figuraban no sólo infantes «españoles», sino también bellas jóvenes ataviadas con trajes de la época y un grupo de misioneros.

Todos los «descubridores» fueron acogidos calurosamente por cuantos esperaban impacientes la feliz arribada. Don Tristán de Luna, siempre con el antifaz, reveló su verdadera personalidad durante el transcurso de un animado baile, presidido por la reina de la fiesta, señorita Ann Robinson.

El descubridor español resultó ser un conocido industrial de Pensacola,

señor Ashley D. Pace, que recibió numerosas felicitaciones no sólo por la naturalidad con que desempeñó el importante papel que le habían asignado en la ceremonia, sino también por saber guardar rigurosamente el incógnito, impuesto por el «protocolo».

Los documentos gráficos que acompañan a este reportaje muestran la fidelidad y también la donosura con que se realizó la conmemoración, y el vivo recuerdo de España en estas jornadas de auténtica fraternidad, en las que nuestra nación estuvo representada por el conde de Motrico y por las dotaciones de los dragaminas *Duero* y *Sil*, llegados a Pensacola expresamente para participar en los actos conmemorativos.

POR QUE «LA FLORIDA»

«...Y creyendo que aquella tierra era una isla, le dieron el nombre de "La Florida", porque tiene un magnífico paisaje de frescos bosques y es llana y uniforme, y, además, porque la descubrieron el Domingo de Pascua Florida.»

He aquí, en palabras del historiador real de España Antonio de Herrera, la génesis del nombre de Florida, el estado que queda más al sur de todos los Estados Unidos continentales.

Los que creyeron que aquella tierra era una isla, los hombres blancos que por primera vez la reconocieron y descubrieron, fueron españoles. Ponce de León, que había sido compañero de Colón en su segundo viaje, mandaba la expedición. Los indios del Caribe hablaban vagamente de unas tierras que por allá quedaban y en las cuales se encontraba la Fuente de la Juventud. Tierras quiméricas. Y la expedición de Ponce de León, en 1513, iba en busca de ellas.

Ponce de León descubrió Florida en el mes de marzo de 1513. El 2 de abril del mismo año, cerca de San Agustín, realizó la tradicional toma de posesión en nombre de la corona de España. Tras ello se impuso el regreso.

Después, las tierras de Florida siguieron recibiendo la visita de españoles de nombres famosos: Pánfilo de Narváez, Hernando de Soto... Este último desembarcó el 30 de mayo de 1539 en la región de Tampa, con seiscientos infantes y cien caballeros. Cuatro años más tarde los supervivientes de esta expedición llegaban a México. De Soto no los acompañaba; en el Misisipí habían quedado sus restos.



La tradición española sigue en Florida, y otras expediciones y colonizaciones, como la de Tristán de Luna, en 1539, se suceden en aquellas tierras.

Los días históricos del descubrimiento y la colonización de Florida por los españoles, hace cuatro siglos, han sido revividos ahora en la conmemoración del cuarto centenario, que se celebra desde el 13 de mayo en Pensacola.

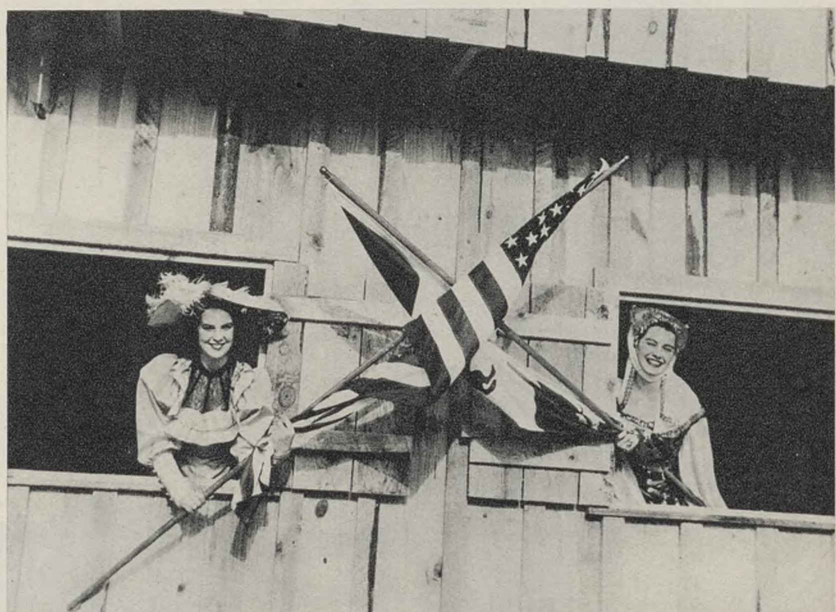
* * *

El conde de Motrico llegó a la capital norteamericana en un avión especial, en unión del senador George A. Smathers y del miembro de la Cámara de Representantes Robert Sikes. Acompañaban al embajador los agregados militar y naval a la Embajada de España, coronel Vidaurreta y capitán de navío Pardo, y el consejero de Información, don Luis Bolin. El cónsul de España en Nueva Orleáns, don Vicente Aparicio, asistió igualmente a los actos.

Poco después de su llegada, el embajador español y su séquito se trasladaron, acompañados por el gobernador de Florida, Leroy Collins, y las autoridades civiles y militares provinciales y locales, a las proximidades de la playa, donde presenciaron la ceremonia titulada «El desembarco de don Tristán de Luna en 1559».

Arcabuceros y piqueros vestidos a la usanza de la época daban escolta al pendón real de Castilla, reproducción exacta del que utilizaron los conquistadores en su primer desembarco. El pendón de Castilla, junto a las banderas de España y del estado de Florida, ondeaba desde hace dos días sobre la fortaleza de San Carlos, bello ejemplar de la arquitectura militar española del siglo XVIII, cuyos muros se conservan todavía intactos.

En la página anterior, a la izquierda, un fraile franciscano, acompañado por dos marineros españoles, realiza la ocupación de la «tercera ciudad» de Pensacola, establecida por España en 1723.—Una joven vestida a la usanza española tradicional desembarca del yate que llevó a los colonos del festival de la isla de Santa Rosa durante la ceremonia que representó el desembarco de don Tristán de Luna hace cuatrocientos años.—Sobre el texto, la sugestiva representación del desembarco en Pensacola, el 14 de agosto de 1559, de don Tristán de Luna.—A la derecha, dos bellas muchachas, luciendo vestidos españoles e ingleses de los tiempos en que fué fundada la Pensacola actual, cruzan las banderas española y norteamericana desde un puesto de cañones, en una empalizada.—Abajo, deslumbrante, Miami Beach, con su nocturno aspecto cosmopolita.





El magnífico don Tristán de Luna, con el rostro cubierto; el gobernador de Florida, Leroy Collins; la bella señorita Ann Robinson, reina del festival, y José María de Areilza, embajador de España en los Estados Unidos. Numerosas personalidades asistieron complacidas a la «reconstrucción» fiel del desembarco.

Una vez terminada la representación, emotiva y vistosa, los invitados se trasladaron a la Exposición del cuarto centenario de la fundación de la ciudad, organizada por las autoridades locales, y que contiene numerosos objetos históricos procedentes de los Museos Naval y Militar de Madrid. Don José María de Areilza, acompañado por las restantes personalidades, visitó detenidamente la Exposición, interesándose vivamente por todo lo allí expuesto. Al terminar la visita, el conde de Motrico felicitó efusivamente a la directora de la Exposición, señorita Medina.

Una visita interesante fué la realizada al poblado colonial construído con motivo de esta solemnidad y que es una reproducción exacta de la Pensacola, o Panzacola, primitiva, fundada por don Tristán de Luna. El embajador saludó a los artesanos españoles que trabajan en el poblado, departiendo amigablemente con ellos. Posteriormente, en el puerto, el señor Areilza subió a bordo de dos dragaminas cedidos recientemente por los Estados Unidos a España, y que han tomado parte en la revista naval conmemorativa.

Por último, las autoridades ofrecieron al embajador de España un almuerzo en la típica isla de Santa Rosa. El embajador impuso al final del almuerzo las condecoraciones recientemente concedidas por el Gobierno español a los miembros del comité organizador del centenario, señores McHenry Jones, Appleyard y J. H. Veal; al almirante jefe de la base naval y al alcalde de la ciudad.

El señor Areilza pronunció un discurso, en el que dijo, entre otras cosas, que «quería significar con este acto el público agradecimiento de España hacia un estado como el de Florida, que tanto amor demuestra hacia su pasado y a sus tradiciones».

«Más de doscientos cincuenta años—prosiguió el embajador—vivieron estas tierras y esta bella ciudad bajo el pabellón de España, y don Tristán de Luna trajo a Florida, con sus dos mil adelantados, las semillas de la fe y de la cultura, que hoy siguen siendo la esencia del hombre de Occidente.»

El embajador español resaltó a continuación la gesta de Bernardo de Gálvez. «Pero además—dijo—, en este mismo lugar, junto a los fosos del castillo de San Carlos, un gran militar y político español, Bernardo de Gálvez, el de Gálvez-Town, o Galveston, riñó la batalla decisiva que tanta influencia hubo de tener en el desenlace de nuestra guerra de la Independencia y en la victoria final de Jorge Washington. Gálvez fué el héroe español de vuestra gesta revolucionaria, aunque su figura no haya sido glorificada debidamente por los escritores del romanticismo, a quienes el gesto generoso y aventurero de otros voluntarios europeos ofrecía mayores alicientes que la figura sobria del noble soldado profesional al servicio del rey de España».

Un hecho más que vuelve a dar la máxima actualidad al nombre de España en los Estados Unidos.

3 fotos sueltas



Ofrecemos en esta página tres fotografías correspondientes a los Institutos de Cultura Hispánica de Puerto Rico, Bogotá y Asunción, que realizan, como otros tantos repartidos por la geografía hispanoamericana, una gran labor cultural. En la primera de las fotos, la Directiva del Instituto Puertorriqueño de Cultura Hispánica. Presididos por el retrato de Ponce de León, aparecen en primer término, sentados: don Luis Villaronga y don Rafael Martínez Domínguez, primero y segundo presidentes en los años anteriores; el cónsul general de España, don Ernesto La Orden; don José S. Alegría, actual presidente; doña Isabel Alonso de Mier, vocal, y el reverendo padre Maximino Alvarez, asesor religioso. Detrás, de pie: don Bernardo Agüero, comerciante español; don Pedro A. Vázquez, redactor-jefe de «El Imparcial»; don José González, abogado; don Washington Lloréns, de la Academia Puertorriqueña de la Lengua; don William H. Montalvo, periodista; don Rafael Colorado, fotógrafo; el poeta don Arturo Gómez Costa; el vicecónsul de España, don Carlos Fernández Espeso; licenciado don Francisco Vizcarrondo, vicepresidente 1.º del Instituto; don Manuel Frías, comerciante; doctor don Manuel Pujadas, vicepresidente 2.º; el poeta don Luis Hernández Aquino. Faltan en la fotografía el escritor don José Arnaldo Meyners, secretario del Instituto, y don Jaime Ballester, tesorero del mismo.





En la foto superior, un aspecto de la Tertulia Literaria celebrada en la sede del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, de Bogotá, a la que asistió el embajador de España en Colombia, don Alfredo Sánchez Bella. La tertulia fué dirigida por don Enrique de la Hoz, y estuvieron presentes, entre otras personalidades, Ferenc Vajta, organizador del Tercer Festival del Teatro; don Gerardo Valencia, don Javier Arango y don Helcías Martan. La foto de abajo recoge el momento en que el embajador de España en Asunción, don Ernesto Giménez Caballero, pronuncia un importante discurso en el Instituto Paraguayo de Cultura Hispánica con motivo del CDXXII aniversario de la fundación de la capital del Paraguay.

DOS NUEVAS PROVINCIAS ESPAÑOLAS

Por

HISPANUS

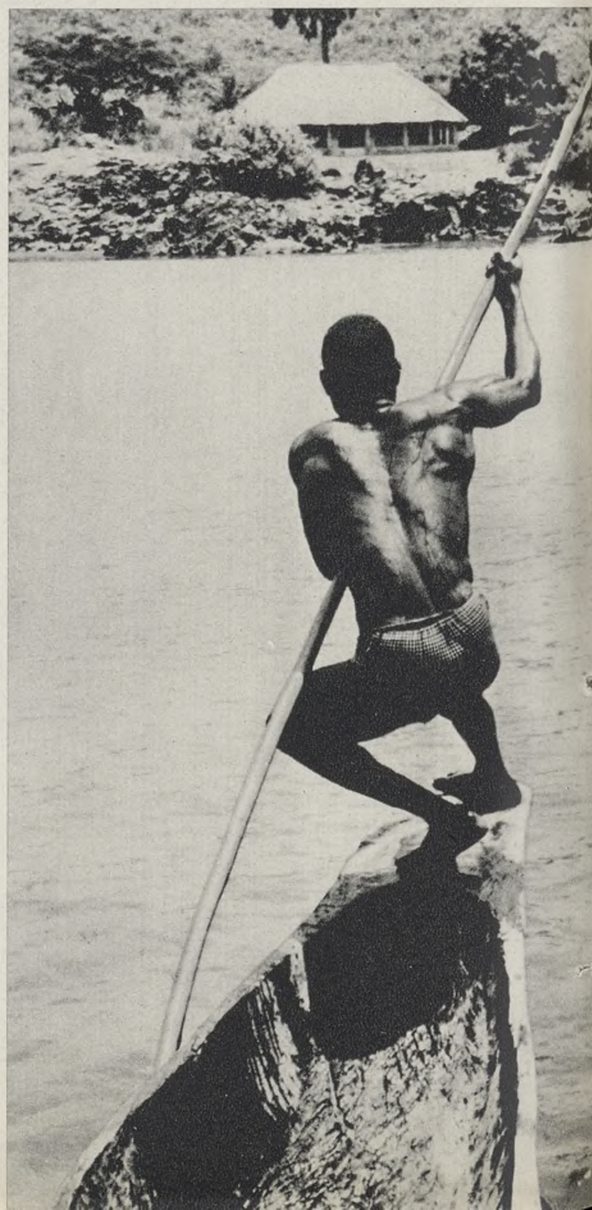
PARA los geógrafos modernos, Europa es apenas una península triangular asiática, cuya base la constituyen los Urales. Un apéndice agudo, en fin, cuyo vértice opuesto, occidental y meridional al mismo tiempo, es Iberia. Lanzada así hacia el Atlántico y hacia el sur a la vez, de este modo nuestra España tiene, por su excesiva y propia ubicación, predispuesta su función natural. España recibió así, en razón de su misma situación geográfica, en efecto, una doble misión: América y Africa deberían ser sus destinos históricos, tanto, al menos, como los propios europeos. Apenas un brazo marítimo separa España del Africa vecina. Un angosto canal, la ruta naval más frecuentada del globo, no más ancho, sin embargo, que algunos de los grandes estuarios [illegible] del orbe. «A un lado y al otro del estrecho de Gibraltar—observó Costa—, la misma climatología, igual morfología, análoga agricultura, gentes muy semejantes, idéntico pasado. He aquí por lo que—concluía el ilustre polígrafo—, para el español, Africa comienza en los pies y termina en el pelo de su cabeza.» «He aquí, en el estrecho, escrito nuestro destino his-

Villa Cisneros. La iglesia, desde el fuerte.

tórico, la función de nuestra política natural, la misión española de siempre», clamaba Donoso y repetía Vázquez de Mella. El porqué de que, en aquel mazazo formidable que Hércules asestara sobre la estructura de la tierra, separando un día, en su grandiosa y forzuda proeza, Europa de Africa, para unir al revés las aguas atlánticas y mediterráneas al mismo tiempo, estuviere el momento más decisivo y trascendente de la historia española para el insigne Ganivet.

A la verdad, Africa ha gravitado siempre sobre nuestro destino. Ha sido para España, por ello, constantemente destino y sino al mismo tiempo. ¡En todos los momentos del pasado! Nuestra unión nacional la culminó la incorporación de Navarra, en 1512. Quince años antes Melilla era ya española, en los días de gloria de los Reyes Católicos. Ceuta lo fué, a su vez, por su espontánea y decidida autodeterminación, al liquidarse la Unión Ibérica. Porque Ceuta había sido antes portuguesa. Más allá de nuestras plazas de soberanía norteafricanas, enclavadas en el estrecho mismo, la ascendencia española sobre lo que ahora ha pasado a ser cuatro nuevas provincias es idénticamente remota. Se trata de viejas tierras hispánicas, a las que nos llevaran, en un antaño muy lejano, nuestros nautas. Tierras, en fin, españolas, sin lucha, sin conquista, sin que la sangre corriera nunca jamás. Provincias de siempre, que han ganado sólo ahora su rango administrativo, como ganaran antaño su propia condición españolísima.

Según las modernas investigaciones de nuestros historiadores, los navegantes de las riberas andaluzas del Atlántico, incluso los nautas septentrionales del Cantábrico, llegaron en sus exploraciones, en tiempos muy remotos—o incluso antes de la Edad Moderna—, a las costas africanas del Océano, a las aguas, imprecisas entonces, del golfo de Guinea. Las dos provincias del Africa Ecuatorial Española, estructuradas por la reciente ley de 28 de julio último, las de Fernando Poo y Río Muni, son tierras nacionales desde 1778. Esto es, desde hace casi dos siglos. Vinieron aquellos países a nosotros por vía pacífica, tras el Tratado de El Pardo, firmado en la fecha citada entre las dos naciones ibéricas. Portugal cedió a España estas tierras, y España a Portugal, en compensación, la llamada colonia de Sacramento, en aguas del Plata. Para ocupar aquel territorio salió de Buenos Aires una expedición, integrada por la fragata *Catalina* y dos buques mercantes más. Transportaban los barcos 150 soldados, e iba al frente de los mismos un militar ilustre: el teniente coronel Primo de Rivera. Iba además un grupo de presuntos colonizadores, mandando la empresa el conde de Argelejo. La expedición no tuvo fortuna. Terminó con ella rápidamente el clima y la insalubridad. Pero nuevos exploradores la sucedieron: Andrés, Llerena... y, al fin, ya en tiempos recientes, Iradier, Ossorio, Montes de Oca, Bonello y D'Almonte, esforzados paladines españoles todos ellos. España tuvo que defender sus derechos de las más variadas y desmesuradas ambiciones. En Conges, un misionero español, la cruz en alto, detuvo un barco extranjero comisionado para posesionarse de la isla. Aunque mermados en extremo nuestros derechos, el Tratado de París de 1900 estructuró y delimitó estos territorios. Componen estas tierras, de un lado, la zona continental, la provincia de Río Muni, como se llama ahora, y de otra, la isla de Fernando Poo y la de Annobón,



única tierra española, ésta, en el hemisferio austral actualmente.

La provincia del Muni tiene una extensión de unos 26.000 kilómetros cuadrados, análoga a la de nuestra Galicia, y está poblada por unos 180.000 habitantes. La morfología del país es sencilla. La constituyen suelos sedimentarios litorales y arcaicos interiores, en forma de suave gradería, porque forma, en su conjunto, una gran altiplanicie, surcada por algunos escalones muy erosionados, que originan, según el típico modelo ecuatorial, los «cerros-cúpulas».

La provincia de Fernando Poo está, en esencia, constituída por esta isla, de dos mil kilómetros cuadrados, esto es, extensa como nuestra Guipúzcoa. La constitución geológica es volcánica, formando un jalón más de las islas de semejante origen que se alinean, hacia el sudoeste, desde el seno mismo del gran golfo de Biafra. La altitud máxima de Fernando Poco es superior a los 3.000 metros. Por tanto, el pico de Santa Isabel es uno de los más elevados de la orografía hispánica, sólo superado por los gigantes de Sierra Nevada y el Pirineo y, desde luego, por el coloso Teide canario.

Esta topografía fernandina proporciona a la isla en cuestión una variadísima sucesión de climas y, por tanto, de cultivos, enriquecidos éstos por la propia condición volcánica del suelo. Abajo, a nivel inferior, la isla está contorneada de fincas agrícolas. Más arriba surge el bosque y la región de pastizales, que recuerda las brañas septentrionales del ribazo peninsular cantábrico. Con una originalidad singular, al sur de Fernando Poo hay lugares concretos en los que la pluviosidad logra máximos de 12.000 milímetros anuales, casi idénticos a los de la localidad himalaya de Teherrapuny, ¡la más irrigada del mundo!

* * *

Guinea continental, la provincia del Muni, está fundamentalmente poblada por gentes «fang» o «pamúes». Fernando Poo, por «bubis». En total, esta última provincia tiene unos veinte habitantes por kilómetro cuadrado.

Económicamente, ambas provincias gozan de un régimen forestal y agrícola. La del Muni es agrícola en los valles y en el litoral, pero tres cuartas partes de su suelo es forestal. Le cubre el bosque virgen «politipo», en el que se mezclan las especies. Las zonas ribereñas y singularmente la zona costera fernandina—como la continental del Muni—son agrícolas, ganadas por el bicultivo del café y del cacao, principalmente. En 1928, esto es, hace poco más de treinta años, Guinea proporcionaba unas 25.000 toneladas de madera para la exportación. Hoy suministra 207.000. Al comenzar el siglo cosechaba apenas 900 toneladas de cacao. Ahora recoge 25.000. En 1910 suministraba, aproximadamente, una tonelada de café. Ahora, más de 6.000. El café se consume íntegramente en la Península, sin que sea suficiente para nuestro consumo interior. El cacao, en parte, se exportaba; pero el creciente nivel de vida nacional ha ido absorbiendo rápidamente el incremento incluso de la producción. En parte se exporta al exterior algo de la producción maderera: en mayor cuantía, ya elaborada, en marcos, puertas y ventanas y muebles.

La obra nacional realizada en Guinea es extraordinaria. Va desde la cruzada admirable misional—Prefectura Apostólica, en Santa Isabel, residencia también del gobernador general, mientras que el del Muni tiene su sede en Bata—a la sanitaria, con sus magníficos hospitales, instalaciones y servicios, que han desterrado las clásicas y antiguas enfermedades tropicales. Es intensísima la labor cultural—bibliotecas, escuelas, academias de aprendizaje—, centros de experimentación, etc. Se ensayan y desarrollan muchos nuevos cultivos, siendo importantísimos, desde luego, los de yuca, palma y palmiste, frutas, etc. Las provincias guineanas, bien dotadas de carreteras, puer-



Sidi Ifni. Iglesia y residencia del prefecto apostólico.



Sidi Ifni. La plaza de España, bajo la fina lluvia.

Santa Isabel. Vista panorámica de la capital.



Vista general de Villa Cisneros, con el nuevo puente en construcción.



tos, aeropuertos, etc., tienen un presupuesto que supera los doscientos millones de pesetas.

* * *

Sobre la ribera atlántica africana, frente a Canarias, se encuentran situadas otras dos nuevas provincias españolas más: Ifni y Sáhara. La historia española de estas tierras es remota. Las frecuentaron en el medievo los navegantes gaditanos. Cuando, en 1402, Enrique III de Castilla inició la conquista de Canarias, la proyección hispánica sobre el continente frontero tomó definitivamente carta de naturaleza con García de Herrera, que levantó allí sus primeras «torres-fuertes» en 1476, y seguidamente con Fernández de Lugo, que dió permanencia inmediatamente a esta realidad, gobernando de hecho, imponiendo tributos, administrando justicia, realizando, en fin, de derecho, la soberanía plena, por cierto de acuerdo constantemente con los naturales, interesados en la paz proporcionada por esta acción y por el comercio y la pesca que ejercitaban. En 1860, tras de la llamada guerra de Africa, O'Donnell convalidó nuestros derechos sobre lo que se llamara a la sazón Santa Cruz de Mar Pequeña, identificada posteriormente con Ifni. Los Tratados de 1900, 1904 y 1912 consolidaron y delimitaron de igual modo nuestros derechos en el Sáhara. Ifni—la provincia de este nombre; capital, Sidi Ifni, sede del gobernador y del obispo católico—es como «una isla canaria más», embutida en el continente, en las estribaciones mismas del Anti-Atlas. Montuosa en su interior, con una rasa litoral—la «Naala»—y un dintel costero cortado a pico. En total, una extensión análoga a la de Vizcaya y una población no superior a 40.000 habitantes. Suelos áridos, poca vegetación—salvo la natural, llamada por los indígenas «aferran», que forman las euforbias catiliformes, que segregan látex cáustico y el «argan», a modo, por su utilización, de un olivo silvestre—, escasa agua y una ganadería modesta, que integran algunas vacas, ovejas, cabras, camellos y otras bestias de carga.

El Sáhara es, en cambio, la ventana marítima del Gran Desierto. Una enorme penillanura—predesértica al norte, plenamente desértica al sur—, sin vegetación apenas, por consiguiente, porque falta allí el agua, y el viento ardiente interior—el «irifi» o el «siroco»—lo arrasa todo. Tierras estas cuya riqueza actual se concentra en la costa y centra en la pesca, que practica la flota canaria. Y que, sobre todo, abren la esperanza del futuro por los secretos del subsuelo. Muy numerosas exploraciones petrolíferas se han solicitado al efecto.

Como en el Sáhara, en Ifni se ha derrochado el esfuerzo español a través de sus establecimientos sanitarios, grandes hospitales, centros de enseñanza media y superior, experimentales, escuelas de artesanía, obras de todo género, singularmente portuarias, y urbanizaciones locales. Es curiosa, en efecto, la solución dada al problema portuario de Sidi Ifni. Al norte del Sáhara, como en Ifni, habitan bereberes más o menos arabizados, pero de tradición original y autóctona, mientras que, en el sur del desierto español predominan los negros y negroides, que anuncian las proximidades del Africa ecuatorial. Aquellos visten grandes «suljanes» blancos. Al sur, el gusto indígena prefiere la combinación blanquiazul. Villa Cisneros, el Aium—Las Fuentes, capital del Sáhara—y Somara, la ciudad santa, son las principales poblaciones del inmenso desierto español.

Oriente manda...

SU MAJESTAD

TEXTO Y DIBUJOS:
HELIA ESCUDER

NATURAL sigue siendo, aunque no se haya hablado de ello, el signo de la nueva moda. Excepto en la «escapada» Dior con sus faldas por encima de las rodillas, como flores invertidas trabadas por los pétalos, abullonadas y, en ocasiones, subrayadas por randas de cortos flecos, todo se puede llevar con facilidad y cada una encontrar aquello que le puede favorecer más.

El que la moda siga sin estridencias no quiere decir que carezca de atractivo y originalidad. Está repleta de pequeños hallazgos encantadores. Es suave y grata. Está concebida para la mujer de mundo un poco «vamp», pero muy señora no obstante, de silueta airosa y blanda.

Una de las principales innovaciones consiste en el largo de la falda, a 40 centímetros del suelo. También los hombros toman gran importancia y hacen resaltar una cabeza empequeñecida por el peinado tirante de moño muy alto.

Collares en catarata de infinitas vueltas y colores vivos dan un aire de princesa de no se sabe qué tierras remotas, pero desde luego orientales, a la figura vestida con túnicas a «todas horas». Porque la moda presente tiene para cada momento su túnica oportuna. En lana suave y esponjosa, en brochado plata oro, en satén, en «crêpe»; cerradas hasta el cuello o escotadas hasta la cintura por la espalda; largas, al borde casi de la falda, y abiertas en los costados, como las de una china moderna; cortas de terciopelo, subrayadas por una rosa negra de satén—¡atención a la boga furibunda de las rosas negras como complemento y adorno en toda clase de vestidos!—, en jersey cachemira y también en «tweed» con cinturón de cuero.

Si en los vestidos no se pronuncia de una manera abso-

Los collares enormes cubren de múltiples vueltas el cuello, como si en vez de dirigirnos a una fiesta nos estuviésemos preparando para filmar «Las minas del rey Salomón».

Dos túnicas: en «tweed» marrón, con cinturón y botones de cuero negro, una, y de terciopelo negro, con rosa, hotones y cinturón en raso negro, la otra.



Bonete siberiano en zorro rojo acompañando a un abrigo en lana hoja seca. El cuello y los puños del abrigo son igualmente confeccionados de renard.

LA TÚNICA

luta bajo qué signo oriental están concebidos, en cambio, todo lo que pondremos en nuestra cabeza—por fuera al menos—tiene una marcada influencia moscovita: turbantes peludos de corderito y nutria, bonetes siberianos en zorro rojo y negro y la combinación tan elegante de un «sastre» de terciopelo negro, con cuello y toca de astracán.

Finalmente, como un lujo de otros tiempos o una nostalgia estética de la corte de los zares, aparece la marta zibelina subrayando un abrigo de lamé, de oro, de complicados dibujos bizantinos.

Sería curioso averiguar por qué proceso de la sensibilidad, París, a la vuelta de las huestes Dior en su visita a Moscú, lanza tantas creaciones influenciadas en los viejos temas ornamentales rusos. Claro que no es nueva esta apetencia en París; ya sabemos la trascendencia tan grande que tuvo en el gusto europeo, durante casi una década, la presentación de la compañía de «ballet» de Diaghilef, con vestuario de Leon Baskt, el más genial figurinista de todos los tiempos.

Túnica en lamé de plata, con falda de terciopelo negro.



COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

CERVANTES-S.A

"CERVANTES, S. A."

COMPAÑIA ESPAÑOLA DE SEGUROS

Avenida de Calvo Sotelo, 6

MADRID



VIDA • TRANSPORTES • INCENDIOS • ACCIDENTES INDIVIDUALES Y DEL TRABAJO

RESPONSABILIDAD CIVIL • AUTOMOVILES • ROBOS • REASEGUROS

El plan de estabilización, una política de futuro

ESPAÑA vive en la actualidad un momento decisivo de su existencia. Puede decirse que atraviesa por una situación crítica. El Plan Nacional de Estabilización Económica no es una operación de emergencia. Menos aún el expediente para salir de un atolladero momentáneo. El Plan Nacional de Estabilización Económica significa un cambio radical de conducta. No es, ni tan siquiera, una operación a largo plazo. Mediante el Plan, España afronta la grave responsabilidad de afincar su economía sobre bases nuevas, estables y permanentes, y suscribe el compromiso de insertarse decididamente en el plano internacional. Para un pueblo tan vivo, excitable e hiperbólico como el español, la estabilización económica representa el duro esfuerzo de someter su existencia a los términos de la razón y de insertarse en el cuadro de una disciplina lógica, que ha de nacer espontánea y voluntariamente del individuo, hasta anegar y dar forma a la total vida de relación de la comunidad nacional. Por ello mismo debe señalarse de inmediato que el Plan de Estabilización es mucho más una definición política que un recurso de higiene económica. Si el Plan es inicialmente una medida de gobierno y un principio de normatividad, no cabe duda sobre el hecho de que su éxito o su fracaso dependen en buena parte, al menos en un 50 por 100, de la conducta individual y colectiva de los españoles.

MENTALIDAD ESTABILIZADORA

Antes de analizar el proceso económico que ha hecho necesaria la estabilización y de estudiar las medidas adoptadas por el Gobierno, habrá de indagarse con especial atención, por lo que se lleva dicho, si en el pueblo español existe hoy una mentalidad estabilizadora. Es decir, si hay clara conciencia colectiva de lo que significa la empresa estabilizadora y de los esfuerzos y sacrificios que ella comporta. El escaso tiempo transcurrido desde la puesta en marcha del Plan de Estabilización es de todo punto insuficiente para extraer un criterio sólido sobre la adecuación de la conducta económica del español al cambio profundo que la empresa ha impuesto. Nos resta, por ello, un solo dato de exploración. Y ése no es otro que el de la respuesta dada a la encuesta hecha por el Gobierno en los primeros días de enero del presente año. El Gobierno sometió entonces un cuestionario muy concreto y expresivo de preguntas a las instituciones, entidades y organizaciones más significativas de la vida nacional: Organización Sindical, Universidad, Consejo de Economía Nacional, Banca, etc. La respuesta fué unánime en favor de la estabilización y del ingreso de España en los sistemas supranacionales de integración económica. En este sentido, la declaración de principios del Consejo Económico Sindical Nacional fué especialmente expresiva y rotunda. Así, pues, el Plan de Estabilización, hecho realidad legal el 21 de julio de 1959, nacía con el refrendo público necesario, y el Gobierno podía ir adelante con la seguridad y la desenvoltura que prestan el saberse con el apoyo y el asenso del país. Como, por otra parte, la respuesta no fué acuciada, sino que hubo en ella estudio, consulta y deliberación, debe deducirse inicialmente un estado de conciencia propicio—o cuando menos, consciente—de los esfuerzos y sacrificios que la estabilización demanda en su primer período.

¿Por qué era necesaria la estabilización? ¿Por qué el pueblo español la sentía con ese carácter de indispensabilidad y de urgencia que se manifestaba en la respuesta a la encuesta del Gobierno? Intentaremos aclararlo con un análisis somero de las circunstancias económicas anteriores al Plan.

PROCESO DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA

Fué en 1951 cuando la economía española comenzó a desarrollarse en un plano de cierta normalidad. Los duros sacrificios impuestos por la reconstrucción subsiguiente a la terrible conmoción de los años 36 al 39, por las repercusiones de la guerra mundial y por el golpe bajo del cerco internacional, empezaron a desembocar para entonces en un principio de normalización. Desde ese año hasta 1956, los precios discurrieron en términos pausados, al tiempo que la renta real aumentó en el 4,4 por 100. Esta tasa de crecimiento anual de nuestra renta debe ser considerada de todo punto excepcional, tanto si se la compara con el desarrollo histórico anual de la renta española en períodos anteriores (0,78 por 100) como si se la relaciona con los niveles internacionales (las Naciones Unidas estimaron como posible y aceptable para países insuficientemente desarrollados un crecimiento anual del 2 por 100).

A partir de 1956, fecha en que termina este proceso de normalización, los precios al por mayor entran en un período rápido alcista, al crecer desmesuradamente la demanda de bienes y servicios, en la que participan lo mismo los consumidores que los empresarios y el Estado. La presión de la demanda fué excitada todavía con los aumentos de salarios aprobados en abril y noviembre de ese mismo año. El proceso inflacionista, como consecuencia, se acusó aún más durante 1957. La situación se hizo incluso más difícil durante 1958, pese a las medidas estabilizadoras tomadas ya para entonces, a consecuencia de la difícil posición en que quedó la peseta como resultado de la gran conmoción económica mundial creada por el acuerdo de convertibilidad de las principales valutas europeas y de la liberación del intercambio internacional de bienes y servicios. Todos estos fonómenos habían de reflejarse necesaria y fuertemente en nuestra balanza de pagos. El alza interior de precios, la existencia de un crédito fácil y el tipo de cambio oficial favorecían una excitación de las importaciones y la especulación con las mismas, lo que, al propio tiempo, repercutía en una elevación de los costos de producción. Consecuencia lógica de este proceso era la contracción de nuestras exportaciones, en parte por la demanda interior creciente y también por la imposibilidad de que los productos españoles se mantuvieran a precios internacionales. Un dato elocuente de este desequilibrio de nuestra balanza de pagos nos lo da el hecho de que los 225 millones de dólares de reserva de que disponía España en 1953 se redujeron a 64 millones de dólares en 1958. Y ello, pese al fuerte aumento experimentado por la producción en esos años y a las iniciales medidas antiinflacionistas adoptadas en 1957, las cuales resumimos a continuación:

Plan de estabilización

— Elevación del tipo de descuento bancario al 5 por 100.
— Congelación de los topes de redescuento para la Banca privada.
— Transferencia desde los bancos privados al Banco de España de los depósitos de los establecimientos e instituciones del Estado.
— Instrucciones a la Banca privada para cortar determinados tipos de préstamos de carácter especulativo.
— Reforma fiscal del 26 de diciembre de 1957.
— Primer ajuste de gastos e ingresos del sector público.

Los resultados de todas estas medidas fueron más bien parcos. No obstante, señalaban el comienzo de la batalla contra la inflación y preparaban el terreno para abordar la necesaria ordenación de la economía española. El Plan de Estabilización, insistimos, se apoya en unas saludables medidas previas, que, aunque no tuvieran consecuencias espectaculares, sirvieron para mostrar los beneficios potenciales de la nueva política económica propuesta (la reforma fiscal de julio del 57 aumentó la recaudación en un 26 por 100), al tiempo que coadyuvaron a catalizar un estado favorable de opinión.

LA NUEVA ORDENACION ECONOMICA

El 21 de julio de 1959 fué promulgado el decreto-ley sobre Ordenación Económica, mediante el cual se sancionaba la plena entrada en vigor de la política de estabilización. Intentaremos simplificar el contenido y alcance de la misma, cuyos fines últimos no son otros que el desarrollo económico y la integración de España en el proceso económico europeo. Ambos fines significan el logro del equilibrio interno y del equilibrio exterior de nuestra economía. La consecución de este doble y bien ligado equilibrio exige una serie de medidas, cuyo resumen esquemático es el siguiente:

EQUILIBRIO INTERNO

Sector público.—Limitaciones de las inversiones al ahorro voluntario:
— Limitación de emisión de la Deuda Pública.
— Supresión de subsidios a empresas públicas.
— Contención de inversiones en organismos autónomos.
— Limitación del gasto público total.

Sector privado.—Limitación de las inversiones al ahorro voluntario:
— Limitación a 11.000 millones de nuevos fondos crediticios.
— Alza del tipo de interés.
— Limitación de la operaciones activas.

EQUILIBRIO EXTERIOR

— Contención de la demanda de importaciones.
— Tipo de cambio de paridad de la peseta.
— Depósito previo a la importación.
— Amnistía fiscal y monetaria para el capital emigrado al exterior.
— Ley de inversiones extranjeras.
— Ayuda exterior.

El mecanismo de las disposiciones mediante las cuales se trata de buscar y fortalecer el equilibrio interno desde los sectores público y privado, persigue un fin inmediato de saneamiento, cual es el de contención de la demanda. en orden a la consecución de los fines generales y últimos ya enunciados. La contención de la demanda ejercerá una acción necesaria de freno sobre los precios, cuyos primeros resultados positivos se han observado durante el mes de agosto, si bien todavía es pronto para establecer diagnósticos de solvencia. Serán los meses que restan hasta el final de año los que proporcionarán elementos de valoración suficientes para precisar una línea de tendencia. Las disposiciones tomadas por el Gobierno han sido correctas y correcto también el inicial comportamiento de los sectores público y privado, aunque todavía no ha cedido el clima de expectativa en que muchos se han situado. La entrada en actividad de los que están a la espera influirá en el futuro del Plan, según sea la actitud que adopten. El camino, sin embargo, está trazado y no es probable que exista peligro de graves defecciones.

Si, como es de presumir, se consolida la estabilidad de los precios, habremos dado un paso decisivo en la contención de la demanda de importaciones, fundamental para el logro del equilibrio exterior. Contención que se apuntala, por otra parte, en el nuevo tipo de cambio de la peseta y se tamiza mediante los aranceles recién adoptados. La estabilidad de los precios y el tipo de cambio habrán de actuar sobre las exportaciones en sentido favorable. La contención de las importaciones y el fomento de las exportaciones deberán devolver el perdido equilibrio a nuestra balanza de pagos, condición previa a toda política decidida de convertibilidad y de liberalización, a la que nos hemos comprometido solemnemente con nuestro ingreso en la O. E. C. E., si bien se nos otorgan las condiciones más favorables previstas en los estatutos de dicha organización. También en ese aspecto el mes de agosto ha sido halagador, al cerrarse con un saldo favorable de 17 millones de dólares.

INVERSIONES EXTRANJERAS

Entre las medidas enderezadas al logro del equilibrio exterior, adquiere una especial importancia la ley de Inversiones Exteriores, cuyas primeras normas de desarrollo fueron aprobadas en el Consejo de Ministros del 11 de septiembre. Los capitales procedentes del exterior, tanto de extranjeros como de españoles residentes, encontrarán especiales facilidades para su inversión en nuestro país. Tendrán preferencia aquellas inversiones dirigidas hacia actividades más netamente productivas, y el Consejo de Ministros podrá autorizar en cada caso inversiones superiores al 50 por 100 e incluso empresas con la totalidad del capital procedente del exterior. Los trámites serán simplificados al máximo y los expedientes se resolverán dentro del plazo de un mes, al tiempo que se concederán automáticamente facilidades y trato preferente para importación de utillaje y de materias primas. Pero acaso la novedad más importante y atractiva sea la autorización para exportar la totalidad de los dividendos producidos por estas inversiones exteriores. Hasta el momento, el Ministerio de Comercio ha recibido numerosas y crecientes demandas de información y consultas de toda índole. Pero con ser importante la inversión de capital extranjero en orden a nuestro desarrollo económico, los españoles no desconocen que el éxito del Plan de Estabilización no puede esperarse de la ayuda y la aportación del exterior, sino que radica fundamentalmente en su propio esfuerzo, en su inventiva, en su capacidad de creación, en su sacrificio y, en fin, en su conducta económica.

Otro apoyo que se ha cuidado de establecer, en orden al equilibrio exterior, ha sido la amnistía a los capitales evadidos al exterior. Se trata de un recurso de emergencia, pero de resultados positivos, como lo demuestra la experiencia de otros países. La repatriación, que incluso puede ser hecha sin que el interesado inscriba su nombre al efectuar la venta de las divisas en cualquiera de las agencias autorizadas para el cambio en el territorio nacional, puede repercutir también favorablemente en el conjunto de medidas para devolver el equilibrio a nuestra balanza de pagos.

El nuevo cambio de la peseta influirá también de manera favorable y decisiva sobre la balanza de servicios y de donaciones. Durante el mes de agosto se ha podido observar hasta qué punto ha experimentado un fuerte incremento la entrada de divisas procedentes del turismo, cuyo crecimiento ofrece en los tres últimos años una línea ascendente muy robusta. Al propio tiempo, los envíos de los españoles residentes en el extranjero, que apenas si han tenido influencia en la balanza de donaciones durante los últimos lustros, habrán de incrementarse necesariamente, puesto que el tipo de cambio de sesenta pesetas por dólar es de todo punto favorable. Ha de suponerse, en consecuencia, que los españoles del exterior, por interés, por comodidad y por espíritu de colaboración con el esfuerzo de sus compatriotas, harán en adelante sus envíos en divisas, con lo que la balanza de donaciones cobrará la fortaleza y la importancia que debe suponerse en un país con tan extensas, activas y prósperas comunidades en el exterior, especialmente en Hispanoamérica.

A grandes rasgos hemos expuesto los antecedentes y el mecanismo del Plan Nacional de Estabilización Económica. Puede deducirse de ello que España aborda una empresa de gran profundidad, en la que va a jugar una carta trascendental. No otra cosa que su futuro. En el empeño habrán de demostrar su verdadera condición los españoles de dentro y de fuera. Ellos tienen en la mano, en su conducta, la decisión de su destino.

ISMAEL MEDINA



estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings, Tel. 51577. Perfeccione inglés en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

DOUGLAS CARTLAND, americano, de treinta y cinco años, periodista, interesado en literatura, teatro, tenis, llegará España pronto. — Desea correspondencia con señorita en español, inglés o francés.

CLEMENTE SUAREZ FERNANDEZ. Generalísimo Franco, 15. Grado (Asturias).—Desea correspondencia con chicos y chicas suizas.

JESUS MARTINEZ. Cinco Saltos. Provincia de Río Negro (Rep. Argentina).—Desea correspondencia con personas católicas de uno y otro sexo, de cualquier país y de veinticinco a treinta y cinco años.

MARGARET JACKSON. 50, Castleway North. Leasone. Cheshire (Inglaterra). Joven inglesa de veinte años.—Desea correspondencia con jóvenes de veinte a veinticinco años, en español e inglés.

LINO CABANILLAS y LUIS ROPERO. Marinos. De veinticuatro y veintiséis años. Alumnos de la Escuela de Suboficiales de Marina. San Fernando. Cádiz (España). — Desean correspondencia con señoritas americanas, hispanoamericanas y españolas de dieciocho a veinticuatro años de edad.

CARMEN CAMPOS. C/O. Cardona. Ibiza (Baleares). — Desea correspondencia con chicos de veinticinco a treinta años.

JOSE LAZARO BLANCO. Diputación, número 187, 4.°, 2.ª Barcelona (España).—Desea correspondencia con señoritas de diecisiete a veinte años, de elevada cultura, en español o francés.

SISE POLIQUIN. 1240, 13, Avenue Ouest. Chasny. Conté Levis (Canadá).—Desea correspondencia con jóvenes de dieciséis a diociocho años, en francés.

VIRGINIA C. WONG. Francisco de Cela, 2626. San Isidro, Lima (Perú). Estudiante de Letras.—Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos de todo el mundo.

ELENA S. LASA. Chiclana, 605. Bahía Blanca (Rep. Argentina).—Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos, en español, francés, inglés o alemán.

JAIME y ANTONIO GLARIA BENGOECHEA. Barros Arana, 164. Concepción (Chile).—Desean correspondencia con estudiantes de cualquier país, en castellano.

Profesional desea correspondencia con señorita de buena educación, presencia y mucha simpatía. Prefiero sea pobre, pero de buenos sentimientos y no mayor de veintisiete años. Escribir a: Cédula número 2972211. Urb. Artigas. 2.ª Avenida, número 1-1. Caracas (Venezuela).

CECILIA A. STREEGAN. 389, Marcial Vélez. Cebu City (Filipinas).—Desea correspondencia con personas aficionadas a las plantas.

ESTRELLA PONS. Calvo Sotelo, 26. Y MAGNOLIA REAL. Colón, 16. De Alfafar (Valencia).—Desean correspondencia con jóvenes de ambos sexos y de cualquier parte del mundo.

MARIA NIEVES LLEDO BONET. Reina, 32. Y MARIA ANTONIA FRANCO GREÑO. San Francisco, 23. Játiva (Valencia).—Desean correspondencia con españoles y extranjeros.

Dr. FRANK IRWING GUTIERREZ. General Leandro Gómez, 1273. Paysandu (Uruguay). — Desea correspondencia con señorita española, en castellano, inglés, portugués o francés.

MARI CARMEN. Apartado de Correos 411. Zaragoza (España).—Desea correspondencia con jóvenes de veinticinco a treinta años.

JOZA COSTA. Rua Gervasio Pues, 531. Recife. Pernambuco (Brasil).—Desea correspondencia con jóvenes españoles, italianos e hispanoamericanos para intercambio de ideas y costumbres.

MARGARET E. LEAHY. 11, Beacon Street. Stoneham, 80. Massachusetts (U.S.A.).—Desea correspondencia con personas mayores para practicar el castellano.

JÜRGEN KÜHNEL. Oberlahnstein, Lindenweg, 6 (Alemania). Estudiante de veintidós años.—Desea correspondencia en alemán con señorita española o sudamericana.

ANTONIO GARCIA ESTEVE. Basilio da Cunha, 1111. Cambuci-São Paulo (Brasil).—Desea correspondencia en portugués o español con personas de todo el mundo.

MARI GUADALUPE LUTGARDO. Apartado 103. Arrecife. Lanzarote (Islas Canarias). — Desea correspondencia con chicos mayores de veinticinco años.

MARIANGELI SANCHEZ. 3, Norte, números 1 y 2. Oriente núm. 839. Talca (Chile).—Desea correspondencia con jóvenes hispanoamericanos, italianos, franceses y españoles, mayores de diecinueve años, en castellano.

DOMINGO PARAMES. Cooperativa, número 34, 1.° Mataró (Barcelona).—Desea correspondencia con jóvenes de ambos sexos, hasta veintitrés años, de cualquier parte del mundo, fines culturales, en inglés o español.

MARCO EMILIO IMBELLONI. Superi, 1485. Buenos Aires (Rep. Argentina).—Desea correspondencia con personas que intercambien postales y sellos de correos.

OPORTUNIDADES COMERCIALES

Disponemos en Toledo magnífico estudio pintor, etc. Escribid: Saldaña. Tirso de Molina, 18. Madrid (España).

JEFE TECNICO MOLINERO, soltero, excelentes referencias. Informarán sin compromiso. Apartado 214. Albacete (España).

Vendo retrato óleo S. M. Alfonso XIII. Dimensiones: 2,35 × 1,40. En marco oro molduras. Estado inmejorable, fino colorido. Razón: Bernardino Anciones. José Antonio, 54. Tamames (Salamanca).

VETERINARIO se ofrece para país hispanoamericano. Amplios conocimientos de ganadería e industrias derivadas. Informes y referencias. Escribid: Apartado 984. Bilbao (España).

ESCUELA SUPERIOR DEL SECRETARIADO. Augusto Figueroa, 16. Madrid. Teléfono 32 07 16.—Abiertas matrículas para curso 1959-60. Preparatorio y Secretariados: Dirección, Comercial, Normal. Solicite informes.

Su mejor fotografía, en Terradillos. Miniaturas, foto-óleos, reproducciones. Envíe originales y consulte precios y condiciones. Calle Duque de Alba, 11. Madrid. (España).

BUZON FILATELICO

VALENTINA LAPUENTE BERMEJO. Palencia, 9. Madrid (España).—Desea intercambio de sellos de correos.

MARCO EMILIO IMBELLONI. Superi, 1485. Buenos Aires (Rep. Argentina).—Desea intercambio de sellos de correos.

CARLOS LOPEZ RODRIGUEZ. Calle Meléndez Valdés, 43. Madrid (España).—Desea intercambio de sellos de Centroamérica por sellos de España y colonias y de Europa.

«MADRID FILATELICO». La mejor revista para filatélicos. Publicación mensual. Suscríbanse. Príncipe, 1. Madrid.

La emigración española asistida y el C. I. M. E.

Es fácil profetizar desde ahora que, cuando se escriba la historia de la emigración española a Ultramar, el año 1956 será señalado con capítulo aparte, como corresponde al comienzo de una nueva etapa. Efectivamente, así es: en 1956 fué creado, por ley de 17 de julio, el Instituto Español de Emigración, y en el otoño comenzaban las operaciones del Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas, organismo intergubernamental al que el Gobierno español expresó su adhesión en carta suscrita por el ministro de Asuntos Exteriores, en mayo del mismo año 1956.

La cooperación del C. I. M. E. ha estado principalmente centrada en el programa de reagrupación familiar, que cumple una finalidad de alto sentido moral y humanitario al permitir la reunión de núcleos familiares separados. A dicho programa pueden acogerse aquellas personas cuyos padres residan en los países hispanoamericanos miembros del Comité (Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela, Costa Rica y Panamá) que no hubieran podido, a causa de su situación económica, efectuar la llamada y reunión de su núcleo familiar.

Desde noviembre de 1956, en que se iniciaron los movimientos de emigración asistida, hasta finales de septiembre actual, más de 28.300 personas se han beneficiado de las ventajas de este programa.

La asistencia de este programa emigratorio, en su aspecto económico, supone que la contribución al pago del pasaje por parte del emigrante queda reducida a una cuarta parte del mismo, y el resto es suplido por las contribuciones del Gobierno español, de los Gobiernos de los países de destino y de los fondos internacionales del C. I. M. E. Por otra parte, el Instituto Español de Emigración facilita, con carácter gratuito, la documentación.

El Gobierno español ha confiado las tareas de localización, preparación y asistencia a los emigrantes acogidos a este programa a la Comisión Católica Española de Migración, cuya tutela espiritual no sólo se desarrolla en España, sino que llega a los países de ultramar, en cuyas principales ciudades hay capellanes españoles de emigrantes.

Si se establece un porcentaje sobre el grado de parentesco con el llamante, nos encontramos con el 40 por 100 de las 28.300 personas embarcadas correspondiente a los hijos; el 23 por 100, a las esposas; el 10 por 100, a los padres; el 16 por 100, a los hermanos, y el resto, a otros familiares en grado más o menos próximo.

Las empresas navieras españolas han sido las primeras beneficiadas en el transporte de estos emigrantes asistidos, ya que el 80 por 100 de los mismos han viajado en buques españoles y el resto (una parte de los destinados a la Argentina, en barcos de esta nacionalidad). En el año 1956, sólo el 17,72 por 100 de la emigración española utilizó barcos nacionales. En 1957, este porcentaje ascendió al 31,48 por 100. El pasado año se ha alcanzado la cifra más alta conocida en España a este respecto, puesto que esos compatriotas que viajan en navíos de nuestro país representan el 46,41 por 100.

PROGRAMAS DE MANO DE OBRA

Desde el año 1958, además del Programa de Reagrupación Familiar, se han desarrollado otros destinados al traslado de trabajadores españoles a Australia, Brasil y Colombia. Dos expediciones han salido para Australia: una en junio de 1958, con 159 trabajadores destinados a plantaciones de azúcar, y otra en mayo del año actual, formada por 169 trabajadores.

En cuanto al Brasil, y en virtud de un convenio establecido entre las autoridades brasileñas y españolas, se han trasladado unos 325 trabajadores pertenecientes a distintas profesiones acerca de las cuales existe una demanda permanente de trabajo en aquel país, o bien han sido reclamados por empresas brasileñas. La recepción y colocación de estos trabajadores se ha realizado por los servicios correspondientes del C. I. M. E. en cooperación con los gubernamentales del Brasil.

Una prueba de la rápida adaptación de estos trabajadores a su nuevo país es que son numerosos los que han llamado a sus familiares a través del programa correspondiente, y han embarcado ya 25 familias, con un total de 70 personas.

Con Colombia se ha iniciado también un programa de mano de obra, del que, si bien hasta ahora es de reducidas proporciones, se espera su incremento y desarrollo.

El reclutamiento y selección de estos trabajadores se han realizado en estrecha cooperación con el Instituto Español de Emigración y la Organización Sindical, a través del Servicio Nacional de Encuadramiento y Colocación.

Aparte del mantenimiento de estos programas, durante el año actual se viene celebrando un curso de Formación Profesional Acelerada en la Institución «Virgen de la Paloma». Asimismo está prevista para 1960 la realización de cursos análogos, que se celebrarán en Madrid, La Coruña y otras ciudades, de acuerdo con la Obra Sindical de Formación Profesional, lo que permitirá la calificación laboral industrial a trabajadores procedentes de sectores oficiales o de oficios con excedentes de mano de obra.

La "exclaustración" de la enseñanza

La Oficina de Educación Iberoamericana (O. E. I.) cumple, el próximo día 21 de octubre, cinco años de existencia como organismo intergubernamental. Por sus funciones específicas, la O. E. I. está en condiciones excepcionales para atalayar el panorama educativo regional y señalar en su topografía las grandes líneas que definen su fisonomía. En la actualidad se destacan algunos hechos cimeros en la perspectiva de la educación iberoamericana, los que vamos a exponer brevemente con el estilo sucinto de un informe.

PUNTO DE PARTIDA: LA EDUCACION «ENCLAUSTRADA»

Recordemos que, hasta hace cosa de tres o cuatro lustros, la educación de los países iberoamericanos vivía en su propio campo, deslindado del suelo común que constituye la sociedad. Pese a los nobles esfuerzos de la «educación popular», la escuela se desarrollaba en una atmósfera artificial con respecto al aire de la comunidad. La educación se perfeccionaba; la pedagogía se enriquecía con nuevas experiencias, que se superponían en forma vertical, pero su acción sólo se proyectaba sobre un reducido sector de la población. Se llegó a considerar que la educación era un valor en sí mismo, enfrentado al turbulento ser social. Esta situación, provocada por un complejo de causas, que sería largo analizar, trajo unas consecuencias evidentes, que se exponen con rapidez: 70 millones de analfabetos, una escuela en constante y celosa defensa de sus fueros, un magisterio proletarizado y resentido, una enseñanza desestimada por la comunidad, una educación menospreciada por los poderes públicos y desatendida por las fuerzas vivas de la sociedad.

El aceleramiento del ritmo histórico, que se registra en los últimos veinte años, el impacto producido por el progreso técnico, la rápida transformación de las clases directivas y la tensión internacional, son los hechos que han incidido, conjuntamente, para provocar una radical transformación de la mentalidad y de la política educativa, que conducen a una rápida «exclaustración» del acto educativo. «Exclaustración» que constituye el acontecimiento de mayor trascendencia que acusa la actualidad iberoamericana.

LA «CARRERA DE ARMAMENTOS» PRODUCE LA «CARRERA DE LAS ENSEÑANZAS»

El primer movimiento partió de las fuerzas políticas, que, ante la tensión internacional, reconocieron que la paz entre los pueblos debía basarse en la comprensión mutua, y que ésta sólo era posible con un nuevo y vigoroso impulso de la educación popular. Este silogismo es la piedra angular de la creación de la U. N. E. S. C. O. en 1945. Son ideas que se desarrollan en los instrumentos básicos que se suscriben en 1948: *Carta de la Organización de los Estados Americanos, Declaración americana de los derechos y deberes del hombre* y *Declaración de los derechos del hombre*. Paralelamente, la educación, solicitada por la alta política internacional para un servicio que trasciende las actividades del aula, es requerida por la economía, cuyos especialistas descubren la ecuación *educación = economía*, y llegan con el colombiano Gabriel Betancur Mejía a sostener que «la educación es el mayor multiplicador económico». Al mismo tiempo, la industria golpea a la puerta de la escuela para exigirle la preparación de sus cuadros técnicos y especializados: formación vocacional, formación profesional, formación acelerada. A todos estos reclamos se suman los de la «guerra fría». A fines de 1955, en la Conferencia Nacional de Instrucción Pública, convocada en Washington por la Casa Blanca, los educadores estadounidenses oyen al almirante Strauss, presidente de la comisión atómica norteamericana, denunciar la inferioridad del esfuerzo educativo de su país frente al de Rusia, y en enero de 1958, el Presidente Eisenhower presenta un mensaje al Congreso de los Estados Unidos, solicitando mil millones de dólares para la extensión de la educación científica. Se ha iniciado una «carrera de las enseñanzas», paralela a la «carrera de los armamentos».

Este reiterado reclamo a la escuela formulado por las «fuerzas vivas» trae como natural consecuencia una proyección masiva del interés de la comunidad por la educación, que modifica su organización y administración para integrarse en el cuerpo social.

COROLARIOS DE LA «EXCLAUSTRACION»

El primer beneficiado de este nuevo estado de cosas ha sido la enseñanza primaria. Para responder al nuevo principio de «universalización y extensión de la enseñanza», los gastos públicos de educación en los países iberoamericanos han aumentado en más de un 100 por 100 en el último quinquenio, y la contribución por habitante, en el mismo tiempo, ha pasado, de menos de cuatro dólares, a ocho dólares con cuarenta centavos, como promedio. Se revisan los programas de estudio para racionalizarlos y simplificarlos. La gratuidad de la enseñanza va haciéndose efectiva, y comienza una preocupación real—no retórica, ni demagógica—por el *status* jurídico y económico del magisterio. En este último aspecto surge un problema nuevo: la deserción de los jóvenes de la profesión magisterial, al que se procura solución.

Por otra parte, el nacionalismo educativo, más agudizado en los países iberoamericanos que en los europeos, va cediendo posiciones, y acepta la cooperación técnica de los organismos internacionales y la ayuda del llamado *Programa de asistencia técnica*, creado por las Naciones Unidas.

COORDINACION Y PLANEAMIENTO

La aceptación de la cooperación internacional en materia educativa va forjando un ambiente propicio para la coordinación regional de las enseñanzas, las que, naturalmente, tienden a la normalización, con el consiguiente ahorro de energías, de tiempo y de dinero. Esto no acontece solamente en el campo de las ciencias exactas y naturales, sino que va alcanzando, aunque en forma incipiente, a las ciencias sociales. Hoy los estados solicitan normas comunes para la enseñanza del idioma, la Geografía y hasta la Historia. Estamos muy lejos de haber alcanzado una coordinación real de la educación, pero van cayendo, uno a uno, los obstáculos para ella que hasta hace muy poco tiempo parecían insalvables.

Para dinamizar las nuevas tendencias de coordinación, y extender a través de ellas la educación popular, la U. N. E. S. C. O. adoptó en 1956 un *Proyecto principal para la América latina*, hoy en pleno desarrollo. Este «proyecto» viene actuando como catalizador de los esfuerzos nacionales para el perfeccionamiento de la organización educativa, y su ejecución acelera la «exclaustración» de la actividad pedagógica.

Pero la coordinación no puede limitarse a las ramas y aspectos de la educación misma, pues esto entrañaría una nueva forma de «enclaustración». La coordinación ha de establecerse en función de la realidad total de cada nación, y para ello estamos hoy en posesión de un nuevo instrumento fundamental y básico de coordinación: el planeamiento integral de la educación. El concepto de «planeamiento» de tipo esencialmente económico ha sido adaptado a la educación por la brillante iniciativa del ministro colombiano Gabriel Betancur Mejía y por la labor de otro economista, Ricardo Díez Hochleitner. Hace cosa de cuatro años se iniciaron en Colombia los primeros estudios y ensayos de «planeamiento», los que se prosiguieron más tarde en la División de Educación de la Organización de los Estados Americanos, que convocó en 1958 una seminario sobre la materia en Washington. Apenas cumplido el año de la celebración de dicho seminario, no hay país iberoamericano en el cual no haya prendido, con mayor o menor intensidad, la «política del planeamiento», y hoy, en todos ellos, se realizan los trabajos previos para integrar en sendos planes nacionales los proyectos educativos. El planeamiento evita las improvisaciones, jerarquiza las realizaciones educativas en función de las necesidades reales de la comunidad y aleja el riesgo de edificar sin posibilidades de rematar la construcción. Y como bondad, no la menor del planeamiento, tenemos que impide a la retórica y a la demagogia hacer de la escuela campo propicio para su desarrollo.

Este es, a grandes rasgos, el panorama esperanzador que ofrece la educación iberoamericana al entrar al último trimestre de 1959.

CARLOS LACALLE
Secretario general de la Oficina de Educación Iberoamericana

Cinco años de emigración española

Por Francisco Verdera

PUESTO que creemos que, por encima de la fría cifra, pueden destacarse nítidamente diversos hechos de interés, estudiamos aquí un lustro (1951-1955) de nuestra emigración ultramarina. Quizá parezca un tanto convencional este lustro. Es el más reciente y posible, sin embargo, a efectos de documentación, y ya posee, además, cierta perspectiva de la que servirnos buenamente para realizar una útil y viva consideración.

Los cuadros que siguen están elaborados con los datos oficiales que, por separado, al finalizar los respectivos años que se estudian aquí de forma cíclica, publicó, según puntual costumbre, a través de sus antiguos servicios de Migración, nuestro Ministerio de Trabajo.

El total de nuestra emigración ultramarina asciende en estos cinco años a 272.762 emigrantes, con un promedio por año de 54.556,4. Es una cifra realmente importante. ¿Es cifra, empero, suficiente, dadas algunas de nuestras especiales circunstancias (tal como la existencia de una plétora en algunas profesiones liberales, por ejemplo), a las que más adelante tendremos que referirnos?

No se nos escapa que, con la emigración, a España se le pierden, quizá de modo irremediable, voluntades y talentos que le vendrían muy bien. La emigración es una herida en la vieja y empobrecida piel de toro. No se olvide este agrio aire de renuncia nacional que, para nosotros, entraña esta copiosa y algo elegida emigración. ¡Ojalá no llegue a resentirse España algún día de esta fuga de capaces! España, sin embargo, está forzada a tolerar este mal menor de la emigración. España, en la actualidad, no está capacitada para absorber con provecho y entusiasmo a esta decidida legión de aspirantes a una vida mejor.



LA LLAMADA DE AMERICA

América, después de caducada tanta cosa, sigue llamando imperiosamente. Se llega a América sumisa, ilusionadamente. América sigue reservando para los españoles muchísimas promesas. Nuestras grandes posibilidades emigratorias siguen estando en América y, más específicamente, en Hispanoamérica. Las razones son obvias: por un lado, la facilidad idiomática, el conocimiento personal de algún residente en cualquiera de los países hispanoamericanos, que es importante en el momento de la decisión, la semejanza de hábitos, etc.; y por otro, las necesidades de explotación total y apremiante de las mayúsculas posibilidades de esos países: el español, aunque no se quiera, está aceptado generalmente como un buen peón de brega.

Si se analiza el siguiente cuadro se verán, con alguna oscilación observable, las preferencias de nuestros emigrantes por sus países de destino. Ciñéndonos al lustro, acusan disminución de afluencia Argentina, Cuba y Méjico. Aumento discreto, Brasil. Aumento claro, Santo Domingo y Uruguay. Aumento rotundo, Venezuela.

EMIGRANTES ESPAÑOLES CLASIFICADOS POR PAISES DE DESTINO

	1951	1952	1953	1954	1955
Antillas	25	32	8	11	21
Argentina	32.320	25.474	13.560	12.576	13.504
Brasil	7.561	14.384	11.861	10.825	10.206
Canadá	—	3	6	26	50
Colombia	221	216	296	332	291
Costa Rica	15	5	9	7	8
Cuba	1.966	1.676	1.476	900	1.142
Chile	100	36	95	28	39
Ecuador	54	28	70	35	67
Estados Unidos	122	144 (1)	141	208	191
Guatemala	—	—	1	—	6
Martinica	—	—	3	—	—
Méjico	618	759	419	420	361
Panamá	53	87	129	159	116
Paraguay	—	—	—	—	357
Perú	183	235	217	179	121
Puerto Rico	12	11	14	12	18
San Salvador	16	7	13	6	9
Santo Domingo	85	110	60	837	3.403
Uruguay	2.737	4.707	3.888	3.824	6.050
Venezuela	10.819	8.734	12.306	22.033	26.277

(1) No se encuentran comprendidos 360 pastores vascos emigrados por avión a los Estados Unidos.

Nuestras emigraciones a las Antillas, Canadá, Colombia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Martinica, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico y San Salvador son mínimas. Canadá, Colombia y Estados Unidos pueden recibir adecuadamente un mayor contingente de españoles.

Nuestras habituales preferencias emigratorias por Argentina están siendo sustituídas por Venezuela, seguramente debido a razones de tranquilidad, orden público, economía sana, etc., que a nadie escaparán. Venezuela se ha constituído en gran promesa a fines del lustro. De 10.819 emigrantes pasa a recibir en cuatro años 26.277, mientras que Argentina, de 32.320, sólo recibe al cabo del mismo tiempo a 13.504. Creemos que este hecho por sí solo ya justificaría nuestro un tanto convencional lustro, porque es en él cuando cabían de modo muy sensible nuestras clásicas preferencias. (Con el cierre actual de la inmigración en Venezuela, ignoramos cabalmente hacia qué rumbo exacto se ha derivado nuestro mayor número de emigrantes, aunque todo hace suponer que nuestras preferencias actuales entén encaminadas hacia Brasil.)

LA CIRCUNSTANCIA PERSONAL DEL EMIGRANTE

a) **Sexo.**—En el lustro que nos ocupa emigraron 162.126 varones por mujeres 110.656. La diferencia en favor de los varones es de 51.470. Es un hecho de lo más normal. La mujer soltera no goza aún entre nosotros de una «libertad» social como para decidirla a lanzarse en soledad a la aventura siempre quimérica y tremenda de la emigración. Sin embargo, la mujer podría encontrar campos muy aptos en una serie de ocupaciones muy bien remuneradas.

b) **Estado civil.**—Emigraron 143.896 solteros por 119.842 casados, 8.992 viudos y 52 divorciados. La cifra de casados creemos que permite una serie de conjeturas, puesto que el casado, para su emigración, precisa ya de razones muy poderosas, casi fundamentales. ¿Cuáles fueron éstas? Lamentamos que los datos no especifiquen el motivo de la emigración. ¿Se recogen estos motivos actualmente? Ahora no disponemos de un indicio, de ninguna señal de humanidad apurada o, sencillamente, de humanidad más ambiciosa. ¿No sería también de interés recoger este dato determinante?

c) **Edad.**—Los datos oficiales sobre la edad de los emigrantes están englobados en cuatro grupos, a nuestro parecer demasiado amplios y, por tanto, escasamente significativos. Los grupos, con sus respectivos resultados en el lustro, son los siguientes:

1.º Hasta quince años: 43.271 emigrantes.
2.º De quince a veinticinco años: 56.316.
3.º De veinticinco a cincuenta y cinco años: 156.909.
4.º Más de cincuenta y cinco años: 16.386.

¿No sería posible, en favor de la claridad, en lo sucesivo, subdividir estos grupos, por lo menos el 3.º?

d) **Instrucción.** — Son alfabetos 253.190 emigrantes, y analfabetos, 19.692. ¿No sería posible también aquí precisar el grado y el matiz de la alfabetización? Pensamos que, de este modo, podrían sacarse, por todos, más valiosas consecuencias.

LA CONDICION PROFESIONAL DEL EMIGRANTE

La estadística oficial nos refiere que, en los años de este lustro, la emigración de obreros agrícolas ha sido prácticamente igual.

Se descubre un aumento progresivo en cuanto a los obreros industriales y a los destinados al comercio y empleos privados.

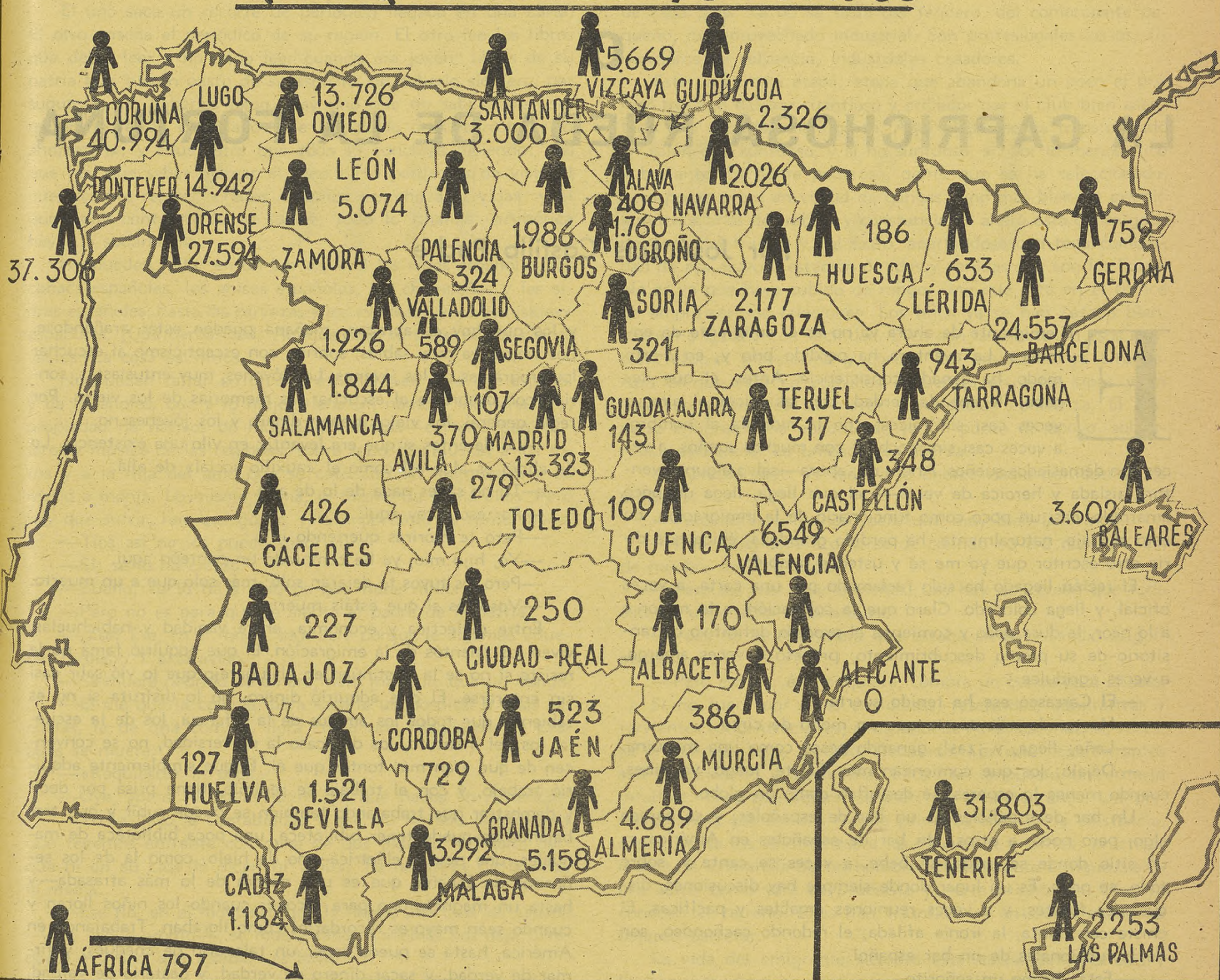
Es mínima y sensiblemente igual la cifra que resume la emigración de profesionales liberales. En franca y afortunada disminución puede considerarse la de los obreros sin aptitud determinada.

El número bajísimo de emigrantes con profesión liberal, teniendo en cuenta la plétora existente actualmente en España en muchísimas ramas, nos da pie para formular estas preguntas: ¿Qué es lo que detiene al profesional liberal? ¿Qué le impide su emigración? ¿Radica la causa en la dificultad presentida de las pruebas de revalidación de títulos? ¿No podría lograrse un reconocimiento y un mutuo valor de los títulos profesionales? Nos parece prometedora la tarea. Las posibilidades, además, son insospechables: al eliminarse feliz y recientemente el «numerus clausus» en nuestras escuelas técnicas superiores y medias, siempre pensamos que el exceso de titulados que podría provocarse con la medida sería absorbido sin dificultad por Hispanoamérica, que los necesita vitalmente. En otro aspecto, nuestros institutos laborales, en todas sus modalidades, y nuestras universidades laborales, pueden traducir también, con el tiempo, a un posible emigrante más eficazmente preparado.

Para los obreros sin aptitud determinada, serían útiles, como primer paso y antes de autorizárseles su salida de España, su aprendizaje y su calificación en centros de formación acelerada, que tanta tarea bella tienen por cumplir entre nosotros. Centros similares podrían destinarse también para las mujeres, con enseñanzas acordes, del tipo de sastrería, lencería, peluquería, etcétera. Otro tanto puede hacerse con nuestros obreros agrícolas e industriales. ¿No se lograría una perfección en su calidad laboral? Pensemos que todo ello redundaría en beneficio del propio interesado y en beneficio, en general, del emigrante español, cuyo prestigio hay que cuidar también esmeradamente.

En el gráfico de la emigración española por provincias que incluímos resalta que, en términos generales, las provincias más céntricas dan menos contingente emigratorio ultramarino, y que, a me-

TOTAL DE EMIGRANTES POR PROVINCIAS EN EL QUINQUENIO DE 1950 A 1955



dida que la situación geográfica de las provincias está más próxima al litoral, aquél aumenta. Notamos la excepción de Huelva y Castellón. Por lo que parece, el cansado corazón español no se entiende con el salto y con el mar. Por lo que parece, la proximidad con el mar abre estímulos, despierta esta inquietud migratoria.

Podemos decir que las provincias más centrales prefieren para su emigración focos internos, tales como Madrid y Barcelona. Acabo de leer en el avance demográfico correspondiente al pasado mes de marzo, publicado por el Servicio Municipal de Estadística, el hecho elocuente de haberse producido en Madrid 1.654 altas por inmigración, con Guadalajara, Toledo, Jaén, Cáceres y Badajoz como provincias de procedencia. Hechos similares ocurridos en Barcelona coinciden y nos confirman en la idea.

Pero, adentrándonos en el fondo del problema, ¿no será posible hablar aquí, como determinantes del mismo, de factores de cultura y civilización? Decimos que el mar siempre ha sido la cultura. Queremos decir que nuestras provincias del litoral son más cultas, precisamente por su mojada vecindad. Queremos decir que, por su grado de diferenciación, nuestras provincias marítimas eligen la ultramarina para su emigración. El emigrante interno emigra por razones de miseria total (paro estacional, cosechas catastróficas, posibilidades escasas para el trabajo, etcétera), mientras que el emigrante ultramarino lo hace por razones de mejora. Las diferencias entre uno y otro, aparte de cualitativas (ese grado de diferenciación cultural), son también de orden cuantitativo. El emigrante ultramarino no busca simplemente el «poder vivir», sino que busca, ardiente, afanosamente, la fortuna. Por lo menos ésta es la impresión que hemos podido sacar de nuestro contacto con emigrantes.

Aparte de esto, debe aceptarse que, en determinadas provincias, intervengan también factores de tradición. Pero la tradición pensamos que coincide casualmente con el minifundio, del que es forzoso salir. Hay, ciertamente, en la provincia, una sutil «cadena» emigratoria. Bastarán el feliz ejemplo de un indiano o las noticias de algún paisano afortunado para que inmediatamente se haga realidad en el pueblo o en la aldea una poderosa corriente emigratoria.

Y basta ya. Quiera Dios, para que todo adquiera cuerpo, que también podamos dar noticia, y aquí mismo, del lustro emigratorio que morirá, Dios mediante, en 1960.

F. V.

EL EMIGRANTE
O
LA CAPRICHOSA RUEDA DE LA FORTUNA

Por José Luis Castillo Puche

EL emigrante de ahora ya no es el emigrante de entonces. La aventura ha perdido brío y, en cierto modo, ha ganado consistencia. Antes, el que llegaba, llegaba de verdad, con las raíces al aire, a veces casi sin raíces; con la mochila al hombro, a veces casi sin mochila; con muchos sueños, a veces con demasiados sueños. Ahora no; ahora—salvo alguna aventura aislada y heroica de veras—, el que llega, llega un poco amarrado, casi un poco como funcionario de la inmigración. En esto el viaje, naturalmente, ha perdido grandeza, épica que diría otro escritor que yo me sé y ustedes también.

El recién llegado ha sido reclamado por una carta, a veces oficial, y llega colocado. Claro que la colocación, a lo mejor o a lo peor, le dura poco y comienza el proceso definitivo o transitorio de su propio descubrimiento; proceso a veces amargo, a veces agridulce.

—El Carrasco ese ha tenido suerte.

—Ha tenido más suerte que un mono de circo.

—Leñe; llega, y ¡zas!, ganando pesos como una máquina.

—Déjalo; los que comienzan muy fuerte, luego, ya sabes, cuando menos lo esperas, se desinflan como un globo.

Un bar de españoles es un bar de españoles, y se parece algo, pero poco, a otros. Un bar de españoles en América es un sitio donde se juega, se bebe, a veces se canta y, sobre todo, se grita. Es un lugar donde siempre hay discusiones, discusiones fuertes, y a veces reuniones amables y pacíficas. El chiste con punta, la ironía afilada, el redondo cachondeo, son notas funcionales de un bar español.

—Estás hecho un señorito.

—Ahorrando, hijo, ahorrando.

—Te irás este verano a España, ¿a que sí?

—Pues creo que no.

—Claro, tú, cuando vayas, con tu «haiga», buenos dólares y a darle a más de cuatro en las narices.

—Algún día; ya veremos.

—Pues date prisa, que a lo mejor te mueres antes. No te veo yo buena cara a ti.

Los bares españoles unos son muy visibles y céntricos, y son locales sociales. Otros están más escondidos, y son buenos tugurios, en donde la madeja de la vida, con sus tiras y aflojas, se muestra vibrante, ominosa, sorprendente, sórdida. De todo. Uno que iba bien, empieza a ir mal, y ¡cataplum! Otro que iba mal, comienza a ir bien, y mira lo que son las cosas. Hay otros que no iban ni bien ni mal, y que prosiguen viviendo ni bien ni mal, muy austeros, muy filósofos, muy envenenados a veces.

Un bar español es la monda, la lironda y la remonda (La «remonda», una chacha que yo tuve, creía que era un taco. Y la remonda no es nada de eso.) En los bares españoles todo el mundo anda dividido, repartido, clasificado. Pero, ¡cuidado!, en un bar español, los que ayer se peleaban, hoy se abrazan, y los que hoy se abrazan, mañana pueden estar arañándose. Los viejos, ya muy sabios, sonríen con escepticismo al escuchar los programas de los jóvenes. Los jóvenes, muy entusiastas, sonríen con desprecio al escuchar las memorias de los viejos. Por regla general, los viejos tienen dinero y los jóvenes no.

—Lo de antes sí que era levantar en vilo una existencia. Lo de ahora es algo así como el «auxilio social» de allá.

—Tú no sabes nada de lo de allá.

—Por eso estoy aquí.

—Pero te morirás queriendo ir.

—Yo, hijo mío, ya he comprado un panteón aquí.

—Pero los tuyos te dejarán solo; más solo que a un muerto.

—Vosotros sí que estáis muertos.

Entre dialéctica y economía, entre vanidad y habichuelas, viven los talentos de la emigración. El que adquirió fama no la resiste si no se la continúan en el lugarejo que lo vió salir casi sin enterarse. El que adquirió dinero, no lo disfruta si no es sabiendo que todos los amigos de la infancia, los de la escuela, los del instituto, los de acaso la universidad, no se convencen de que eran más tontos que él. El que simplemente adquirió trabajo, y con el trabajo se redimió, tiene prisa por decir y demostrar que trabajando también se puede subir y que trabajando se puede tener biblioteca, una poca biblioteca de manuales, una nevera eléctrica—no de hielo, como la de los señoritos de España, que es una nevera de lo más atrasada—y hasta un magnetófono para recoger cuando los niños lloran y cuando sean mayores recordarles cómo lloraban. Trabajando en América, hasta se puede tener un talonario de cheques, y firmar de verdad, y sacar dinero de verdad, y gastarlo de verdad.

En un bar español, todavía, el que tiene da al que no tiene, y el que está bien presta al que anda derrotado. Pero cada vez menos. En un bar español hay, por lo general, mucha generosidad, y las propinas son amplias, aunque, de vez en cuando, se discute por tres centavos. En estos bares españoles, cuando se discute de guerras, hay que prestar mucha atención, porque unos hablan de la de Cuba y otros de la española; porque unos hablan de la que se preparan los rusos y los americanos y otros de la de Africa, que es, desde América, lo que más interesa a España, cosa que desconcierta un poco.

Pero lo que más desconcierta es como toda esta triunfadora y caída gente, como todo este mundo presuntuoso y vulgar mundillo, por nada del mundo consiente ni tolera que nadie, ni aun del propio país, enjuicie ni siquiera los desastres del país que los cobija y mantiene. No, eso no es posible. Pueden ir las cosas mal, pero aquello es sagrado. Aquello hay que defenderlo como la propia vida.

—Ojalá aprendiéramos.

—Cállate; pero si ellos todo lo bueno lo aprendieron de nosotros antes. Si no fuera por nosotros, todavía andarían por lo alto de las higueras.

—Ahí es donde estamos nosotros: en la higuera.

Aquello es la nueva patria, y la patria nueva lucha con la vieja, y la vieja patria unas veces se superpone a la nueva y otras queda detrás, como esos carros de tiro que detrás de los frenos llevan caballo, cabra y perro, por si flaquearan los de delante. La patria nueva ya es carne propia.

El uno saca un recorte de periódico llegado en una carta. El otro enseña el periódico de su región. El otro lee los libros que debió leer y no pudo leer cuando era joven; libros de su patria que fueron pasto de su espíritu sin saberlo siquiera, por supuesto, sin haberlos leído. Hay uno que no sabe hablar sin meter un refrán castellano: «Se arregló lo de Caparrota, y lo ahorcaron», y aquel otro que todo lo concluye diciendo: «Es que hay que saber marcar el paso.» No perdamos de vista al que siempre repite: «Todos tenemos derecho a la vida», y el que, muy contento de su suerte, todo lo finaliza: «América hay que sudarla.»

No pueden faltar en un bar español los vinos españoles, los coñacs españoles, los anises españoles, los champañas y las sidras españoles, hasta las cervezas y los «vodkas» y los «whiskies» españoles. ¡Qué barbaridad! Aunque sólo se trate de los cascos vacíos. La cosa es verlos.

No pueden faltar en un bar español—en este bar español y de españoles, que a lo mejor tiene un nombre indígena y es propiedad de nativos de mucha genealogía—carteles peninsulares y música de las regiones, sobre todo con alusión a los toros y a la hija del amo que se casó con un marquesito o se metió a monja. Lo mismo suena, lo mismo da y allá ellos. Pero hay que sufrir, hay que gozar, y lo importante es cómo suena.

—Tíos así no los puedo soportar.

—Sí; se lo ha creído.

—Bueno; se lo ha creído porque tiene millones.

—Pero no es para que se sienta el padre de la patria.

—¿Ese? Ese, en el fondo, se muere porque le digamos «Buenas tardes». Y está aviao.

—Se muere podrido de dinero, pero más solo que un hongo.

—El día que la colonia, para sacarle un hospital o unas escuelas, le dé una comida, llora como una Magdalena, y después se muere.

—«Requiescat in pace».

—Oye, ¿pero tú sabías latín? ¿Y qué haces en Américas?

—Yo le llevo la contabilidad a ese tío forrado de millones que tenemos enfrente con gana de que alguien le hable, porque ni en su casa le dicen ni «mu». Tú no sabes de la misa la media.

—Ese tío, en el momento que le llegue una cruz de España —que llegue pronto—, se muere feliz, y además nos deja herederos. Así sea, que también es latín.

El mundo de la emigración es cuantioso, complejo, vario y difícil. Los hay finos y rutinarios, los hay potentes y menesterosos, los hay ensoberbecidos y humildes, pequeños faraones y siervos, ricos Epulones y parias del último escalafón, y perdón por haber escrito esta palabra, tan antiemigrante.

El bar puede llamarse de muchas maneras, y no todos son vulgares, clamorosos, rutinarios. Por el contrario, hay algunos bares ya más cualificados, en donde se van juntando los emigrantes ya depurados, los emigrantes ya sólidos y prestigiosos, todo ese mundo audaz, laborioso, tenaz, honradísimo, que es nuestro prestigio en América y una base firme en la economía de cada país. Ya no se trata del tendero, del comerciante pequeño, del aprovechado industrial. Son profesionales serios, financieros de solvencia, industriales creadores.

Esta ya es otra etapa; etapa que abandona un poco el primer trasiego del bar cuantioso y cribador por el club bien asentado y la sociedad distinguida. Aquí el bar se ha transformado en salón casi suntuoso, y si no suntuoso, sí, por lo menos, rico y brillante. Es gente poderosa, gente que se ha seleccionado, pero pocas veces en virtud de gangas, sino más bien en premio a muchos años de trabajo y constancia. Y ahora esta gente goza un poco del triunfo y del éxito, apartándose con toda comodidad de esa azarosa estación de idas y venidas que son los bares. No es ya que haya subido de rango, sino que está en el trance de amplificar sus relaciones. Los hijos ya se han casado bien. Vienen a España con facilidad. Ellos son la cabeza en esos centros refugio, plataforma y corona del emigrante ya situado. Aun el que está en apurillos encuentra en estos tipos y en estas colectividades su mayor seguridad y confianza. El disperso emigrante ha encontrado ya un punto de apoyo, solidaridad, asistencia. La unidad crea fuerza.

—Menudo payo. A ése no lo ahorca nadie por doscientos millones.

—Pero antes la pringó, pero que muy bien la pringó.

—Con todo, sabe acordarse de cuando no era nadie. Y da, da mucho, da para todo.

—Pero los hay muy chinches. Los hay que creen que todo esto es un rancho a su arbitrio.

—Pues no es el primero que estaba arriba y se dió el golpetazo.

—Pero ése no; ése, si quiere, compra un banco para él solo.

Si no fuera por estas envidiosas, resentidas, admirativas y fervientes concentraciones, el español de América, muchas veces, se encontraría solo, perdido, fracasado. Los que llegaron antes son su estímulo y su norma. Ellos han impuesto un criterio infalible: «hay que dejarse la piel» los primeros años. Los primeros años, que son los treinta primeros años de la existencia, o sea, desde los veintitantos a los cincuenta y tantos; prácticamente, la existencia de un hombre. El emigrante antiguo siempre actúa como vara de prudente y norte orientador. Ellos ya conocen el terreno. Ellos han triunfado y, en cierto modo, se dejaron derrotar.

La vida del emigrante siempre está hecha de renuncias y limitaciones. Aquí no conocemos, por regla general, más que la apoteosis y la coronación.

La vida del emigrante, aun siendo menos aventura que antes, sigue siendo rueda de la fortuna, capricho, voluntad, suerte, riesgo, personalidad.



LA TIERRA

(CUENTO)

Por Ramón Nieto



PADRE cerró la puerta con una llave gruesa y oxidada; guardó ésta en el bolsillo izquierdo del pantalón, y juntos—el padre, Ana, Nacho y yo—, echamos a andar carretera adelante, por la carretera de ángulos inciertos, piedras puntiagudas y zarzales en los flancos llenos de moras verdes.

Cuando habíamos pasado la casa de tío Frasco por lo menos un kilómetro, se dirigió a mí, señaló con la barbilla un punto del horizonte y dijo:

—Mira: detrás de aquel monte está el mar.

Se dirigía a mí quizá porque yo era el más pequeño y nunca me había apartado de las verjas de la parroquia. Me imaginaba el carro que había partido muchos minutos antes, y, más lejos todavía, desierto como la cama de los abuelos, el mar.

Entonces yo tenía la idea de que el mar era blanco, a pesar de que mi padre y algunos hombres mayores disputasen sobre si era verde, azul o gris. Tenía que ser blanco como la espuma que, al decir de los hombres mayores, coronaba las crestas de las olas.

Después supe que el mar no es azul, ni blanco, ni verde, ni gris. Se mira y se ve de un color; y se vuelve la vista atrás, y se mira de nuevo, y es distinto.

Aquella tarde en que abandonamos la casa, en que mi padre cerró la puerta de dos hojas y echamos a andar carretera adelante, hacía una semana que había cumplido diez años. No sé qué pensaba cuando, cara al viento, iba de carrera en carrera para seguir el paso zanquilargo de mi padre. Probablemente pensaba en las velas de los barcos que había dibujados en casa de Miguel, sobre una consola apolillada. Debajo de uno de ellos aparecía escrito: «Esmeralda, 1837.» Y del otro: «Avizor, 1852.» Desde que mi padre anunció, poco después de morir madre: «Nos iremos muy lejos, al otro lado del mar», danzaba ante mis ojos la silueta de los navíos colgados en casa de Miguel. Los veía ascender y hundirse en los baches de las olas, con la gavia izada unas veces, encapillada al bauprés otras... Y allí, junto a la baranda de estribor, soñaba con el viaje a América.

Después que padre anunció su decisión, pasaron varios meses. En ellos no volvió a hablarse de la marcha. Las mazorcas de maíz granaron en sus valvas, se embigotaron y estallaron luego, rabiosamente caldeadas. Volvieron las lluvias del otoño, y nosotros seguíamos en la casa, sin el menor asomo de inquietud por el viaje. Sólo un día, en que fuimos Nacho y yo con padre a la feria de Carballo, le oímos, mientras discutía con Manolo, el tratante, sobre el precio de nuestra vaca grande, la *Roxa*. Cuando se pusieron de acuerdo, en seis mil reales, se volvió a nosotros y dijo:

—Ya falta menos.

Le brillaron de una forma especial los ojos entre verdes y azules. Parecía que se entrecruzaban cuchillos bajo sus párpados.

Cuando las lluvias de diciembre convirtieron los caminos en riachuelos y los riachuelos en arroyos y los arroyos en grandes vaguadas, ocurrió algo que revivió en nosotros la antigua inquietud del viaje presentido. Yo estaba atando la *Blanca* en el establo, cuando oí que golpeaban en la puerta, y una voz de mujer gritaba, llamando a mi padre:

—¡Lorenzo! ¿Puedes salir?

Reconocí la voz de una tía de mi madre, que vivía en Entrecruces y que nos había visitado dos o tres veces para hablarnos de su hijo mayor, mi tío Raimundo, considerado como la más negra oveja del disperso rebaño familiar.

Asomé la cabeza por el quicio de la abertura que da a la cuadra, y vi que la tía no venía sola, sino con una muchacha no mayor de veinte años, regordeta y de mejillas amoratadas.

—¡Ah! ¿Estás tú ahí?—dijo la tía al verme.

Yo no me atrevía a salir. La tía me impresionaba mucho, con su mantón negro de flecos, y sus manos arrugadas y llenas de nudos. La otra mujer, en cambio, me causaba una profunda lástima, porque tenía los ojos mansos y tristes, como los de un buey.

La tía prosiguió:

—Ve a decirle a tu padre que estamos aquí.

Salí a la *leira* que cultivábamos tras de la

casa, y llamé a voces a mi padre. Este se acercó, con la azada al hombro, los calzones de pana colgando, llenos de barro en las vueltas y remendados en el trasero. Inquirió con un gesto.

—Está la tía—expliqué—. Viene con ella otra mujer.

Mi padre farfulló media blasfemia, dejó la azada junto al torno y entró por la puerta trasera. A todo esto, la tía y la otra mujer habían franqueado el umbral, y estaban sentadas en dos taburetes, ante la puerta de la cocina.

Allí mismo hablaron. Yo hacía que buscaba algo en la alacena, para no perder palabra. Media hora después, cuando marcharon, me reuní con Ana y con Nacho para comunicarles lo que había escuchado.

—Resulta que la tía se marcha a Venezuela, y esa mujer está casada con tío Raimundo, por carta.

—¿Qué mujer? ¿Qué carta?—preguntó Ana.

—La que venía con ella—expliqué—. Se casaron por carta...

—Eso no puede ser...

—Sí puede ser. Ahora él la llama desde allí; ella va, y sin haberse visto ni pisar una iglesia, están casados.

Permanecimos los tres un rato en silencio. ¡Qué silencio aquél, qué silencios los nuestros, cuando nos sabíamos dueños de las mismas verdades de los mayores! ¡Qué nerviosismo, desde entonces, porque presentíamos que nuestro viaje estaba también cerca, y se nos contagiaban las prisas de los demás! Anteriormente, nunca supimos que de nuestras tierras, o, mejor dicho, de esta Tierra que para nosotros terminaba por cualquier lado a diez kilómetros de Aldemunde, partía a diario, rumbo al otro lado del Atlántico, una larga fila de hombres, mujeres y niños, con su hato al hombro, su mirada sin brillo y su corazón vacío. Desde ese día aprendí qué triste es haber nacido allí, junto a los pinos y a la *chorima*, amando intensamente los pinos y la *chorima*, y tal vez a una mujer o a un hombre, y tener que desabrazarse de ellos, romperse en pedacitos para no recomponerse nunca jamás.

Cuando bajábamos por la carretera blanca y gris, también nosotros nos habíamos añadido a la columna de enanitos tozudos, o de hormigas que buscan granos para llevar a sus graneros. Mi padre, tan austero, tan inaccesible, se tornaba una gota caliente de lluvia, y acariciaba mi rostro con la misma tibieza de la tierra en la que solía tumbarse al sol. Nacho llevaba una bolsa, larga y blanca como un gusano, y marcaba delante de nosotros un paso medio militar. Sus catorce años se diluían en las flechas de sus huesos. Hoy no sé dónde está, qué ha sido de su flequillo rubio, del chasquido de sus dedos estirados. Cuando cumplió los veintiún años, cogió la misma bolsa, la de forma de gusano, y nos dijo:

—Esta tierra no es para mí. Me voy hacia el Sur.

Y nunca más volví a saber de él.

Ana se peinaba con dos trenzas negras y prietas que le golpeaban la espalda. Padre la cogía de la mano. Ella miraba hacia delante con los ojos entornados; sonreía; no hablaba casi nunca: siempre entorhaba los ojos y sonreía. Sólo una vez recuerdo que los abrió y me dijo estas palabras:

—Tengo un arca escondida, donde guardo mis tesoros.

—¿Dónde la tienes?—le pregunté.

—No te lo digo. Si te lo dijera, ya no la tendría escondida—me contestó ella.

—Eso no es verdad.

—No, no es verdad. Pero podía serlo.

Empezaba a ser una mujer. Sí, empezaba a serlo. Sus piernas, vistas por detrás, parecían dos botellas de licor colocadas boca abajo. Le temblaban muchas veces, sin venir a cuento, sin saber por qué.

A intervalos la contemplaba a ella, o a padre, o las revueltas de la carretera en los altozanos próximos. Notaba un leve picor en la planta de los pies; las piernas, sin embargo, no me dolían. A veces pasábamos ante una casa, en la que una mujer cosía y unas gallinas picoteaban en la cuneta. Decíamos: «Buenas tardes.» Nos contestaban o no. Nosotros siempre lo decíamos.

El centeno ya estaba alto, y los frutales enseñaban sus primeras hojas. Daba pena marcharse cuando nuestra Tierra se llenaba de ruidos, se secaban los caminos y la niebla se levantaba de los valles, y éstos brillaban con la luz del sol.

Al anochecer llegamos a Bretoa. Allí tomamos el trolebús que lleva a la ciudad. El trolebús iba muy lleno, sobre todo de mujeres con pequeños sacos y gallinas. La luz interior producía sueño. Y el zumbido de las conversaciones y del motor. Y las paradas.

Me dormí, con la cabeza reclinada sobre el hombro de mi padre. Me desperté una vez, con un dolor de espalda. Seguía el zumbido. Oí una voz de mujer que le decía a mi padre:

—...también mi primo se fué para allá. Y en una aldea cerca de la nuestra se fueron todos los vecinos, con el párroco al frente. Más de cien vecinos, contando las mujeres y los niños... Quedó el pueblo vacío, sin un alma. Da tristeza ir por allí; parece que ha pasado la muerte...

Volví a dormir. Y soñé con un pueblo de casas blancas, sin ningún habitante, en el que era inútil ir llamando de casa en casa, correr de un lado a otro de las calles, o tocar las campanas, porque nadie estaba.

La ciudad aparecía iluminada con muchos focos cuando llegamos. Los bocinazos de los automóviles herían mis oídos. Las personas caminaban agitadas por las aceras, con gesto



de buscar muchas cosas perdidas. Las mujeres tenían el rostro resplandeciente y cansado.

Esperamos por el equipaje, que venía en el remolque. En total, un baúl de color azul, una maleta y una cesta. Una mujer de pelo gris recogido en un moño cargó con todo en un carretillo y echó a andar por la calzada, a nuestro lado.

Padre permanecía en silencio. Ana miraba los escaparates; Nacho y yo íbamos detrás, cabizbajos.

Torcimos por una calle estrecha, con dos o tres faroles y unos portales sin luz. De cuando en cuando pasaban hombres y mujeres, que mirábamos con detenimiento. Las mujeres iban vestidas con muchos colores. En un café se oían cantos y juramentos. Desembocamos en una calle ancha, y allí estaba la pensión. Entre la del moño y mi padre subieron el baúl y la maleta. El cesto lo llevábamos Nacho y yo.

El resto de aquella noche está en mi recuerdo guardado entre algodones, nebuloso y gris. La estrecha escalera de madera, el vestíbulo con azulejos de colores, las sillas de mimbre, la bombilla colgada de un cordón manchado de puntitos negros, las dos camas con una colcha amarilla... Había también una mujer gruesa, de voz estridente, que hería los oídos. Yo dormí con mi padre; me estaba desvistiendo cuando me dormí.

El día siguiente era el día de la marcha. Sabíamos que era el día de la marcha y no podíamos creerlo; no podíamos pensar en eso porque una congoja muy grande se apoderaba de nuestro pecho y de nuestra garganta y no nos dejaba respirar. Por la mañana fuimos a la agencia que había preparado los pasaportes. Un señor de pelo encrespado, medio bizco y con las manos llenas de pelos, nos acercó unas sillas para que nos sentáramos. Mi padre rehusó con un gesto, y dijo que prefería estar en pie. Después vino otro señor, alto y delgado, que hablaba muy de prisa y movía las manos como si espantase un enjambre de abejas.

Mi padre parecía atenderle, pero no le escuchaba. Yo sabía cuándo mi padre escuchaba y cuándo no, a pesar de que sus ojos estuvieran igualmente abiertos y su rostro igualmente ladeado. Mi padre no miraba al techo, ni se escarbaba en las uñas, como hacíamos Nacho y yo. Después, el hombre alzó la voz: gritaba y gesticulaba más, y luego se rió y empezó a dar palmadas en el hombro de mi padre. Sin saber por qué, Ana se puso a llorar: quizá llorase porque tenía lleno el depósito de las lágrimas, y de alguna forma tuviese que desaguarlo.

Mi padre se levantó, con los puños cerrados; parecía que iba a dar media vuelta y a marcharse sin los pasaportes. Pero no hizo nada de eso. Con los ojos brillantes, se dirigió al hombre:

—¿Cuánto?

Sacó la cartera y se dispuso a contar billetes. El hombre le miraba hacer, frotándose las manos.

Mi padre pagó lo que le pidieron y salimos.

Caminamos hacia el puerto, para ver atracar el barco. Nada en la vida me ha impresionado tanto como aquel momento en que la inmensa nave se acercó al muelle, con la proa enfilada y dejando tras sí un reguero blanco de espuma. Creí por un momento que el buque proseguiría, y la ciudad quedaría partida en dos, y separada por un canal. Pero viró hacia la izquierda y estuvo un rato así, paralelo al muelle. Las estachas de popa lo fueron acercando. Visto tan de cerca era como una gran casa, tan grande como dos o tres de la ciudad, con varios pisos y una chimenea negra en medio. Sólo la chimenea era mayor que nuestro lar de la aldea, con el establo y el hórreo.

Nos pusimos muy nerviosos, queriendo verlo todo, correteando entre la gente, queriendo saltar las cuerdas que habían colocado los carabineros para que la gente no pasase. Padre se cansó en seguida—también estaba nervioso—; nos cogió de la mano a Ana y a mí, y le dijo a Nacho:

—Vamos. Hemos de ir a ver a la tía.

Fuimos por un paseo de palmeras, en el que se citaban los soldados con las niñeras y varios fotógrafos ambulantes retrataban a las personas montadas en unos grandes caballos de cartón. Recuerdo que tirábamos de la manga a nuestro padre para que se detuviese. Al fin, nos hizo caso, porque, indudablemente, a él también le agradaba la idea de llevar a América el grupo familiar antes del embarco. Nacho se montó en el caballo; yo lo cogía de la brida; padre estaba a un lado, en pie, con su brazo derecho rodeando el cuello de Ana.

Tengo esa foto aquí, en la cartera, amarilleada por el paso de tantos años. Es una gran foto: no tiene mucho arte, ni está muy clara, pero mi padre aparece en ella con una sonrisa a flor de labio, la última sonrisa que le recuerdo, la sonrisa que, por tres pesetas, no ha podido morir.

Preguntamos a un guardia por el camino de la pensión en que había dormido la tía; padre llevaba escrito el nombre de la calle en una hoja de bloc que sacó del bolsillo de atrás del pantalón. La calle me parece que se llamaba Alameda. Sólo sé que estaba cerca y era estrecha y tortuosa. Abrió la puerta una muchacha pálida. Padre preguntó. La respuesta nos dejó perplejos:

—¿Una señora que se iba a América en el barco de hoy? Sí, está, pero se ha puesto muy mala por la noche. Hace un rato dormía.

Pasamos. La mujer del tío Raimundo salió al pasillo y, sin saludar siquiera, nos empujó a los tres otra vez hacia la puerta. A mi padre le hizo entrar en una habitación a oscuras.

Estuvimos mucho rato en el vestíbulo, en pie y en silencio. Al fin salió padre, con la mirada en la punta de los pies, abstraído, in-

seguro; parecía recién salido de un interrogatorio policial. Nos llevó a la pensión, recomendándonos formalidad, convenciéndonos de que él salía inmediatamente para resolver varios asuntos.

Hasta la hora de comer se nos hizo el tiempo muy largo. Estuvimos con la cara pegada a los cristales del mirador. El cielo se cubrió poco a poco de unas nubes grises, y alrededor de las dos de la tarde empezó a caer una lluvia menuda, que en un santiamén dejó la calle brillante y vacía. A las tres de la tarde, la señora nos puso la comida.

—Es una tontería que esperéis por vuestro padre. Ya vendrá.

Ya vendrá. No podía dejarnos solos, allí, en una ciudad que no conocíamos y pocas horas antes de zarpar el barco. Nacho afirmó que saldría en su busca, si tardaba. No tardó. Tomábamos el postre cuando llamaron a la puerta. Era él. Venía calado hasta los huesos, con las solapas subidas y el pelo goteándole la punta de la nariz. Detrás entró la mujer del tío Raimundo, con un pañuelo rojo atado a la cabeza. Ana se levantó primero que nadie, y preguntó:

—¿Y la tía?

A mí no se me había ocurrido pensar en ella. Padre y la mujer se miraron y callaron. Padre fué a sentarse a un banco del pasillo, y desde allí exclamó:

—Ha muerto.

Había muerto, sin sentir, con los ojos fijos en un camino imposible.

—Fué demasiado esfuerzo para ella. En el fondo, no quería marcharse. Es mejor así, que su cuerpo quede en la Tierra. Está todo arreglado. Hemos de darnos prisa; el barco sale a las siete.

Ya era difícil hablar de nada, hasta moverse de un lado para otro. Tan difícil como soñar o estremecerse. Seguía lloviendo, silenciosamente.

Había una gente absurda en la entrada del puerto: muchos mendigos, sobre todo. Hombres y mujeres que gritaban algo, carretillos cargados de grandes baúles... Nadie hacía caso de la lluvia, y la verdad, al rato de estar allí, se olvidaba uno de ella.

La mayor parte de aquellos futuros pasajeros procedían de las aldeas del interior; sus padres y sus abuelos y sus tatarabuelos habían cultivado el mismo rectángulo de tierra, del que ya no podían esperar el pan para tantas bocas. Otros, como la tía-abuela, se habían quedado solos. Pensé en ella. No es bueno marcharse cuando se va para viejo. La tía permanecía en tierra, con sus ojos penetrantes y tristes bien cerrados, descansando al fin.

—Si hubiera muerto en el barco, habría sido mucho peor...—se consolaba la mujer de tío Raimundo.

Pasamos por una ancha puerta de un edificio gris, y nos pusimos al final de una larga fila de gente, campesinos como nosotros, que se agrupaban en silencio, casi sin moverse. Todos tenían el mismo rostro de mi padre, curtido por el aire, el sol y la lluvia, y ladeaban la cabeza, como si escucharan el familiar quejido de los carros. Las mujeres semejaban esfinges dispuestas para el sacrificio. Los únicos niños éramos nosotros.

Por otra puerta salimos al muelle. Con la espera, temblábamos: y nadie nos atemorizaba. El barco estaba iluminado con infinidad de bombillas, como una verbena. Mucho más que las calles de la ciudad. Le pregunté a mi padre:

—Cuando se vaya el barco, ¿ya no vendrá otro nunca más?

Me miró con ojos tiernos. Su boca se curvó en una mueca de payaso llorón.

—Sí—dijo—, vendrá otro... Todos los días vienen barcos.

—¿Y siempre se llevan a la gente?

—Siempre.

—¿Y no se acaba nunca?

—No. Nunca.

Mi padre no tenía muchas ganas de hablar. Nunca las tuvo. En América pasó unos años muy tristes. Cuando murió, Nacho llevaba dos años en el Sur, Ana acababa de casarse con un fontanero de Santo Domingo, y yo había dejado de ser ascensorista para entrar de aprendiz en una imprenta. Padre había cumplido su misión en este mundo, y por eso se murió.

No fué a despedirnos nadie. A la mujer que iba a juntarse con tío Raimundo, en cambio, la acompañaban una hermana y una prima que habían llegado del pueblo poco antes. No las dejaron subir al barco, y permanecieron en el muelle, junto a una gran multitud que miraba hacia arriba, hacia nosotros, asomados en el puente.

Había parado de llover, y una niebla plateada se extendía por encima de aquel mar de cabezas.

Estaba muy cansado. Me senté sobre un montón de cuerdas. Después de un gran rato, sonó la sirena. Aturdía. Me produjo un miedo cerval. Ahora tenía motivo para temblar de pies a cabeza.

Aquella masa de hombres y mujeres que miraba hacia arriba se conmovió también. Diez minutos después, volvió a sonar la sirena. Y otros diez minutos después, la tercera y última vez.

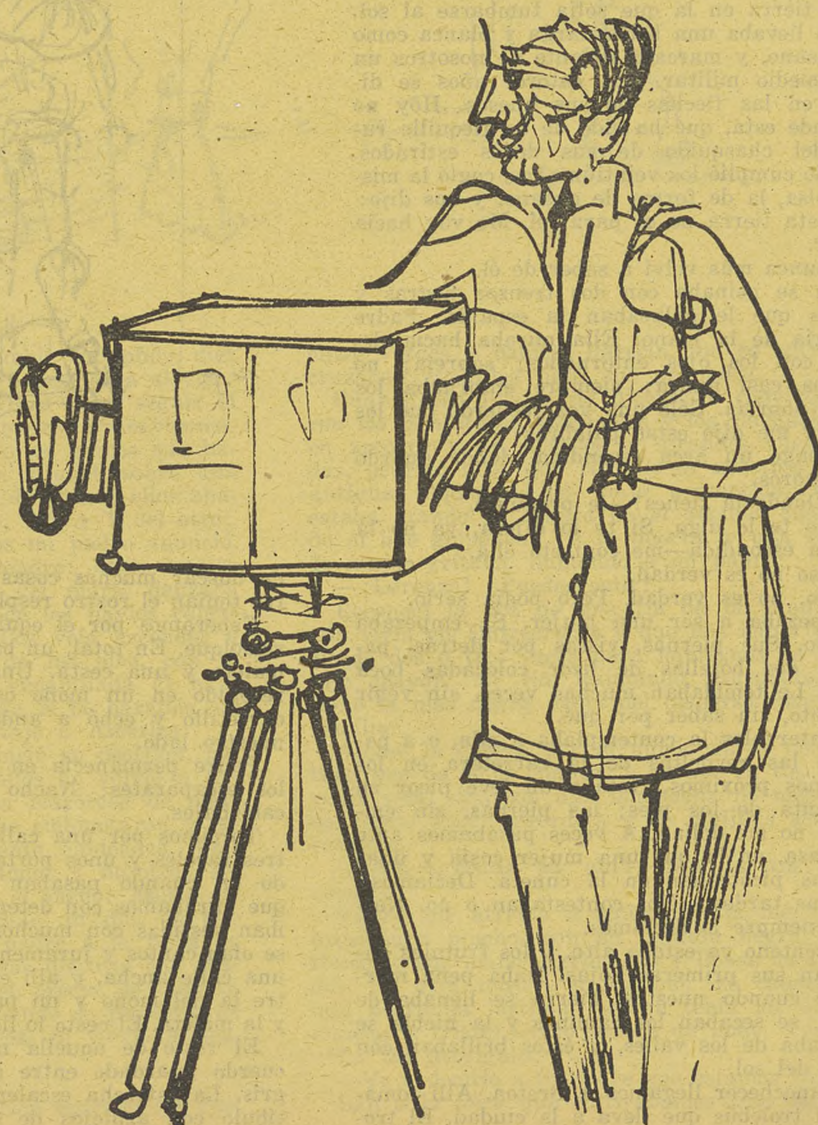
Me asomé a la baranda, cuando noté que el buque se movía. Hacía mucho ruido la cadena del ancla al recogerse. La gente que nos miraba desde abajo apretó los dientes e intentó hablar. Se alargaron muchos brazos hacia nosotros. Pero ya no tenía remedio.

Yo era muy pequeño cuando sucedía aquello; sin embargo, en el momento en que nos separamos del muelle, de la ciudad, de la Tierra, noté que se me rompían las venas en un chasquido, y que no podía vivir.

Miré a mi hermana, que lloraba de forma incontenida. Las mujeres lloran siempre así. Nacho también lloraba, a pesar de que era uno de los muchachos más fuertes, allá en el pueblo, y una vez le había pegado hasta al mismísimo hijo del sacristán. Yo era el único que no lloraba. Me parecía que el mundo entero lloraba sobre mi cabeza, entre las luces y el ruido del ancla.

Mucho tiempo después, cuando escribo estas líneas, pienso que fué una cobardía no haber llorado. Pienso que a veces hace falta llorar, para no decir nada; para reconciliarse con alguien, con el mundo o con Dios. Pero han pasado muchos años, y ya no tiene remedio. No valdría de nada llorar ahora, sobre las cuartillas pringosas, ni decir a esas sirenas que se callen, porque no me dejan dormir.






BANCO IBERICO

«NOVA TOTIUS TERRARUM ORBIS». ROTTERDAM, PEDRO ALPHEN; H. 1655